CARLOS FIDALGO

EL BAILE DEL FUEGO

UNA HISTORIA DE AMOR en tiempos de guerra y paz

NOVELA HISTÓRICA

Índice

Dedicatoria
Cita

Primera parte. EL AMOR

Segunda parte. LA SIRENA

Tercera parte. EL FUEGO

Créditos

Para la tejedora de sueños.

La mitad de las mentiras de este libro son ciertas.
Adaptación de un dicho irlandés

PRIMERA PARTE

EL AMOR

1

Me enamoré de Amalia Quiroga mientras tocaba un fragmento de *El amor brujo* en el piano de cola del Club Lyceum, en la Casa de las Siete Chimeneas. Amalia tenía veinte años, era hija de un empresario de Mondoñedo que la alojaba en la Residencia de Señoritas de la calle Fortuny después de inscribirla en el conservatorio, y los cuatro minutos y medio que duró su interpretación me marcaron como un hierro candente.

Era la primera vez que veía a una mujer al piano y los dedos de Amalia repicaban en las teclas blancas y negras de marfil con una energía desconcertante. Todo el salón escuchaba en silencio. Los hombres conteníamos el aliento, embobados ante aquel despliegue repentino de fuerza y de coordinación. Las mujeres asentían satisfechas. Y Amalia inclinaba levemente la cabeza y temblaba como si estuviera en trance mientras deslizaba las manos sobre el teclado con una concentración y una intensidad tan arrebatadoras que arrancaron un aplauso rotundo en el momento en que terminó la pieza, tras un movimiento final contundente, definitivo, que sonó como un desafío.

Cuando me acerqué para preguntarle, pobre de mí, qué es lo que había tocado aquella noche, me respondió: «*La danza ritual del fuego*, del maestro Manuel de Falla». Después se levantó de la banqueta y enseguida la rodearon para felicitarla.

Yo estaba allí para tomar fotografías. No sabía nada de música. Y el pelo rojo de Amalia, que le caía rebelde sobre los hombros mientras estiraba los brazos y acercaba el cuerpo al piano, completaron el sortilegio. Estaba perdido.

—A María le hubiera gustado mucho escucharte —le decía una mujer madura. Y llamaba mucho la atención porque su melena negra era tan larga que le rebasaba la cintura—. Le escribiré a Suiza para contárselo. ¿Has leído el libreto, verdad?

—¿El que escribió su marido? —Y un gesto de desagrado afloró en el rostro de aquella mujer de cabellos oscuros y pómulos muy marcados, que al momento le respondió:

—Hace algunos años que se separaron —pero se quedó, me pareció evidente, con las ganas de contarle algo más.

—¿Les puedo tomar una fotografía? —interrumpí mientras enseñaba mi pequeña Kodak Baby Brownie, casi una cámara de aficionado.

—¿Y tú quién eres? —me tuteó la mujer madura. Amalia, aún no sabía su nombre, no me quitaba ojo.

—Me llamo Vicente Yebra —les dije muy ufano—. Y he venido a fotografiar a Lorca para las páginas del *Ahora*.

Federico García Lorca, en la plenitud de su talento, era un ser luminoso que se paseaba por el salón de la Casa de las Siete Chimeneas con un manojo de poemas bajo el brazo. Y yo era un mentiroso que usaba el nombre del periódico donde solo trabajaba como aprendiz de tipógrafo para tomar fotografías con la esperanza de colocárselas a Manuel Chaves, el subdirector, y que me diera la oportunidad de convertirme en reportero gráfico.

—Entonces no pierdas el tiempo con nosotras —me respondió la mujer envejecida con gesto distante—. Federico empezará su recital enseguida.

«Manzanas levemente heridas por finos espadines de plata. La aurora de Nueva York tiene cuatro columnas de cieno. Nardos de angustia dibujada. Enjambres de monedas furiosas». Los versos que Lorca había escrito durante su estancia en Manhattan, unos años antes, apagaron el eco del piano. Pero yo solo tenía ojos para Amalia, bien rodeada de mujeres mayores, orgullosas de su energía. Allí estaba María de Maeztu, la presidenta del Lyceum, la directora de la Residencia de Señoritas también, insigne pedagoga que le ponía hora a sus estudiantes para vencer los recelos de sus padres varones, siempre reacios a que sus hijas aprendieran algo más que costura y se atrevieran a mezclarse con los hombres en los pasillos de la universidad o en las aulas del conservatorio de música. Allí estaba Alberti, el poeta de *Marinero en tierra*, y su mujer, María Teresa León, que también era escritora y socia del club. Habían venido las diputadas Clara Campoamor y Victoria Kent, que unos años atrás se habían enzarzado en un debate parlamentario sobre el voto femenino. Y allí seguía la mujer madura. No perdía ni una sola palabra, ni uno solo de los silencios con los que el poeta de Granada marcaba las pausas durante la lectura de unos versos inéditos a los que aquella noche no presté la menor atención.

—Un momento, un momento. ¿Victoria Kent y Clara Campoamor juntas durante una lectura de *Poeta en Nueva York* unos meses antes de la guerra? Me estás contando una milonga…

—Las dos eran socias del Club Lyceum. ¿Por qué te resulta tan extraño?

—Ya. Y tú te colaste con una cámara de fotos en un club femenino…

—Los hombres podían asistir de acompañantes a las conferencias y a los conciertos. Y aquella noche habían anunciado el recital de Lorca. Nadie me impidió el paso en la puerta.

—¿Con la Kodak?

—Era una cámara de baquelita. Tenía la altura de una pinza.

—¿Y qué hiciste con las fotos de Lorca?
—Salieron borrosas.

Salieron borrosas. Y también las que les hice a Amalia y a María de Maeztu poco antes de que las dos dejaran el club para volver en un auto a la Residencia de Señoritas. Las había colocado junto al piano de cola y posaron muy serias, como una alumna y su tutora. La mujer madura de melena larga y oscura había desaparecido y tardó un momento en volver. Y Amalia, el pelo cobrizo, los ojos de color azul cobalto, no me quitaba la mirada de encima, te lo juro. Mientras accionaba el obturador para regular la entrada de luz en la cámara, le pregunté su nombre y con todo el descaro del mundo le pedí que me diera una dirección para entregarle una copia de las fotos. Y lo hizo. «Me llamo Amalia Quiroga y vivo en la Residencia de Señoritas», me dijo con las mejillas encendidas mientras la directora ponía cara de no haber oído nada.

Pero no había suficiente luz en el cuarto. Y yo tampoco era muy diestro con la cámara. Las imágenes salieron envueltas en un velo que difuminaba sus contornos cuando las revelé al día siguiente en el aseo de casa, así que en la primera fotografía que tomé de ella Amalia parecía un fantasma.

—¿De dónde eres? —me atreví a preguntarle cuando les hice las fotos y la Maeztu, no sé si en un descuido o en un acto deliberado, nos dejó solos mientras hacía un aparte con la mujer de melena inmensa.

—De la Mariña de Lugo —me respondió. Y me miraba a los ojos con un descaro que resultaba desconcertante—. ¿Y tú?

—Yo soy de Ponferrada.

—Pues no está tan lejos de mi casa. ¿Y qué haces en Madrid?

—Hago fotos, ya te lo he dicho.

—No pareces muy hábil…

—Ah, ¿no? ¿Y eso por qué?

—Intuición.

—Claro. La famosa intuición femenina —le respondí molesto porque había dado en el blanco a la primera.

Sonrió. Creo que le divirtió mi reacción. Por un momento tuve la sensación de que me miraba como a un muñeco, o a una mascota. O a un niño pequeño. Pero esa impresión se desvaneció enseguida. Algo estaba pasando por su cabeza.

—Ven… —me susurró al oído en un gesto de complicidad. Y me tomó de la mano para llevarme fuera del salón del piano de cola hasta otra habitación menos concurrida.

—¿A dónde vamos? —le pregunté mientras cruzábamos el umbral y

entrábamos en una estancia apenas iluminada por una lámpara sobre un aparador.

—Ahora lo verás…

Y detrás de una columna, sucedió. Acercó su boca a la mía, sin más explicaciones, y me besó como nunca antes me había besado ninguna chica. Es decir, tomando ella la iniciativa. Fue un beso decidido, casi un beso robado, un beso cálido, sin titubeos ni vacilaciones. Un beso descarado, bien plantado en los labios. Amalia sabía lo que quería, no era ninguna novata, y aquella provocación, porque eso es lo que era, parecía una continuación de su desafío al piano. «¿Te gusto? Pues agárrate, que vienen curvas», era el mensaje.

En aquella época yo era muy tontorrón, muy torpe, y todavía no me había acostado con ninguna chica. Las mujeres con las que alternaba eran muy mojigatas, muy sosas, y a Amalia no parecía importarle la impresión que pudiera llevarme de ella.

Me dejó estupefacto, claro, y mi cara tuvo que ser un poema cuando separó su boca de la mía y el aroma dulce de su pelo me hizo cosquillas en la nariz, porque soltó una carcajada —era la primera vez que la veía reír así—. Me pasó las yemas de los dedos por los labios, como si quisiera borrar las huellas del beso con un gesto de ternura, sus pecas temblaron igual que las pavesas de un incendio, y después me dejó allí plantado, sin más, mientras yo trataba de asimilar qué era lo que había ocurrido.

Amalia regresó con María de Maeztu. Y el resto del tiempo que permaneció en el Club Lyceum me esquivó de forma deliberada. De repente había perdido todo interés por mí. O eso era lo que parecía. Pero yo no dejaba de rondarla mientras esperaba la oportunidad de quedarme otra vez a solas con ella. No iba a ser fácil si Amalia no ponía algo de su parte, porque todo el mundo se acercaba a hablarle. Incluso Lorca, igual de solicitado, se rio un momento con ella y le contó, eso llegué a oírlo, que era un buen amigo de Manuel de Falla.

Después de unos minutos, sin embargo, la empecé a notar cansada, su rostro se ensombreció un poco, harta de ser el centro de atención, supongo. Y no tardó en marcharse del club de la mano de la Maeztu. Cuando pasó a mi lado, ni siquiera me miró.

Así que me quedé de pie, con la Kodak en una mano, sin saber muy bien qué hacer después de la lectura, con el beso todavía en la boca, como un castigo. Lorca se acercó a mí, echó un vistazo a la cámara, sonrió, me dijo que iban a terminar la noche en el piso de un amigo chileno y me invitó a acompañarles.

—¿Pablo Neruda?

—No. No era en la Casa de las Flores. Era en el piso de un diplomático.

—¿Y te invitó sin más?

—Me pidió que les tomara unas fotografías. Para la posteridad, me dijo, con esa alegría contagiosa que emanaba de su boca radiante de luz.

—Eso tampoco me lo creo.

Lorca reía todo el rato. Y su risa era tremenda. Pero no reían sus ojos.

—¿Y a dónde fuisteis?

—La residencia de aquel diplomático estaba muy cerca del parque del Retiro. Durante la guerra alojó a un montón de asilados que desconfiaban del terror rojo y de las checas. Lo sé porque pasé más de una vez por delante del edificio y siempre había un grupo de milicianos de vigilia en la puerta. Pero aquella noche no fui con Lorca ni con Alberti ni con María Teresa León, sus amigos. Con gusto hubiera ido hasta la calle Fortuny, detrás de Amalia. Pero eso hubiera sido una torpeza.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—Fotografiar a un fantasma de verdad.

»¿Conoces la Casa de las Siete Chimeneas? Está aquí al lado, en la plaza del Rey, y no hace mucho fue la sede de un banco. Es un edificio de ladrillo rojo, uno de los más antiguos de Madrid, porque se levantó durante el reinado de Felipe II. Allí vivió una amante del rey, hija de uno de sus monteros y casada con un capitán de los Tercios de Flandes para guardar las apariencias. Enviudó muy pronto y murió asesinada después de dar a luz a una niña. Su cadáver desapareció, su asesino también. Y no sé qué se hizo de la niña, que las malas lenguas dicen que era hija bastarda del rey. Fue durante una reforma, algunos años antes de alojar el Club Lyceum, cuando aparecieron unos huesos en una pared junto a unas monedas del siglo XVI.

—¿Unos huesos de mujer?

—No hace falta imaginar nada más, ¿verdad? La noche de la que te hablo, mientras el auto donde viajaba Amalia se alejaba camino de la calle Fortuny y Lorca, Alberti y María Teresa León se disponían a dar un paseo hasta la casa del diplomático, a unos minutos a pie, me giré en mitad de la plaza y miré hacia las Siete Chimeneas. No es un edificio muy alto ni tampoco especialmente siniestro. Pero en una de las esquinas del voladizo, inmóvil sobre el tejado, distinguí a una mujer con una antorcha.

—Ja…

—«¿Qué estás haciendo ahí, muchacho? ¿No vienes?», me gritó Lorca cuando vio que me retrasaba. Yo acababa de apretar el disparador de mi cámara Kodak, sobrecogido por la aparición, como si la noche y la luz de las farolas que iluminaban la plaza no pudieran devorar aquella silueta vestida de blanco que señalaba hacia el Palacio Real con una tea que ardía en silencio y que por un momento me recordó al pelo revuelto de Amalia.

—Y el espectro ese, ¿también salió borroso?

—Seguramente fuera un resplandor. Circulaban algunos autos hacia la Gran Vía.

—Entonces, ¿en qué quedamos…?

—Déjalo. No me estás tomando en serio.

—Es que no quiero perder el tiempo, Vicente. ¿Te pido otro vermú?

—Claro.

—¿Y qué hiciste después de ver al «fantasma»?

—Me olvidé de Lorca y regresé a la Casa de las Siete Chimeneas, entré en el salón a la carrera, impresionado por lo que había visto, y me topé con la mujer madura, a punto de interpretar una pieza en el piano de cola. «He visto a una mujer

en el tejado», le dije. Y ella se sobresaltó. Levantó la cabeza del teclado, sus pómulos temblaron, y me miró con un gesto a medio camino entre la tristeza, la resignación y el hastío. Seguramente no era la primera vez que escuchaba aquella historia. «Haga el favor de salir de aquí», me pidió otra socia del Lyceum que le traía una partitura, visiblemente molesta. Debió de pensar que me burlaba de ellas.

2

Aquella noche me había dejado un mal sabor de boca. No había estado a la altura del reto de Amalia, era evidente. Así que dos días después me acerqué hasta la Residencia de Señoritas, aunque no tuviera ninguna fotografía que enseñarle, y la encontré con su padre, que había venido a recogerla para que pasara las Navidades con él en Mondoñedo.

—Papá, te presento al señor Yebra, periodista del diario *Ahora* —reaccionó con aplomo en cuanto me acerqué a ellos. Y me crecí como un pavo real porque no se había olvidado de mi nombre.

Estaban sentados en un sillón en el vestíbulo, rodeados de maletas y un baúl gigantesco. El chófer cargaba el equipaje en la trasera de un enorme Hispano Suiza aparcado a las puertas de la residencia y, lo reconozco, disfruté un poco mientras ponía a Amalia en un compromiso. Por entonces era un poco atolondrado, ya lo he dicho. Un poco insensato también. Y tenía que hacerlo así, a las bravas, para no perder comba con Amalia. Si me equivocaba ya tendría tiempo de arrepentirme.

—¿Periodista? —preguntó su padre, un cuarentón de bigote fino, el pelo bermejo prematuramente encanecido, vestido con traje de viaje y chaleco, apuesto, como su hija, los zapatos brillantes, las pecas apagadas y un aspecto de lord inglés, o al menos la idea que por entonces yo tenía de un lord inglés, que imponía un poco.

—Reportero gráfico —le mentí.

—El señor Yebra nos hizo unas fotos en el Club Lyceum la otra noche y viene a traernos unas copias. La señora Maeztu debe estar en su despacho —intervino Amalia.

—¿Y puedo echarles un vistazo a esas fotos, señor Yebra?

—Me parece, señor…

—… Quiroga —me dijo mientras me ofrecía un tibio apretón de manos.

—Me parece, señor Quiroga, que han salido todas borrosas.

—Y entonces, ¿qué ha venido a hacer aquí, joven?

Y no supe qué responderle.

Menos mal que la propia María de Maeztu, que parecía una mujer cabal y salía a despedirse de Amalia, nos echó un cable en ese mismo momento.

—Le he mandado venir yo, señor Quiroga. Necesito unas fotografías de la residencia.

Y después de dedicarme una mirada fugaz que no supe muy bien

cómo interpretar, acompañó al padre y a la hija hasta el jardín del exterior de la casona mientras yo me quedaba en el vestíbulo, a medio camino de ninguna parte.

Decidí salir detrás de ellos y aproveché el momento en que el millonario, porque tenía que ser millonario para circular con un coche así, mantenía una última conversación con la directora para hacerle una seña al chófer.

—¿Y tu jefe a qué se dedica? —le pregunté.

—El señor Quiroga explota canteras de áridos y tiene una serrería en Mondoñedo —me dijo—. Pero mi patrón es un amigo suyo de Santiago que le ha prestado el auto para el viaje.

Y Amalia me miraba sin atender a la charla que su padre mantenía con María de Maeztu. Me miraba y le asomaba una sonrisa en la comisura de la boca, no sé muy bien por qué, si es que había algo en mí que le hacía gracia. El caso es que aquel gesto alentó mis esperanzas.

—Así que le ha encargado usted unas fotos al joven —le decía el padre de Amalia a María de Maeztu.

—Pues sí, don Ramón. De la biblioteca.

—Bien, bien. Me pregunto si podría acompañarles durante la sesión antes de salir para Lugo y así me enseña usted los salones donde estudian las chicas. No he tenido ocasión de ver la residencia por dentro.

Y entonces fui yo el que acudió al rescate de María de Maeztu.

—Aquí tengo mi cámara —dije mientras enseñaba la Kodak Baby Brownie, tan pequeña que rara vez salía sin ella de casa cuando no trabajaba en el taller del periódico—. Estoy listo.

—¿No se les hará tarde, don Ramón? Tienen muchos kilómetros por delante y las carreteras en invierno… —le hizo ver la Maeztu en un intento de salir indemne de aquella situación en la que se había metido para salvar la reputación de una de sus alumnas.

—Haremos noche por el camino. No tenemos prisa por salir.

—En ese caso, será un placer mostrarle la biblioteca.

—La Residencia de Señoritas, no sé si lo sabes, ocupaba entonces varios pabellones en la calle Fortuny y el primero era el que había dejado vacío la Residencia de Estudiantes cuando la trasladaron a la colina de los Chopos. Allí se habían alojado Lorca y Dalí, y también Buñuel, unos años antes.

—Vete al grano, anda.

—El edificio principal es un palacete de dos plantas, con un porche y un mirador central, y una fuente de hierro en el jardín coronada por una piña.

—¿Una piña?

—Sí, una piña de la que sale el chorro del agua. La Maeztu…

—No la llames así.

La directora nos llevó hasta el mirador de la primera planta, creo que era su despacho, con una vista espléndida sobre el jardín, y nos pidió que esperáramos allí un momento. Nos sentamos los tres en un sofá, al lado de una mesa colocada de espaldas al ventanal con forma de medio hexágono, y mientras aguardábamos a que volviera Maeztu, fue Amalia, en el centro del tresillo, la que se sintió en la obligación de decir algo para romper el silencio.

—A esta habitación la llamamos La Rotonda. Es muy cálida en invierno.

—Ya me lo contarás todo en el coche… —le dijo su padre con falsa sutileza.

Amalia no volvió a abrir la boca. Tampoco lo hice yo, amedrentado. Y después de cinco minutos de un nuevo silencio embarazoso, por fin apareció María de Maeztu.

—Tenemos que caminar unos pasos hasta el Instituto Internacional de Señoritas, aquí al lado. No sé si sabe, don Ramón, que hace unos años fusionamos las dos bibliotecas. Es un edificio precioso que está en esta misma manzana.

Y en verdad que lo es. Una auténtica mansión de cuatro plantas, la última abuhardillada, con una torre central y una terraza, un dintel clásico en el centro de la fachada, la pared de color arcilla, las ventanas blancas y una escalera interior de hierro forjado muy llamativa. Allí nos esperaba Zenobia Camprubí, la mujer del poeta Juan Ramón Jiménez, que además de ser una de las socias del Club Lyceum y una reconocida traductora, colaboraba con la filial española de la institución norteamericana que se había instalado en Madrid a principios de siglo.

—Zenobia, este es el señor Quiroga, que viene a ver la biblioteca. Ha sido una suerte que hoy estuvieras por aquí.

—Señor Quiroga, encantada de conocerle —le respondió, a la vez que estrechaba su mano, aquella mujer menuda, de pelo corto y mirada mesurada y elegante que nos recibió en la puerta—. Acompáñenme, por favor.

—En realidad, solo vengo a echar un vistazo mientras hacen las fotos.

—¿Las fotos?

—Y este es el señor Yebra, Zenobia —me presentó entonces la directora de la residencia, azorada—. El fotógrafo del que te hablé hace un momento.

Y yo le enseñé la pequeña cámara Kodak a modo de saludo.

La biblioteca reunía a esas horas de la mañana a un reducido grupo de estudiantes. Acabado el primer trimestre del curso, la mayoría de las residentes volvía a sus casas durante las fiestas, como Amalia. Y el día soleado, después de una semana de lluvias, no invitaba a quedarse entre libros.

—Aquí tenemos más de catorce mil volúmenes, señor Quiroga. No hay muchas bibliotecas tan bien surtidas como esta en Madrid.

—Espléndido.

Las estanterías ocupaban toda la pared. Las mesas eran circulares. Grandes ventanales dejaban pasar la luz. Y Ramón Quiroga se adelantó unos pasos y extrajo un libro al azar.

—*El rojo emblema del valor* —leyó en alto—. ¿La guerra de Secesión? ¿Les parece una lectura aceptable para unas señoritas?

—¿Qué es lo que no le gusta? —se atrevió a sondearle Zenobia.

Pero no escuché la respuesta destemplada del empresario, porque me había quedado rezagado junto a su hija, momento en que Amalia aprovechó para preguntarme «¿qué haces aquí?» con una voz que apenas era un susurro.

—He venido a verte.

—Eso ya lo sé. Pero ¿por qué quieres verme?

—Porque te quiero —le dije así, de sopetón. Y sonó un poco impostado, claro, aunque sin duda era cierto que ya la quería. Y que yo andaba muy apurado porque ella se iba y deseaba verla otra vez como fuera.

—¿Cómo que me quieres? —me preguntó. Y soltó una carcajada. La segunda. Sus pecas temblaron otra vez como favilas de un incendio.

—¿Qué te hace tanta gracia, hija? —le preguntó su padre mientras se volvía hacia nosotros, todavía con el libro que le había disgustado en la mano. Y yo levanté mi cámara, ofuscado, y le hice la primera fotografía.

Nos despedimos de Zenobia Camprubí, que se había tomado la molestia de explicarle a Ramón Quiroga que las mujeres podían leer los mismos libros que los hombres. «No hay lecturas femeninas o masculinas. Lo que vale para uno, vale para todas», le dijo.

Yo tomé cuatro o cinco fotografías más para salir del paso: Zenobia, con su pelo corto y algo rizado, la mandíbula generosa, los ojos al acecho, y María de Maeztu junto a ella, los labios finos, las mejillas sonrosadas y la mirada en apariencia concentrada en los libros. Dejamos la biblioteca camino del jardín. Amalia hacía un esfuerzo por mantener la compostura.

—Quizá quiera ver el pabellón Arniches —le sondeó la Maeztu a don Ramón Quiroga—. Allí tenemos algunos dormitorios, los salones y

el comedor, y el laboratorio.

—¿Laboratorio?

Y mientras iniciaban una nueva conversación sobre el papel de las mujeres en la ciencia y el ejemplo de Marie Curie, agarré a Amalia del codo y la alejé unos pasos.

—¿Por qué te has reído? —le pregunté.

—Porque has dicho una tontería.

—¿Por qué te lo parece?

—Porque no me conoces. No sabes quién soy.

—¿Y quién eres?

—Una sirena —se le ocurrió decirme. Y le salió otra carcajada, luminosa, de su boca pequeña. Un olor dulce de azafrán se desprendía de sus cabellos mientras reía.

Y había algo inalcanzable en aquella risa desacomplejada, en aquella fragancia resplandeciente. Algo que estaba muy por encima de mí y que convertía a Amalia en una mujer tremendamente atractiva, a salvo de la vulgaridad y de la prudencia de otras chicas con las que me había cruzado. Su padre nos miró de nuevo, a punto de perder la paciencia, y se olvidó de la conversación que mantenía con María de Maeztu.

—Pero ¿se puede saber qué es lo que estáis cuchicheando ahí los dos?

El chófer arrancó el Hispano Suiza. Don Ramón Quiroga se despidió cortés de la directora de la Residencia de Señoritas y le abrió la puerta trasera del automóvil a su hija.

—Muchacho —me tuteó a modo de despedida—, si tú eres fotógrafo del diario *Ahora* yo soy el mago Merlín.

«Y su hija, una sirena», me dieron ganas de decirle. Pero en lugar de eso fui sincero con él y creo que eso debió ablandarle.

—En realidad trabajo como tipógrafo. Pero algún día haré las fotografías —le confesé.

El automóvil amarillo, con los guardabarros oscuros y la rueda de repuesto en un lateral de la carrocería, se puso en marcha y enfiló la calle Fortuny camino de Mondoñedo. María de Maeztu me miró sin saber muy bien qué decirme. Y apenas se había alejado una decena de metros cuando el motor del Hispano Suiza se detuvo de repente. ¿Una avería?

Enseguida se bajó Amalia.

Amalia, la sirena. El pelo lacio. Los ojos del color del mar en invierno. Caminó a buen paso, pero sin correr, hasta la puerta de la residencia. Se acercó a mí, segura de sí misma, y ante la sorpresa de María de Maeztu me dijo:

—Ven a verme después de Reyes. Y no te preocupes por mi padre.

A continuación me plantó un beso en la mejilla izquierda mientras el Hispano Suiza daba marcha atrás para recogerla. Un beso más casto que el del Club Lyceum, sin duda, pero en el fondo mucho más intenso.

3

—Voy a pedir un *daiquiri*. Agustín se retrasa.

—Yo tomaré otro martini seco.

—Tengo cosas que hablar con mi hermano, Vicente. Y no veo claro que pueda sacar algo de esta historia tuya con Amalia. ¿Tú eres gallego también?

—¿Gallego?

—Cantas un poco al hablar.

—Mi familia tenía un estanco en la plaza de la Encina de Ponferrada, muy cerca del castillo.

—¿Y eso está en Galicia?

—Eso está en mitad de ninguna parte.

—Y vendíais tabaco…

—Vendíamos de todo: tabaco, colonia, polvos de talco, bicarbonato, fajas de señora, medias…

—Mira qué bien…

—Mi padre, esto te va a gustar, se atrevió a colocar unas piernas de maniquí en el escaparate, casi enfrente de la basílica de la Encina, para enseñar las medias con encajes que le traía un viajante. Y cuando las beatas salían de misa y se encontraban con aquellas piernas tan seductoras, daban un rodeo escandalizadas. Así que entre las medias de encaje y el nombre que le habían puesto al estanco, La Lucha, porque mi cuñado encuadernador era socialista, poca gente entraba a comprar algo que no fuera tabaco o cerillas. En Ponferrada había mucho obrero y mucho ferroviario que fumaba, pero quien tenía dinero para medias no lo gastaba en el estanco de mis padres, sino en los almacenes Romero, que estaban enfrente.

—¿Por eso te fuiste?

—Me vine a Madrid con mi hermana y su marido a los quince años. Mis padres pensaban que me iría mejor aquí.

—Debió de ser un gran cambio…

—Imagínate. El tráfico, los tranvías, los guardias urbanos, la Castellana y Recoletos, tan anchas y tan majestuosas. El Museo del Prado y la Puerta del Sol, con el reloj de las doce campanadas. Las tiendas de moda, las peluquerías. Los cines donde las parejas se sentaban en la oscuridad y se metían mano. Las terrazas, los hoteles, las cafeterías. Las chicas, guapas y altivas. Y los domingos en el Rastro. Y las barcas en el lago del Retiro. Y el Palacio de Cristal. Y el rascacielos de la Telefónica en la Gran Vía, que recordaba a Nueva York. Todo me parecía enorme.

—Y empezaste a trabajar…

—Me emplearon como aprendiz de tipógrafo. Y también me enseñaron taquigrafía. Trabajé unos meses en la imprenta de *El Socialista,* recomendado por mi cuñado el encuadernador, y enseguida me afilié a la Federación Tipográfica. Pero el gobierno de derechas cerró la cabecera durante catorce meses después de la revuelta de los mineros en Asturias y tuve que cambiar de periódico. Me dijeron que había una vacante en los talleres del diario *Ahora*, que era más moderado, y allí me fui.

—¿Y cómo te dio por la fotografía?

—La primera cámara la compré en los almacenes Sepu. Aquella Kodak de

baquelita que llevé a la Casa de las Siete Chimeneas, con el mirador de hojalata. Me costó catorce pesetas.

—Pero ¿por qué la compraste?

—Porque ganaba más dinero en los talleres del *Ahora* que en los de *El Socialista* y me lo podía permitir.

—No me estás entendiendo, Vicente. Lo que quiero preguntarte es por qué una cámara.

—¿Por qué una cámara? De niño tenía un amigo en la escuela, hijo de un fotógrafo ambulante que recorría los pueblos del Bierzo con una mula. Y a mí eso me fascinaba. Cuando nos cansábamos de echar carreras en las ruinas del castillo o de rodar por la ladera para darnos un chapuzón en el río, jugábamos a revelar los recortes de las películas que encontrábamos en la basura del cine Ideal, junto a la estación de trenes de Ponferrada. Mi amigo le robaba el papel a su padre y los fotogramas se nos quemaban al sol porque no les echábamos fijador.

—Claro, hombre…

—Ardían los besos de las parejas y las muecas de Charlot, las pantomimas del Gordo y el Flaco y el sombrero de paja de Harold Lloyd; se nos desvanecía el bigote de Douglas Fairbanks, el ladrón de Bagdad sobre una alfombra voladora, y la mirada retadora de Valentino, y las piernas de Mary Pickford, la novia de América, abrasadas al sol.

—Eso es muy cinematográfico.

—Amalia tenía un aire a Mary Pickford, pero con el pelo rojo y sin los tirabuzones de sus primeras películas.

—Siempre interpretó papeles de ingenua. Y eso que fuera de la pantalla se comía a los hombres. Cuando quiso cambiar de registro el público le dio la espalda.

—Amalia no era ninguna ingenua. Todo lo contrario.

—Mary Pickford tampoco. Lo era su personaje.

—¿Sabes a cuánto está Ponferrada de Mondoñedo, Pedro? A poco más de una mañana de autobús. Amalia se fue con su padre en el cambio de estación y faltaban dos semanas largas para el día de Reyes. No quería esperar tanto tiempo para volver a verla. Yo sí que era un ingenuo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque mientras Amalia subía de nuevo al Hispano Suiza y un viento cálido alborotaba su melena…

—¿Un viento cálido?

—Ya te he dicho que era un día soleado, al principio del invierno.

—Antonio, ¿nos puedes servir un *daiquiri* y un *dry martini*, por favor? Y cuando llegue Agustín dile que estamos en esta mesa, gracias. A ver si aparece antes de la entrevista…

—Te decía que el Hispano Suiza se alejaba por la calle Fortuny y yo ya planeaba visitar a mis padres en Ponferrada aquellas Navidades. Me preguntaba cuánto dinero me costaría toda aquella aventura. Necesitaba un ingreso extra para el viaje.

—¿Todavía quiere esas fotos? —le pregunté a María de Maeztu, cabizbajo, en el momento en que el automóvil desaparecía en la esquina, camino de la Castellana. Y la directora me miró con condescendencia.

—Vuelve después de Reyes. Quizá para entonces ya hayas hecho méritos en tu periódico para dejar de ser tipógrafo y no tengas que

mentir.

«*Touché*», pensé mientras aquella mujer, que transmitía una dignidad que luego me ha costado volver a encontrar en otra persona, se despedía de mí con un gesto de cabeza, caminaba de vuelta al edificio de la residencia, subía las escaleras envuelta en una elegancia serena y se perdía en el vestíbulo donde unos minutos antes se habían acumulado las maletas de Amalia Quiroga, estudiante de piano en el Real Conservatorio de Música de Madrid, sirena de Mondoñedo y alumna pionera en una especialidad que, al menos en su vertiente más profesional, todavía era un coto de hombres.

4

—¿Conseguiste el dinero para el viaje?

—Qué va... Se lo pedí a mi hermana y me preguntó qué tripa se me había roto, con el desapego que siempre le había tenido a la familia, para meterme en un tren y viajar toda la noche y una mañana entera, entre la nevada que habría caído en los puertos, solo para pasar la Nochebuena en casa. «¿No tienes que trabajar en la imprenta?», me preguntó severa. Y ahí me dejó sin argumentos...

—Así que no te quedó más remedio que esperar a después de Reyes para volver a verla.

Las Navidades se me hicieron largas. Trabajé en los talleres del periódico todas las tardes, excepto los festivos, y apenas disfruté de las celebraciones.

«Bebe un poco, hombre», me animaba mi cuñado, después de la cena de Navidad, con un vaso de anís en la mano. Pero no estaba de humor. Afuera no dejaba de llover. Madrid estaba empantanado. Y yo me mordía la lengua para no poner en evidencia al marido de mi hermana. ¿Qué hacía un socialista festejando el nacimiento de Jesús?

Llegó el día de Nochevieja y después de la cena, mientras pensaba que aún tenía por delante una semana de espera, me dejé arrastrar por una tonta superstición y decidí que si aquella noche no recibía el nuevo año en la Puerta del Sol, bajo el reloj de las doce campanadas, ni mi deseo de estar con Amalia ni mi ambición por convertirme en fotógrafo del diario *Ahora* se harían realidad en 1936.

Salí a la calle una hora antes de la medianoche, con algunos golfos del barrio y un racimo de uvas envuelto en papel de periódico.

—¿Dónde vas con eso, hombre? —me preguntó mi hermana.

—A tentar a la suerte —le respondí. Y no quise darle más explicaciones.

Todavía llovía un poco y cuando llegamos a la plaza de Santa Ana la encontramos cubierta de fango y de piedras lavadas. Una manzana de casas más allá, el agua fluía por la plaza de Canalejas y la Carrera de San Jerónimo como si la calle fuera un arroyo caudaloso.

Pero en la Puerta del Sol el mal tiempo nos concedió una tregua, dejó de llover y nos mezclamos con la multitud apiñada a los pies del edificio de la Gobernación, adornada la torre con los colores de la bandera tricolor y con un letrero luminoso en lo más alto que anunciaba la entrada de 1936. La bola del reloj de las campanadas también se encontraba rodeada de bombillas eléctricas, como en un camerino, y en la plaza sonaban los panderos y las fanfarrias,

instrumentos de viento y de cuerda, las cazuelas y otros objetos de hojalata con los que los madrileños se despedían de 1935.

Para entonces, mis compañeros de jarana ya estaban completamente borrachos. Y no eran los únicos. El ruido y la algarabía resultaban ensordecedores en el momento en que la bola del reloj cayó en el templete metálico para dar la medianoche y la Banda de Música de los Guardias de Asalto comenzaba a interpretar el himno nacional entre vivas a la República. Yo saqué el racimo que me había traído de casa y seguí el ritmo de los tañidos. Mecánicamente. Una campanada, una uva. Otra campanada, una nueva uva a la boca. Sin atragantarme. Y solo cuando el reloj terminó de sonar, mientras el ministro Portela Valladares se asomaba al balcón del edificio de la Gobernación para saludar a la muchedumbre y la banda enmudecía, descubrí que aún quedaba un grano solitario en el racimo. Estaba seguro de que no me había equivocado con el número ni había comido ninguna uva de menos. Así que aquello me pareció un mal augurio.

Un minuto después volvía a llover con fuerza, la Puerta del Sol se vaciaba y los muchachos del barrio me empujaban entre los charcos hacia una taberna cercana con la intención de continuar la fiesta.

Ansioso por verla de nuevo, la tarde de Reyes me presenté en la Residencia de Señoritas justo después de comer. Pero Amalia todavía no había vuelto de Galicia. Otra vez llovía con ganas y pillé una mojadura de espanto mientras esperaba junto a la fuente de la piña, porque no me decidía a entrar en el vestíbulo por miedo a que me echaran de allí. Cayó la noche y Amalia no llegaba. Cada vez que un coche iluminaba con sus faros la entrada del jardín, me levantaba del banco junto a la fuente solo para descubrir, decepcionado, que no era ningún Hispano Suiza con los guardabarros negros y la carrocería amarilla. Y así hasta la medianoche.

Volví al día siguiente y al otro también. Apenas tenía tiempo de comer para no llegar tarde a la imprenta y algunas residentes cuchicheaban y sofocaban la risa cuando me reconocían. «Ya está este otra vez aquí», debían pensar. Hasta que en conserjería me dijeron que la señorita Quiroga aún tardaría unos días en volver de Mondoñedo.

—¿Unos días? Pero ¿cuántos?

Y la conserje se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que le quieres, chaval? —me preguntó entonces.

—Tengo que darle unas fotografías —mentí.

—Déjamelas a mí y yo se las haré llegar.

—No va a poder ser. Se las tengo que entregar en persona.

Y me fui. Luego maldecí mi impaciencia. No era bueno que me vieran así, pensaba. Estaba quedando en evidencia.

Esperé otra semana antes de volver por allí. Y cuando lo hice me di cuenta de que Amalia no era muy popular entre algunas chicas de la residencia.

—¿Vienes a ver a la «calientabraguetas»? —me preguntó así, sin un buenos días de por medio, una de las estudiantes que me descubrió en la puerta de entrada a primera hora de la tarde—. Los hombres sois todos iguales. Siempre os gustan las más guarras. —Y se alejó camino de la otra acera y sin darme tiempo a decir nada para defender a Amalia.

Era una deslenguada, sin duda. Una resentida. Pero no perdí el tiempo con ella. Entré en el jardín por la verja entreabierta y antes de llegar al edificio me crucé con otras dos chicas.

—Amalia está en la biblioteca —me dijo una de ellas mientras me miraba de refilón—. Pero ten cuidado que doña María no te vea. No le parece decente que andes rondando por aquí.

Me aferré a la cámara de baquelita, mi excusa para todo, y recorrí el camino hacia el Instituto Internacional de Señoritas. La puerta estaba abierta y nadie reparó en mí. Así que penetré en la biblioteca, como un ladrón, decidido a robarle el corazón a Amalia.

Encontré la sala vacía. No había ninguna estudiante sentada en las mesas. Y la luz del invierno envolvía los libros en una atmósfera perezosa, apagada.

—¿Amalia? —me atreví a preguntar en voz alta. Y escuché cómo alguien cerraba las tapas de un volumen detrás de una estantería.

Caminé hacia aquel pasillo y al doblar la esquina del mueble la descubrí a contraluz, junto al alfeizar de la ventana. Parecía un ángel recién caído del cielo y el libro que tenía en las manos, me fijé, era *El rojo emblema del valor*.

Amalia me miró sorprendida. Se apartó un mechón de pelo de la frente y enseguida dejó la novela en la estantería, como si de verdad fuera un libro prohibido.

—Me han dicho que has venido varias veces a verme… —me dijo un poco azorada.

Y yo le eché valor. Me acerqué sin decir ni una palabra, ¿para qué?, le rocé las mejillas con los dedos, aspiré suavemente el olor de su pelo y la besé de la misma forma en la que me había besado ella en el Club Lyceum.

5

Antes de la guerra, el conservatorio de música estuvo instalado durante unos años en el edificio de la Congregación de los Luises, en la calle Zorrilla, a espaldas del Congreso de los Diputados. Se notaba que era un lugar provisional, un apaño, y entrado el mes de febrero, unos días antes de las elecciones, empecé a esperar a Amalia a la puerta de aquella residencia de jesuitas los días en que mi trabajo en la tipografía del *Ahora* me permitía acercarme por las tardes.

—¿Qué haces aquí? —me preguntaba cuando salía del caserón rodeada de dos o tres estudiantes de piano como ella y me veía de pie en la acera del templo.

Y yo sonreía y me encogía de hombros. Ella se apartaba de sus compañeros y sonreía también.

—Ya te he dicho que no somos novios… —me decía.

—Claro, me conformo con que seamos amantes.

—Fresco…

—¿No me vas a dar un beso hoy? Te he traído el periódico.

—¿Ese periódico donde todavía no te han contratado como fotógrafo?

—Es cuestión de tiempo.

—Pero ¿tú no tienes que ir a trabajar?

—Hoy me dejan la tarde libre. Hasta los tipógrafos trabajan por turnos.

—¿Y qué quieres que hagamos? —me preguntaba.

—Primero dame un beso.

—En la calle no, que nos miran…

—Entonces vámonos a un cine, allí no nos ve nadie.

Y más de una vez terminábamos en la oscuridad del cine Doré, el Palacio de las Pipas, donde Amalia me dejaba hacer y a menudo era ella la que empezaba el juego.

Pero esos días, tan excitantes, eran muy señalados. Sus clases, sus ensayos —el piano es disciplina muy exigente— mi trabajo en el taller de tipografía, las actividades en la Residencia de Señoritas… Teníamos poco margen para un noviazgo formal y Amalia me advertía a menudo de que lo suyo conmigo solo era un pasatiempo. Nada serio.

—No te encariñes mucho conmigo —me decía.

—¿De dónde sales tú con ese desapego? —le preguntaba yo.

—De Mondoñedo.

—¿Y qué coméis en Mondoñedo las mujeres para tratar así a los hombres?

—Muérdago —me respondía. Y le salía una de aquellas carcajadas deslumbrantes que hacían que la gente se volviera por la calle.

El Frente Popular ganó las elecciones. El clima político se volvió irrespirable con el paso de las semanas. Pero yo estaba a otra cosa y no participaba de las discusiones en la imprenta del *Ahora* y tampoco le prestaba atención a las diatribas de mi cuñado, cada vez más indignado «por las provocaciones de los señoritos», cuando volvía a casa desde el taller de encuadernación.

Una tarde de domingo, con el buen tiempo, Amalia y yo terminamos en el parque del Retiro, como tantas parejas. A Amalia le gustaban las largas avenidas, las copas frondosas de los árboles, las fuentes con estatuas de ninfas y de tortugas, el reflejo tibio del sol en el Palacio de Cristal y el agua quieta del gran estanque, donde alquilaban botes de remos.

—Soy como un pez fuera del agua —me decía asomada a la barandilla mientras escrutaba el fondo del lago artificial.

—¿Qué buscas?

—La isla de Ávalon.

—¿En el fondo del estanque?

—¿Dónde si no?

—¿Y qué hay en esa isla que te interese? —le preguntaba ignorante.

—Manzanos que dan fruta todo el año, nueve hadas reinas, incluida Morgana, una espada forjada en un lago y un ataúd de roble con el cuerpo incorrupto de un rey demasiado soberbio —se burlaba de mí —. ¿Sabes remar?

Y así fue como alquilamos un bote.

Y fue en el centro de la laguna, al atardecer, mientras su pelo se oscurecía un poco por la falta de luz, cuando descubrí que las manos le azuleaban al contacto con el agua, como si quisiera mudar de piel.

—¡Virgen Santa! —exclamé cuando lo vi— ¿No te circula la sangre?

Pero ella retiró la mano del agua enseguida, la colocó en mi frente para que entrara en calor y me calló la boca con uno de aquellos besos largos y sostenidos que me dejaban sin réplica.

—No has visto lo que me pasa cuando meto las piernas… —murmuró después en mi oído. Y había en su boca una media sonrisa.

Se nos hizo de noche en el agua. El encargado del muelle nos hacía señas de forma insistente y no nos quedó más remedio, para disgusto de Amalia, que volver al embarcadero.

—El parque va a cerrar. ¿No sabéis que ahora hay guardias que lo

recorren todo? Os van a multar como os vean… —nos dijo aquel hombre, condescendiente, mientras nos apremiaba para salir de la barca.

—¿Guardias? —me hice el tonto. Aunque lo sabía muy bien porque uno de los redactores del *Ahora*, que de vez en cuando se pasaba por los talleres, Ricardo Toledo, había escrito un reportaje muy leído el verano anterior después de acompañar a la cuadrilla de vigilantes nocturnos que había reducido de forma drástica la presencia de maleantes, de parejas en busca de un lugar discreto y, lo más importante, el número de suicidios en el parque.

—Guardias armados. No se andan con tonterías… Anda, bajad de una vez y salid corriendo antes de que cierren las puertas. Os perdono la diferencia.

Se levantó un poco de viento. La noche se nos echó encima, como un depredador. Las copas de los árboles adoptaron una forma amenazadora, agitadas por un aire frío, las avenidas vacías se estiraron, interminables, y después de un minuto muy largo, el aire se aletargó y todo el parque quedó sumido en un silencio profundo. Un silencio hondo, lento, que rompieron, de repente, unos maullidos impacientes. Frente a nosotros cruzó una mujer vestida de negro, una mujer enlutada, con un balde lleno de comida y rodeada por una decena de gatos salidos de entre las sombras.

Nos habíamos alejado de la salida de las Escuelas Aguirre, por donde habíamos entrado en el Retiro, cuando Amalia, que parecía disfrutar de aquel paseo clandestino, me tiró del brazo para que nos detuviéramos.

—No tengas prisa —me dijo—. Quedémonos un poco más.

—¿Y los guardias?

—Qué más nos da…

—Nos multarán…

—¿Nunca has hecho nada fuera de las normas, Vicente? ¿No quieres ser mi caballero osado? —tonteó—. ¿Mi capitán de barco? —Y tiró de mí para alejarnos de la avenida principal.

La luna en cuarto creciente iluminaba lo justo para ver por dónde pisábamos. Amalia me obligó a correr dominada por una extraña euforia. Y en un momento nos plantamos ante el pabellón de ladrillo y azulejos, con su cúpula de hierro y de cristal, que habían construido para una exposición antigua. Amalia me guio hasta el pórtico de la entrada principal, a salvo de miradas indiscretas, y nunca como entonces la sombra de los dos leones alados que adornaban la escalinata me resultó tan fascinante.

—¿Te gusta este sitio? —le pregunté cuando nos cobijamos, muy juntos, bajo los arcos de entrada.

—Me gustas tú… —me susurró. Y su aliento cálido me acarició los

oídos mientras se apretaba contra mí y me envolvía con el perfume denso de sus cabellos. Estábamos en el Palacio de Velázquez, que durante muchos años fue Museo de Ultramar, y Amalia se sentía, ahora sí, como pez en el agua.

6

Nos besamos como si fuera lo último que nos quedara por hacer en este mundo, y los leones aletearon a nuestra espalda excitados. La luna aumentó de tamaño. Los árboles enmudecieron por completo, escandalizados por el espectáculo. Y después de que Amalia se sentara a horcajadas sobre mí, me desabotonara el pantalón, se levantara la falda y me iniciara en una quimera más grande que la del amor, debí de quedarme dormido porque amanecí solo en las puertas del Palacio de Velázquez.

—Despierta, muchacho. ¿Qué haces aquí? —me preguntó el encargado de abrir el edificio.

Amalia se había evaporado. Me puse en pie. Me sacudí las hojas de los árboles que el viento había arrastrado sobre mí durante la noche. Y empezaba a preguntarme si realmente había estado con Amalia cuando descubrí el ala rota de uno de los leones.

—¿Cómo te has escondido de los guardias? —me preguntó el portero mientras observábamos las plumas de piedra sobre los escalones.

—De noche me vuelvo invisible —le dije. Y me fui.

Aquel fue el final del noviazgo, o lo que fuera que había sido mi historia con Amalia. Desde el Retiro, caminé hasta la calle Fortuny en su busca y cuando llegué a la Residencia de Señoritas me dijeron que ya se había ido a sus clases en el conservatorio.

No fui al periódico en todo el día. Me aposté a la puerta del edificio de la calle Zorrilla sin entender nada, y cuando llegó el final de las clases y Amalia tampoco salió por la puerta del conservatorio no me quedó más remedio que colarme. No di con ella en las aulas, pregunté a los estudiantes de piano y me contaron que no había pasado por allí durante toda la jornada.

Volví a la Residencia de Señoritas, cada vez más desconcertado. Pregunté otra vez por ella en la conserjería y algo saqué en claro.

—Está castigada —me dijo, por fin, la misma conserje que se había cansado de verme rondando por allí en enero—. Y tú deberías marcharte a tu casa antes de que la señora Maeztu te descubra. Está muy enfadada.

—Pero ¿castigada por qué?

—Porque ha pasado toda la noche fuera de la residencia. Doña María ya había avisado a la policía cuando apareció de madrugada,

con el cabello alborotado. Si estuvo contigo será mejor que te vayas o acabarás metido en un buen lío.

Y de algún modo respiré aliviado. Ahora sabía que la noche con Amalia en el Palacio de Velázquez, escoltados por los leones alados, no me la había imaginado.

La convencieron para que no volviera a verme. O eso me dijeron. Una de sus compañeras de residencia, la misma que me había ayudado a encontrarla en la biblioteca, se apiadó de mí después de una semana de vagar como alma en pena por los alrededores y me explicó que la directora había tenido una charla descarnada con Amalia. Lo que había hecho era motivo de expulsión. Pero ella era un talento al piano, una promesa que no debía truncarse por una tontería. Si su padre se enteraba la llevaría de vuelta a Mondoñedo, no había ninguna duda.

—¿Eso te lo ha dicho ella? —le pregunté.

—Es lo que circula por los pasillos de la residencia. Parece que la señora Maeztu le ha dicho que tú serás un lastre en su vida. Que solo le traerás problemas.

—No puedo entender que no quiera hablarme —le dije a aquella chica, Ofelia se llamaba. Y se estaba tomando muchas molestias conmigo. Me costaba creerla.

—Ahora no es el momento —me dijo—. Quizá más adelante. El disgusto que tiene doña Maeztu es muy grande. Y Amalia necesita el piano.

—Y yo la necesito a ella.

—Ya se te pasará. Es lo que le dice a Amalia doña Maeztu: «Los chicos pasan. La música se queda».

7

Me sentía dolido porque Amalia no me había dado ninguna explicación. El piano, el conservatorio, la música, estaban por delante de mí, parecía claro. Yo solo había sido un entretenimiento que se le había ido de las manos hasta poner en riesgo su estancia en Madrid, me decía yo. Pero no me quitaba de la cabeza el tiempo que había pasado con ella en la puerta del Palacio de Velázquez. Me excitaba recordar el momento en que ella me desabotonaba los pantalones, me bajaba la cremallera de la bragueta y se sentada encima de mí como una amazona.

—¿Qué les pasa a tus piernas cuando las metes en el agua? —le había preguntado aquella noche, con voz temblorosa, mientras se deslizaba, dulce y lasciva, sobre mi bálano desnudo.

—Y eso qué importa ahora… —me había respondido con un hilo de voz.

—¿Tu bálano desnudo, Vicente?

—No me avergüences, Pedro. Sabes perfectamente a lo que me refiero.

En el periódico me advirtieron de que si continuaba faltando al taller podía olvidarme de aprender allí el oficio. «¿Estás alelado o qué?», me preguntaron. Así que no me quedó más remedio que concentrarme en la tipografía y dejar las esperas a la puerta de la residencia y a la salida del conservatorio.

Olvídala, me dije despechado.

Pero un par de semanas después, con el verano encima, me llegó una nota suya a los talleres del *Ahora* en la Cuesta de San Vicente. Abrí aquel sobre con su nombre en el remite como si dentro estuviera el secreto de la eterna juventud o la fórmula de la piedra filosofal, que viene a ser lo mismo, y devoré las dos líneas que me dedicaba igual que un chacal hambriento que por fin encuentra un poco de carroña con la que alimentarse. Tan baja tenía la autoestima.

Vicente, mi paladín…

El próximo viernes tocaré el piano en el Club Magerit a las ocho de la tarde. Ven a verme y podré explicarte lo que pasa. No me guardes rencor.

El Ateneo Feminista Magerit, no sé si lo sabes, estaba en la calle Conde Peñalver, que así se llamaba entonces el primer tramo de la

Gran Vía. Era un local de dos plantas situado justo en frente de la Gran Peña, el club masculino fundado por un grupo de militares que sería incautado durante la guerra. El Club Magerit tenía bar americano y biblioteca, cocina, un salón de té y otro donde jugar al *bridge*; allí se bailaba el charlestón y el foxtrot, las mujeres fumaban sin complejos, no se podía hablar de política ni de religión, y tampoco se permitía el paso a ningún hombre, salvo a la planta principal y siempre que lo hubiera invitado alguna de las socias. Pero yo no lo sabía.

Cuando enseñé en la puerta mi cámara Kodak, a modo de salvoconducto, y dije que iba a tomar fotografías para el diario *Ahora* de la pianista que tocaba aquella noche, no me dejaron entrar.

—Tiene que haberte invitado un socia.

—Pero soy periodista.

—Ni el presidente de la República entra aquí si antes no le ha invitado su esposa —me respondió la mujer que guardaba la puerta, fiel a las normas del club privado.

—Pregúntele, por favor, a la pianista, ella me ha invitado a venir. —Y estuve tentado a enseñarle la carta de Amalia.

—¿La pianista es socia?

Entonces se me ocurrió soltar el nombre de María de Maeztu y el Club Lyceum, a la desesperada. Y surtió efecto.

—Está bien. Espera aquí, que voy a preguntar.

Cinco minutos después me dejaba pasar.

El Ateneo Magerit era un lugar elegante, con muebles tubulares de acero que le daban un aspecto futurista y luces indirectas sobre paredes lisas pintadas en tonos claros, a la moda de la época.

Amalia no interpretaba aquella noche ningún fragmento de *El amor brujo* ni de las *Noches en los jardines de España*, nada de Manuel de Falla. Formaba parte de un quinteto de *jazz* y el tema que tocaban cuando entré en el salón, «Mack the Knife» —entonces no sabía el título inglés de la canción—, tenía un ritmo vivo y una letra sobre un cuchillo y un tiburón que Bobby Darin y Ella Fitzgerald convertirían muchos años después en un éxito pop, cada uno por su cuenta.

No había ni rastro de María de Maeztu en la sala, pero sí reconocí, apoyada junto al piano de Amalia, a la misma mujer de melena oscura y pómulos marcados que había visto poco antes de Navidad en el Club Lyceum. Vestía un traje de noche, de escamas brillantes, como el de Amalia, se había teñido el pelo, recogido en un moño, de un tono metálico, y era la cantante del quinteto.

El cambio de registro era sorprendente.

—Vestidos de lentejuelas, quieres decir…

—Vestidos que atrapaban la luz.
—Como los diamantes...

Alguien me ofreció un cóctel. La voz madura de la mujer, el ritmo del piano de Amalia, los platillos de la batería, el punteo de la guitarra, el sonido hondo del contrabajo, se adueñaron de la sala. Casi me dieron ganas de chasquear los dedos.

Me ofrecieron otro cóctel antes de que acabara la canción, me había bebido el primero de dos tragos, y estuve a punto de decirle al camarero, era un hombre, que no tenía dinero. Pero aquella noche nadie parecía preocuparse por el precio de la bebida en un local tan elegante. Y cuando terminó la canción y Amalia se levantó de la banqueta para alejarse del escenario con cierta precipitación mientras el resto del quinteto la miraba sin saber qué hacer, yo ya había reunido el valor necesario para plantarme ante ella y pedirle que me diera las explicaciones que me había prometido.

Hacia ella fui, decidido. Pero antes de que abriera la boca, la mujer madura, con su pelo plateado recogido en aquel moño inmenso, se interpuso entre los dos.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

—Me ha invitado Amalia.

Entonces distinguí a María de Maeztu, ahora sí, sentada en la misma mesa donde se había refugiado la pianista junto a media docena de mujeres y Federico. Federico García Lorca.

—Amalia no se encuentra bien —me dijo la cantante—. Se siente indispuesta.

Detrás de ella, Amalia, la dulce, la lujuriosa Amalia que me había arrancado la inocencia una noche de viento en el Retiro, apoyaba la cabeza en el hombro de la Maeztu, sus cabellos se desperdigaban como mansas lenguas de fuego, y la directora de la Residencia de Señoritas la envolvía en un abrazo maternal para levantarla de la silla y abrirse camino hacia la salida.

—¡Amalia! —grité.

Pero no me oyó. Y las escamas de su vestido azulado brillaron como los cristales de un espejo mientras María de Maeztu la sacaba de allí.

El tráfico había menguado en la Gran Vía. Los edificios señoriales de la avenida, iluminados por la luz de las farolas, mostraban una ciudad muy diferente a la del resto de calles estrechas del centro. Más próspera, más burguesa. A las puertas del Ateneo Magerit, un automóvil estacionado con el motor al ralentí esperaba por alguien. En el asiento trasero, Amalia Quiroga apoyaba de nuevo la cabeza sobre el pecho de María de Maeztu.

—¡Amalia! —grité de nuevo.

Y esta vez sí me oyó. Levantó la cabeza, hizo un gesto al conductor y abrió la puerta sin levantarse de su asiento. Tenía mala cara.

—Vicente, no me encuentro bien. Mi padre viene a buscarme mañana para que pase el verano en Mondoñedo. Te escribiré una carta —me dijo.

—Pero Amalia…

Y noté cómo contenía una arcada.

La mujer madura apareció entonces, con un chal muy fino sobre su vestido de noche, el pelo suelto, el gesto crispado, y subió al auto delante de mí.

—Vete a casa —me dijo mientras cerraba la puerta. Y el chófer puso el coche en marcha y aceleró hacia el cruce de la calle de Alcalá.

En el suelo brillaba una escama. Por la cuesta de la Gran Vía ascendía un carro de trapero tirado por un mulo y guiado por una mujer que recogía la basura de la avenida. La mujer detenía el carro a la altura de la Gran Peña y comenzaba a cargarlo con todo lo que habían tirado aquella noche en el club masculino. Y yo me agaché, recogí la escama azulada del suelo y me fui a casa sintiéndome poco más que un desecho.

8

Aquella noche, mientras regresaba al piso de mi hermana en el barrio de Lavapiés y Madrid se adormilaba igual que un animal cansado, decidí que no volvería a correr detrás de Amalia. Estaba harto de las miradas de condescendencia que me dedicaban las alumnas de la residencia cuando me veían. Debía ser muy patético. Y tuve un brote de orgullo que me duró lo que tardó en salir el sol con su luz prodigiosa.

Amalia no es para mí; merezco alguien mejor, me decía de madrugada incapaz de conciliar el sueño. Pero por la mañana, después de levantarme de la cama y descubrir la luz detrás de las cortinas, se me hizo imposible de asumir la idea de que se fuera a Galicia sin verla de nuevo, y en lugar de acudir al trabajo para preparar la edición de la tarde, me planté otra vez en la Residencia de Señoritas.

Apenas había cruzado la verja cuando Ofelia, que salía a la calle con un cigarro en la mano y parecía que venía a fumar a escondidas, me dijo que Amalia ya se había ido: «Su padre la recogió bien temprano». Después me pidió fuego.

Volví al periódico y tuve suerte de que no había mucho trabajo y apenas habían notado mi ausencia. El jefe de taller sí me sorprendió mientras entraba y me dedicó una mirada fría que no me gustó nada. Hubiera preferido que me echara una buena bronca.

—Si de verdad quieres ser reportero —me dijo después Herminio, uno de los obreros que me había enseñado el oficio en el taller—, será mejor que espabiles y dediques esos ratos en los que andas por ahí zascandileando con alguna chica a tomar una buena fotografía.

—Qué sabrás tú lo que hago…

—Claro, solo hay que ver lo tontorrón que vienes al trabajo. Ahí fuera se está cocinando algo muy gordo, algo que va a llenar de sangre las calles, y tú estás tan encoñado que ni siquiera te das cuenta. Esto no acabará bien.

Y no sabía si se refería al país, a mi historia con Amalia o a mi puesto en el periódico. Era cierto, en cualquier caso, que no veía lo que ocurría a mi alrededor. Madrid estaba muy agitado un mes antes del Alzamiento, los albañiles hacían huelga, José Antonio andaba preso, y en el Congreso, los diputados de la derecha discutían con La Pasionaria y con el ministro Casares Quiroga sobre los desórdenes públicos que alentaba la izquierda y sobre los atentados de los pistoleros falangistas. Pero el mal de amores no me dejaba apreciarlo.

—El golpe de Estado, has querido decir.
—Llámalo como quieras.
—Lo llamo por su nombre.

Los días siguientes los pasé deprimido. Mi hermana me preguntó qué me pasaba. «Comes sin apetito». Mi cuñado el encuadernador me miraba, sonreía y me decía que había muchas mujeres en el mundo, como si mi cara fuera un libro abierto donde estuviera escrito mi fracaso amoroso.

Después de una semana, me di cuenta de que no podía seguir así. O me olvidaba de Amalia, y eso era algo difícil de digerir a esas alturas, o hacía algo audaz para reencontrarme con ella. El verano estaba a punto de llegar y si reunía algún dinero podría pagarme un billete de tren a Ponferrada, o a Lugo, y uno de autobús a Mondoñedo, y una vez allí echar el resto.

Era una idea insensata, sin duda. Pero era la única que me resultaba atractiva. Cuando aún no se tienen veinte años y uno se deja arrastrar por un temperamento impulsivo, un verano de espera puede resultar una eternidad.

Y contaba con mi cámara. Con mis ganas de ser fotógrafo. Trabajaba en los talleres de uno de los mejores diarios gráficos de España y Madrid era un hervidero de sucesos. Solo tenía que buscar mi oportunidad, me dije, y enseñarle a Manuel Chaves Nogales alguna fotografía que mereciera la pena publicar.

—¿Lo lograste?

Pensé que la tenía cuando, una semana después de la partida de Amalia, el tranvía de la Bombilla arrolló a una furgoneta de reparto delante de mí en la Cuesta de San Vicente, muy cerca de la redacción del periódico. El accidente solo dejó contusionado al conductor de la camioneta, pero la imagen del auto atravesado en la calle, arrastrado hasta chocar contra una farola, era el tipo de fotografía que el diario *Ahora* solía publicar en sus páginas gráficas. Tomé tres o cuatro imágenes mientras los viajeros abandonaban el vagón y un guardia urbano se acercaba a la carrera, y me planté en la redacción del periódico.

—¿Hablaste con Chaves Nogales?
—No. Me dijeron que andaba de viaje por el extranjero. Creo que el día del Alzamiento…, del golpe, perdón, se encontraba en Londres. Así que no me quedó más remedio que explicarle lo que había ocurrido al redactor jefe. Después le dejé el carrete, crucé los dedos y me senté a esperar en un rincón de la redacción a que lo revelaran.

—¿Tú que haces aquí? ¿No tendrías que ocuparte de los tipos? —me preguntó el redactor Leopoldo Bejarano, que pertenecía a la UGT y unas semanas después firmaría la incautación del periódico por los trabajadores.

—He traído unas fotos de un accidente.

—Así que te ha dado por la fotografía… —me dijo mientras me pedía con un gesto la cámara Kodak para echarle un vistazo—. No parece gran cosa. Pero puede servir.

Y se coló en el despacho del redactor jefe. Solo un minuto después volvía a salir y me decía.

—Manzano se ha entretenido con algo y nos hace falta un fotógrafo. ¿Te atreves?

—¿Qué hay que hacer? —le pregunté mientras me levantaba de la silla como si me hubieran puesto una chincheta en el trasero.

—Ir al Club Lyceum.

Y creo que sonreí de oreja a oreja.

—Es una foto fácil. Un grupo de mujeres en una mesa para homenajear a una escritora. Pero asistirá la esposa del presidente de la República. Así que no la cagues… —me dijo el redactor jefe, que también había salido de su despacho detrás de Bejarano—. Que te pongan un carrete en la cámara y no pierdas más el tiempo. Toma un taxi y sal pitando antes de que se haga de noche —añadió mientras rebuscaba en su bolsillo y me entregaba unas monedas con las que pagar la carrera—. No te entretengas mucho o se nos echará el cierre encima —insistió.

Un minuto después me subía a un taxi en la Cuesta de San Vicente, bajaba hacia el centro por la calle Princesa, que aquel otoño sería frente de guerra, subía por la Gran Vía, aunque todavía no querían llamarla así, me plantaba en la plaza del Rey más chulo que un ocho, como les decían a los chulapos que tomaban el tranvía de la línea de la Bombilla para ir a las fiestas de San Antonio, y entraba en la Casa de las Siete Chimeneas convertido, ahora sí, en reportero gráfico del diario *Ahora*.

9

Todas las mujeres que participaban en el acto estaban sentadas al otro lado de una mesa cuando pasé a la sala y Ernestina de Champourcín, la homenajeada, hablaba de la soledad. Eran unos versos sencillos, pero hondos, que me impresionaron. Quizá fuera el salón, el eco de *El amor brujo* que Amalia había interpretado allí antes de las Navidades, lo que hizo que aquel poema me calara tanto; o quizá fuera yo, convertido en un sentimental sin remedio desde el día en que mi amigo de Ponferrada y yo le habíamos echado una solución salina a los fotogramas del viejo cine Ideal y habíamos conseguido que las imágenes de Greta Garbo, tan misteriosa, y de Marlene Dietrich en *El ángel azul*, con aquellas piernas tan largas que nada tenían que envidiar a las del maniquí de La Lucha, no se evaporaran al sol. Como las piernas de Amalia en el agua.

Todos van, todos saben, solo yo no sé nada.
Solo yo me he quedado abstraída y lejana.

Recitaba Champourcín. Y yo miraba a aquella mujer de aspecto frágil, sentada junto a la esposa del presidente Azaña y María de Maeztu, que me había reconocido. Miraba a Ernestina, a punto de fotografiarla, y pensaba en cómo la poesía hacía posible que una desconocida —*Solo yo me he perdido en un vuelo sin alas*— conectara con todo aquello que nunca le contaba a nadie.

—Muy bien, fiera. Apártate y no estorbes —me ordenó una voz. Y cuando me volví descubrí a Manzano, el fotógrafo del *Ahora* al que supuestamente había sustituido aquella tarde, montando un trípode frente a la mesa para robarme la imagen de las damas del Club Lyceum—. Las fotos que has dejado en la redacción han salido borrosas —me susurró para no interrumpir el recital— y Bejarano no se fía de ti. Así que échate a un lado y deja trabajar a los profesionales.

Solo yo no alcancé lo que todos alcanzan…, terminaba Ernestina, con sus ojos pequeños, su nariz aguileña, el pelo corto, la barbilla diminuta, la mirada triste con la que salió en aquella fotografía donde Dolores Rivas Cherif, la elegante mujer de Azaña, era la única que le sonreía a la cámara de Manzano.

—¿Qué haces aquí otra vez? —me preguntó la Maeztu desde el otro lado de la mesa cuando el fotógrafo ya había retirado su trípode y se

disponía a salir del salón, donde sonaban los primeros aplausos para Ernestina. Y no había ningún reproche, solo curiosidad, en el tono con el que me hizo aquella pregunta.

—Ganar unas perras para irme a Mondoñedo —le respondí.

Debí darle un poco de pena, porque enseguida se levantó de la mesa cubierta con un centro de flores y unos vasos, se acercó a mí y me dijo en voz baja:

—Amalia todavía está en Madrid. Pero yo no te he dicho nada.

Los aplausos crecieron. Las mujeres del Club Lyceum arropaban a Ernestina de Champourcín, que miraba a su alrededor emocionada por la acogida que habían tenido sus versos. Y María de Maeztu, que también empezaba a comportarse como una madre conmigo, me había llevado a un rincón de la sala.

—¿Amalia ha vuelto a la residencia? —le pregunté. Los aplausos menguaban.

—Está alojada en el Ritz, eso me han dicho.

—¿No se iba a pasar el verano a La Mariña?

—Algo grave les ha retenido en Madrid. No sé más.

Y como no quería volver a los talleres del periódico y el hotel estaba muy cerca, al Ritz que me fui después de darle las gracias a la presidenta del Club Lyceum y echar una última mirada, completamente sugestionado, al solitario piano de cola.

En la plaza del Rey se encendían las farolas, una pareja paseaba entre los bancos, el tráfico era escaso. Y no pude evitarlo: antes de doblar la esquina en la calle del Barquillo también volví la vista hacia el tejado de la Casa de las Siete Chimeneas. Pero no había ningún fantasma en el tejado esta vez, ninguna figura abstraída en la esquina del voladizo con una antorcha en la mano. Un golpe de viento rebelde barrió de repente la plaza y le levantó la falda floreada a la muchacha que caminaba con su novio. Eso fue todo.

10

Me imponía respeto el hotel Ritz, paradigma del lujo en la plaza de la Lealtad, a solo unos pasos del Museo del Prado y de la Bolsa. Me sentía provinciano, proletario, vulgar, ante un alojamiento tan suntuoso donde se hospedaba la realeza de Europa, la alta sociedad, las grandes fortunas del país. Un lugar que no admitía ni a artistas ni a toreros ni a mujeres con pantalones, y donde ningún cliente varón se alojaba sin corbata.

Pobre de mí. Me vieron llegar con la camisa blanca y la cámara de fotos y no me dejaron entrar. Les dije que era reportero del diario *Ahora* y eso empeoró las cosas. El portero me miró con desdén. Y no me contuve: «Oye, que tú solo estás aquí para abrir la puerta —espeté—. Menudos aires».

Después me arrepentí, porque con aquella actitud nunca me dejarían pasar al vestíbulo para preguntar por las habitaciones de Ramón y Amalia Quiroga.

—Así que en el Ritz nada menos. ¿No es allí donde empezó a servir copas Perico Chicote?

—Chicote aprendió el oficio con el *barman* del Ritz, sí, él mismo me lo dijo. Pero eso fue mucho antes. En el 36 ya tenía abierta la coctelería y el bar del Congreso.

—¿Y cómo te las apañaste para entrar?

—Me ayudó Lorca.

—¿Lorca?

—Sí, Lorca. Apareció por el hotel junto a su amigo, el diplomático chileno, una hora después. Yo hacía guardia en un banco en Recoletos, absorto en el tráfico menguante, mientras rumiaba la forma de colarme.

—Pero ¿de qué diplomático estás hablando?

—Ahora no recuerdo su nombre. Solía invitar a escritores y poetas a su casa, ya te lo he dicho. Era amigo de muchos intelectuales republicanos, pero Neruda le acusó de negarle el asilo a Miguel Hernández al final de la guerra.

—Y los dos entraban en el Ritz aquella noche. Qué casualidad…

En cuanto los vi bajar de un automóvil me acerqué a ellos y no dudé en pedirles un favor:

—Federico —le tuteé— nos conocimos justo antes de las Navidades en el Club Lyceum. Yo hacía fotos. ¿Me podrías prestar una corbata? No me dejan entrar.

—¿Tú no estabas el otro día en el Ateneo Magerit? —me preguntó. Y sin esperar a mi respuesta, añadió —: Te puedo dejar una pajarita, si te sirve, muchacho. Pero pasa con nosotros. No se atreverán a decirte

nada.

Entonces sacó del bolsillo un trozo de tela floreada.

—Has tenido suerte. No suelo llevar ninguna de repuesto —me dijo. Después le hizo una seña a su amigo para que aguardara un momento y me colocó la pajarita en el cuello de la camisa. «Puedes quedártela».

Lorca se equivocaba. El portero del Ritz, y eso que había cambiado el turno y ya no era el mismo, nos detuvo en cuanto me vio sin chaqueta.

—Viene con nosotros. Nos esperan en el bar —se justificó el poeta de Granada.

—Si el señor quiere pasar con ustedes le puedo prestar una americana para que cumpla las normas de la casa. No puedo hacer excepciones.

—¿Y qué hacían en el Ritz Lorca y aquel diplomático si los dos tenían casa en Madrid?

—Habían ido a ver a Dalí, que venía de participar en la Exposición Surrealista de Londres y se alojaba en el hotel.

—¿Me tomas el pelo? Lorca y Dalí se habían enfadado hacía algunos años. Estoy seguro de que no se encontraron en Madrid justo antes de la guerra.

—Quizá fueran a hacer las paces. No sé. Dalí siempre me pareció un tío estrafalario, un chalado. Pero me gustan sus cuadros.

—Lorca estaba loco por Dalí y en aquella época había tenido algún desengaño amoroso.

—Lo descubrí en cuanto los vi juntos…

—Entonces, te dejaron entrar…

—Un conserje me trajo una chaqueta blanca, quizá de un camarero, que me quedaba francamente grande y así me permitieron subir las escaleras de la entrada junto a Lorca y al diplomático para pisar un salón abovedado, con un tejado de cristal opaco y amueblado de una forma tan pomposa que aumentó mi incomodidad. Estaba fuera de lugar en aquel ambiente tan selecto.

—¿Y a quién has venido a fotografiar hoy? —me preguntó el poeta.

—En realidad he venido a ver a una chica —le respondí—. Pero no sé en qué habitación se aloja.

—¿Y cómo se llama la afortunada?

—Amalia Quiroga. Y está aquí con su padre.

—Entonces tendrás que hilar fino para no meterte en un lío, chico.

Y diciendo esto se acercó al mostrador de la recepción, le pidió al conserje que avisara al señor Dalí —«dígale que Federico le espera en el bar»— y le preguntó además por «la habitación de la señorita Amalia Quiroga, si es tan amable».

El recepcionista abrió el libro de registro, comenzó a leer en silencio los nombres de los clientes alojados y, después de un minuto muy largo, levantó la vista y me envolvió en el desconcierto cuando le dijo

al poeta: «No hay ninguna señorita con ese nombre alojada en el hotel esta noche, señor».

11

Me cambió la cara cuando oí que Amalia no estaba allí. Pero nada que ver con la que puso Lorca cuando Salvador Dalí apareció por el bar un minuto después. Nos encontrábamos junto a la barra, el diplomático le pedía una mesa a un camarero —se había hecho tarde y estaban a punto de cerrar— y yo me veía otra vez sin saber qué hacer, perdido en la madrugada, en el momento en que el pintor de Cadaqués entró en la estancia vestido con una chaqueta cruzada de señorito, unos pantalones blancos a juego con sus zapatos y aquel bigote que le haría inconfundible.

La risa de Lorca, la alegría que desprendía, aquel desparpajo andaluz, se quebró en cuanto lo vio. Y Dalí también titubeó, no pudo disimularlo. Pero enseguida se recompuso.

—¡Federiquito! —gritó.

—Querido Salvador…

Y se dieron un abrazo. Fuerte. Largo. Sostenido. Con una intensidad conmovedora. No he vuelto a ver a dos hombres abrazarse así en mi vida.

—Lorquito, ¡Lorquito!… Gala tiene una curiosidad teeerrible por conocerte.

Y fue mentar Dalí a su pareja y la luz que había vuelto a iluminar el rostro de Federico se apagó de repente, los dos hombres se separaron. Y el reencuentro, se notaba que hacía tiempo que no se veían, se volvió amargo. Aquella mujer, estaba claro, era un obstáculo entre los dos y parecía que el pintor la hubiera nombrado adrede para dominar una emoción que escapaba a su control.

—Eres un cabrito… —le dijo Federico.

Nos acodamos en la barra del bar. El diplomático había desaparecido. Quizá se hubiera ido de forma discreta para dejar solos a los dos amigos. No sé. Y allí estaba yo, invisible para el poeta y el pintor, y sin saber muy bien si también debía marcharme y esperar a que amaneciera para preguntarle otra vez por Amalia a la Maeztu en la Residencia de Señoritas.

—¿Qué quieres beber, Federico? Aquí sirven un cóctel de Cointreau, vodka y vermú blanco que está de muerte. Tienes que probarlo. Pónganos dos, por favor —le pidió Dalí al *barman*. Y era evidente que ambos se habían olvidado de que yo también estaba allí.

Lorca, dolido, se quedó en silencio mientras contemplaba a su amigo con un gesto de tristeza, de desolación. El *barman* sirvió los dos combinados, se alejó para limpiar la cafetera. Y aquello estalló.

—Eres un cobarde —le dijo Federico a Salvador.

—Lo que no soy es marica, Federico —le soltó el pintor. Y el poeta le dio una bofetada.

—Un momento, un momento… ¿Lorca abofeteando a Dalí en el hotel Ritz? ¿Y piensas que la gente se lo va a creer?

—Ocurrió delante de mí. Y menos mal que ya no quedaba nadie en el bar, porque aquello fue como quitarle la espoleta a una granada. Como encender la mecha de un cartucho de dinamita o apretar un detonador. Salvador Dalí, con el rostro enrojecido por el bofetón y la vergüenza, por la tensión inevitable, por el amor imposible, reprimido, por el sexo sin consumar entre los dos, se echó encima del poeta y le mordió en la boca. Federico aguantó aquel beso salvaje, aquella muestra de pasión desbordada, sin moverse, como un cordero atrapado en el matadero, hasta que un hilo de sangre amaneció en la comisura de sus labios. Y yo, en un acto reflejo, levanté la cámara y les robé una fotografía.

—¡Ja! Una fotografía que salió borrosa, ¿verdad, Vicente?

—Sigues sin creerme.

—¿Cómo quieres que me crea eso? No has dicho ni una sola verdad en toda la tarde.

—Aún no te he contado el final. Dalí, avergonzado, salió corriendo del bar. Yo bajé la cámara, el autor del *Romancero gitano* estaba pálido como un muerto y tampoco me prestaba atención. Y en la copa del pintor, una gota de sangre de los labios de Lorca había teñido de rojo el vermú blanco, mezclado con vodka y Cointreau.

—Vicente…, acabas de encerrar la Guerra Civil en una metáfora.

—Así es como sucedió.

—Claro que sí. ¡Antonio! Antonio, por favor. ¿Me puedes poner un Dalitini?

—¿Un Dalitini?

—¿Sabes mezclarlo, verdad?

—Claro. Vodka, Cointreau y unas gotas de cereza. Hace mucho tiempo que nadie me lo pide.

—Pues pon dos. Tu amigo Vicente también va a probarlo. Me está contando una historia muy chula y se lo merece.

—Nunca me cayó bien Salvador Dalí. Siempre me pareció un fantoche, un personaje con una máscara ridícula que escondía a un hombre acomplejado detrás de aquel bigote. Se puso del lado de Franco, además. Pero no voy a negar su talento. Me fascina el cuadro de los elefantes. Y el de los relojes que se funden. El tiempo es un invento…

—Ha sido un hombre brillante. Aunque no estoy seguro de que realmente simpatizara con el fascismo. Solo fue un provocador. ¿Sabes lo que dijo de Hitler? Que estaba más loco que todos los surrealistas que se hacían los locos, porque estaba loco de verdad. Este es el cóctel que inventó junto a Perico Chicote, lo sabes mejor que yo. Pero reconozco que tu versión es mucho más interesante que la realidad. Gracias, Antonio. ¿Y qué pasó después?

Le dejé un pañuelo a Lorca para que se limpiara la sangre de los labios.

—Gracias otra vez por la pajarita —le dije. Y el poeta me miró por fin.

—Sigues aquí…

Parecía que estuviera muy lejos del hotel Ritz. En el pozo de sus deseos más íntimos. De sus frustraciones más profundas. Se encontraba en una situación muy vulnerable.

—Vámonos antes de que alguien te vea así —le pedí. Y allí mismo me quité la chaqueta blanca que me había prestado el portero, la dejé sobre la barra, donde reposaban las dos copas, me bebí de un trago el cóctel manchado con la sangre de Federico, no me preguntes por qué, y agarré al poeta del codo para sacarle del Ritz antes de que se derrumbara del todo.

En la calle, paré el primer taxi que pasó por Recoletos y lo acomodé en el asiento trasero.

—¿Qué dirección, señor? —preguntó el conductor.

—¿Qué dirección le digo, Federico?

—Alcalá 96. Es un edificio de color verde pistacho en el cruce con la calle Goya.

Y lo vi tan mal que decidí subir con él al coche. Lorca se acurrucó en el asiento y enseguida llegamos a Cibeles, donde el automóvil giró a la izquierda con la ciudad en penumbra. La Puerta de Alcalá, con sus arcos neoclásicos, nunca me pareció tan misteriosa como aquella noche. Ni siquiera durante la guerra, cuando colgaron aquellos carteles de Lenin y de La Pasionaria. El taxi se detuvo un par de minutos después y Lorca, que seguía con el pañuelo en la boca, me miró de nuevo.

—Me metí en la cama con Margarita para poder acostarme con él. ¿Lo puedes creer? Pero no cumplió el trato.

—¿Margarita?

—Quería ver cómo lo hacíamos, me puso esa condición. Y nos vio. Pobre Margarita… Estaba espléndida el día en que se quitó el sombrero en la Puerta del Sol junto a Maruja Mallo. Pura provocación. Pobre Margarita…

—Es tarde, Federico. Déjame unas monedas para volver a mi casa.

—Salvador es un avaro, un ególatra, un *voyeur*, un estafador… Me convenció para que timáramos a mi familia. Menos mal que no se dejaron engañar. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Vicente. Soy tipógrafo del *Ahora*.

—Vicente, nunca te enamores de un genio.

Y diciendo esto me dejó un billete y algunas monedas sueltas en la mano, y se bajó del taxi cabizbajo. Y aunque era noche cerrada y hacía calor, una brisa racheada le levantó los faldones de la chaqueta en cuanto puso los pies en la acera.

12

—A la calle de los Tres Peces —le pedí al taxista cuando Lorca desapareció por el portal. Se me había levantado un fuerte dolor de cabeza y quería volver cuanto antes al piso de mi hermana en Lavapiés.

—¿La calle de los Tres Peces? ¿De verdad se llama así?

—Claro que sí. Mi hermana vivía en la parte alta de la cuesta, enfrente del número 25, que tiene tres peces de piedra labrados en la fachada. Nunca supe por qué. En el barrio se decía que eran muy antiguos, que un hidalgo del viejo Madrid los hizo grabar allí, pero nadie recordaba el motivo. A mí me gustaba fantasear con la idea de que eran parte de un hechizo.

—Y el taxi te dejó allí de madrugada…

—Allí mismo. Le pagué al conductor con las monedas de Lorca, que tintineaban como cascabeles ebrios en mis bolsillos, y en ese momento me di cuenta de que el cóctel que había bebido en el Ritz de un solo trago me había sentado mal, porque los peces labrados en la fachada comenzaron a mover la cola, y las aletas, y la cabeza; se desprendieron de la cuerda que los ataba y se pusieron a nadar por la pared de la casa, como si fuera de agua, en busca de la salvación.

—Vamos, Vicente, ¿llevas dos vermús secos y un Dalitini y me quieres hacer creer que una sola copa te puso así con veinte años?

—Igual fue la sangre de Lorca.

—¡Ja! Tú has venido aquí a tomarme el pelo, ¿verdad?

—No te enfades, hombre. ¿No has leído ese verso de *Poeta en Nueva York* que habla de los peces cristalizados? ¿O el de la reunión de los animales muertos, traspasados por las espadas de la luz, el de la gota de sangre que buscaba la luz de la yema de un astro?

—Vaya…

—Me gusta mucho *Poeta en Nueva York*. Me sé muchos versos de memoria. Lorca jamás hubiera escrito algo tan surrealista si no se hubiera cruzado Dalí en su vida. Es evidente.

—Eres una caja de sorpresas.

Era muy tarde, estaba cansado y me había bebido un cóctel con una gota de sangre del mejor poeta de España. No puedo subir a casa en este estado, me dije mientras me apoyaba en la pared, asentaba la cabeza sobre los hombros y los tres peces, inmóviles, colgaban otra vez de su cuerda de piedra. Así que me acomodé en el portal, cerré los ojos para conciliar el sueño y esperé a que se hiciera de día, como un golfo que vuelve a casa sin llave después de una noche de parranda —y era cierto que no tenía forma de entrar en casa sin llamar a la puerta—, para no despertar a mi hermana, tampoco a mi cuñado ni a mi sobrina Celia, que solo era una niña de dos años y tenía el sueño muy ligero.

Pronto llegó el amanecer y con él esa luz maravillosa que trae el día

cuando la claridad despierta los sentidos. Esa luz lenta y a la vez vertiginosa que flota con sigilo unos instantes, en la frontera del sueño. El calor de la noche menguaba, un viento cálido barría la acera, el sereno no había aparecido y la aurora de Madrid penetraba en la calle en cuesta como un zumbido de alabastro.

—Empiezo a creer que sí lees poesía, Vicente. Eso que has dicho ahora es una sinestesia.

—¿Sinestesia?

—¿Desde cuándo la luz tiene sonido y unos zumbidos pueden ser de piedra?

—Algunos versos he juntado en un papel, sí, pero no son buenos. El mundo está lleno de poetas mediocres. No necesita uno más. Lo que me hubiera gustado de verdad es aprender a tocar el piano.

—*El amor brujo…*

Me ardía la cabeza. Si Amalia no se había ido de Madrid tenía que encontrarla como fuera. En eso pensaba cuando llamé a la puerta del piso de mi hermana con la amanecida. Sabía que Manuela se levantaba temprano y tenía que atender a la niña, y dejarle el almuerzo preparado a mi cuñado. Con lo que no contaba es con que me estuviera esperando.

—¿Dónde has estado toda la noche, desgraciado? No he pegado ojo —me dijo cuando me abrió la puerta.

—Manuela, ya soy mayorcito…

—Mientras vivas en esta casa tendrás que respetar unas normas…

—¿Celia sigue dormida? —le pregunté por mi sobrina. Era mi ojito derecho la niña. Pero mi hermana esquivó la pregunta. Tenía algo más importante que decirme.

—Anoche vinieron de los talleres a buscarte. Dijeron que faltas a tu puesto muy a menudo. Vicente, si no espabilas te van a despedir. Y después, ¿qué?

—¡Joder! —se me escapó. Nunca usaba palabras malsonantes delante de mi hermana, delante de nadie en realidad—. ¿Es que no les han avisado de que me habían encargado una foto, «mecagoendios»? —Y me salió del alma ese «mecagoendios» porque no podía permitirme el lujo de que me despidieran. Necesitaba el dinero.

—No hables así en esta casa. O te mando de vuelta a Ponferrada. Aquí no se blasfema, Vicente. Y yo pensando que te había pasado algo…

—Voy a acercarme al taller y se lo explicaré todo a Herminio —le dije—. Seguro que ha sido él quien ha venido a buscarme.

Y era mentira, claro. Lo último que se me pasaba por la cabeza aquella mañana era perder el tiempo con explicaciones en la imprenta del *Ahora*. Solo quería alejarme de los reproches de Manuela, que tenía su genio y si se enfadaba era capaz de meterme en un tren, el

correo del Norte que salía de Príncipe Pío a las ocho de la tarde, y devolverme al estanco de mis padres.

Me quedaban algunas monedas en el bolsillo, enmudecidas. Un manojo sordo de dinero. Y tenía hambre. Me rugían las tripas, qué prosaico. Así que antes de retomar la búsqueda de Amalia —y solo se me ocurría regresar a la calle Fortuny para preguntarle de nuevo a María de Maeztu—, descendí la cuesta de la calle de los Tres Peces, doblé la esquina con la calle Ave María y me planté ante la puerta del Café Barbieri, en la plaza de Lavapiés.

—¿Lo conoces, Pedro?
—¿Quién no? No lo han tocado en cien años.

A esas horas apenas había tres o cuatro clientes. Atravesé el umbral, descorrí las cortinas y los espejos de la pared me devolvieron el reflejo borroso de un tipo cansando, ojeroso, con aspecto de haberse bebido la noche. No me reconocía en aquella figura extraña y nerviosa. Pálida. Como si me faltara sangre en las venas.

—Ni que te hubiera mordido un vampiro...

Me dejé caer sobre una silla, en una de las mesas de mármol del local, y le pedí al camarero un café y un par de huevos fritos, como los ingleses.

—Aquí no freímos huevos —me dijo el camarero de mal humor.

—Pues tráigame el café bien cargado. Y unas porras, o unos churros, lo que más rabia le dé —le solté—, que anoche no cené nada y tengo el estómago vacío.

Después pasé la mano por debajo de la mesa de mármol, como hacía siempre, para asegurarme de que no habían aprovechado la lápida de un muerto…

—Pero ¿qué dices, Vicente?
—¿No has estado en el Barbieri? Parece que hayan saqueado un cementerio.
—Vicente...

Lo bueno de ese café vetusto es que siempre ha tenido toda la prensa de Madrid a mano. Y antes de que me sirvieran el café y me trajeran la ración de churros, me acerqué al revistero y me quedé con un ejemplar del diario *Ahora*. Encontré la foto que Manzano había tomado en el Club Lyceum en las páginas gráficas y, efectivamente, no había ni rastro del accidente del tranvía de la Bombilla y la camioneta de reparto. Menudo aspirante a reportero gráfico que estaba hecho…

Mientras ojeaba el periódico y masticaba los churros, observaba de

refilón a los clientes que poco a poco ocupaban los divanes de terciopelo rojo alrededor de los espejos descascarillados de las paredes. No me costó nada imaginar el local cerrado a cal y canto, cuando todavía se encontraba en la calle de la Primavera, para que el rey retozara allí con las coristas del Teatro Barbieri. En el barrio me habían dicho que un pasadizo secreto comunicaba el antiguo escenario del teatro, convertido en cabaret a la francesa, con el primer local donde estuvo el café, y las artistas lo usaban para reunirse de forma discreta con hombres adinerados.

—Eso es una leyenda, Vicente. Nunca hubo ningún pasadizo en el Teatro Barbieri. Y no me imagino al rey con las cortinas echadas en un café de Lavapiés.

—Peores cosas haría…

—¿Y qué tiene que ver el Café Barbieri con Amalia? Te estás desviando…

—El café. Las monedas sordas. Los tres peces. Todo formaba parte del mismo embrujo.

—Ya…

El Barbieri se encontraba en penumbra y tenía los cortinajes echados, como caparazones que nos protegieran de las miserias del mundo, cuando se encendieron las luces de repente. Todo el local se llenó de virutas luminosas, igual que en un campo de luciérnagas, y mi vista se elevó imantada hacia la musa de la poesía biselada sobre el espejo principal, en la pared del fondo. Entonces vi cómo la figura se movía, cómo deslizaba sus manos sobre la lira, te lo juro, y escuché la vibración de las cuerdas.

—La musa Erato, protectora del amor. Eso era una señal, Vicente…

—No te rías de mí.

—Tú tampoco.

Alguien jugueteaba con las teclas del piano de pared que había en el cuarto del billar y eran notas sueltas, sin ningún vínculo. Se oyó un golpe seco en el suelo, las virutas de luz se desvanecieron y una bola blanca llegó rodando hasta el salón principal. Aquello me distrajo un segundo y cuando levanté los ojos hacia el espejo biselado de nuevo, la musa estaba otra vez inmóvil con la lira en su regazo, y los reflejos distorsionados de todas las caras de la clientela me sonreían grotescos, igual que en un cuadro del Greco.

Entonces emergió una luz deslumbrante de lo más profundo de los espejos. Un destello que lo llenó todo de blanco y me recordó a la luz inquietante del amanecer. En ese momento tuve la certeza, no me preguntes por qué, de que algo malo le había ocurrido a Amalia Quiroga.

13

Cuando recuperé la visión, cegado por el fogonazo, un fotógrafo en el que no había reparado, porque me lo tapaba una columna, ajustaba un trípode frente al espejo principal para tomar otra imagen de un grupo de hombres que había comenzado una temprana partida de gilé. «Esta la voy a hacer sin *flash*, para no quemar la foto», les decía a los jugadores.

Parecía un profesional. Un hombre entrado en años, calvo, con traje y corbata, y con la pericia que me faltaba a mí. Observé mi cámara Kodak y me sentí un poco ridículo.

Una quemazón extraña ardía dentro de mí y me abrasó pronto la vergüenza. Llámalo intuición. Demasiadas señales de que algo anómalo estaba ocurriendo. Ahora sí, tenía que ver a Amalia a toda costa, pensé. Y decidí que había llegado el momento de remover Roma con Santiago para dar por ella. O lo que era lo mismo, cruzar todo Madrid hasta la Residencia de Señoritas, sin más demora, para preguntarle a María de Maeztu.

Así que me levanté. Las últimas monedas tintinearon en la mesa de mármol. Y atravesé el local con paso firme.

Pero en cuanto abrí la puerta del café y pisé la calle me encontré con Conchita.

—¿Conchita?

—Sí, Conchita. Su madre tenía un puesto de pescado en el mercado de San Antón y el domingo anterior había querido invitarme a ver una película de reestreno en el Palacio de las Pipas.

—¿Ese era el Doré?

—Ahora lo han arreglado para abrir la Filmoteca, lo tienes que saber. Pero cuando yo llegué a Madrid era un cine de barrio y lo llenábamos todo de cáscaras.

—¿Conchita quería salir contigo?

—Conchita tenía fama de estrecha.

—Pero si te había invitado al cine…

—¿Qué haces aquí? ¿Me estás espiando? —le pregunté cuando me di de bruces con ella en la puerta del Barbieri.

—¿Y tú? ¿Qué pintas tú aquí tan temprano?

—Tengo cosas que hacer, Conchita. Ahora no puedo perder el tiempo contigo —le dije sin ningún miramiento. Y eché a andar por la cuesta a buen paso. Qué se había creído…

Caminé deprisa porque ya no tenía dinero para el metro ni el tranvía y en unos minutos me planté en la plaza de las Cortes. Allí

estaba el Congreso, con los dos leones quietos, la escalinata, las columnas robustas y el friso neoclásico. La bronca que tres días atrás habían mantenido en el hemiciclo Calvo Sotelo y Gil Robles, diputados de la derecha por un lado, y el ministro Casares Quiroga y La Pasionaria, por otro, también había sido tema de conversación en los talleres del periódico.

—Vicente. Te vas otra vez por las ramas.

—Es que fue todo una cadena, Pedro. Mientras en el Congreso se discutía sobre el orden público y la crispación en la calle, mientras los militares conspiraban contra la República, en Siberia, un grupo de astrónomos soviéticos se preparaban para observar un eclipse de sol. Un eclipse total.

—¿Hubo un eclipse ese día?

—En Madrid apenas se notó. Pero los soviets habían fabricado una cámara-telescopio para fotografiar la corona solar. Eso decían los pies de fotos de agencias que habían llegado el día anterior al periódico, pendientes de publicar, mientras esperaba a que revelaran el carrete de mi Kodak con las imágenes del accidente que después salieron borrosas.

—Qué curioso…

—La luna más grande que el sol. Y una franja de oscuridad sobre el planeta. Eso es lo que ocurrió. Y no me digas otra vez que menuda metáfora…

—¿Estáis hablando de poesía?

—¡Hombre, Agustín, por fin has llegado! Siéntate y ahora te pido algo. Este es Vicente Yebra, viejo amigo de Antonio Romero, el *barman*. Me está contando una historia muy interesante. Da para una novela.

—Ah, ¿sí? ¿Y para un guion, quizá?

—Eso cree él.

—¿Y qué piensas tú?

—Que no me ha contado ni una sola verdad en toda la tarde.

—Eso es el cine, una ilusión… Señor Yebra…

—Tutéame, por favor. Pero si queréis me callo y no os hago perder más el tiempo.

—No, hombre, no. Ahora tienes que acabar tu historia. Nos habíamos quedado en la plaza de las Cortes, hasta que saltaste a lo del eclipse de sol.

—La plaza de las Cortes, sí. Allí estaba aparcado el coche.

—¿El coche?

—El Hispano Suiza amarillo con los guardabarros negros. Me quedé mirándolo como un bobo, estacionado en la acera del hotel Palace.

—Vaya…

Y allí estaba también el chófer.

Me acerqué.

—¿Te acuerdas de mí? —le dije. Y el tío aquel, robusto y con aspecto de guardarle bien las espaldas a don Ramón Quiroga, me miró como a un insecto—. Justo antes de las Navidades, en la Residencia de Señoritas. Cargabas las maletas de don Ramón y de su hija Amalia —le refresqué la memoria.

—No sé quién eres —me dijo muy serio.

—¿Están aquí? —pregunté. Y le señalé la entrada del hotel, con su

marquesina de hierro, el portero uniformado que nos miraba de reojo, las banderas al viento, un vendedor de periódicos, un limpiabotas…; y esta era una moda nueva en Madrid, que alguien te sacara brillo a los zapatos en plena calle.

—La chica se sintió mal cuando subíamos el Alto de los Leones. Tuvimos que volver —me respondió el chófer.

—¿Qué le ha pasado?

—¿Por qué no le preguntas a él?

Y me señaló a don Ramón Quiroga, con su porte aristocrático, un elegante traje gris y unos zapatos marrones bien lustrados, que salía en ese momento del hotel, compraba un periódico al vendedor callejero, esquivaba al limpiabotas y caminaba hacia el coche con paso decidido.

—Señor Quiroga. ¿Se acuerda de mí? —le repetí cuando llegó a nuestra altura—. Nos conocimos en la Residencia de Señoritas. —Tenía ojeras y aspecto de estar aún más cansado que yo, que llevaba despierto o en duermevela toda la noche.

Me miró igual que una vaca al tren. El chófer le abrió la puerta del Hispano Suiza. Y sin molestarse en responderme, con la cabeza en sus asuntos, se acomodó en el asiento trasero y le dijo al conductor con voz grave:

—Date prisa o se nos irá la mañana.

El automóvil arrancó. El conductor hizo girar la dirección y aceleró para integrarse en el tráfico que subía por la Carrera de San Jerónimo. Y yo hice algo que después he visto en muchas películas. Le hice una seña al taxi que estaba aparcado detrás del Hispano Suiza y, aunque no tenía dinero para pagarle, le dije al conductor:

—Siga ese coche.

14

Entramos en la Puerta del Sol y el día era deslumbrante. Hacía calor. La plaza se encontraba muy animada. Los peatones se movían en todas las direcciones, como hormigas laboriosas, los tranvías se mezclaban con los automóviles y algún carro de caballos, las tiendas habían bajado los toldos para proteger a sus clientes de la insolación, un guardia urbano discutía con un conductor que había cometido una infracción… Y de golpe, como ocurre con los sucesos inesperados, una sombra se extendió sobre el centro de la ciudad, tembló la bóveda del cielo y rompió a llover.

Apenas duró unos segundos el aguacero. Igual que vino se fue. Y no tenía nada que ver con el eclipse.

Los transeúntes que habían corrido a refugiarse bajo los toldos reaparecieron enseguida. El guardia urbano que había soportado la tromba con estoicismo se estiró la chaqueta húmeda. El conductor al que abroncaba volvió a bajar la ventanilla. La luz reverberaba en el suelo mojado, que recordaba a la superficie de un espejo. El calor hacía que se desprendieran nubes de vaho de los adoquines. Y sentí que el taxi se adentraba en un sueño, en otra realidad menos áspera, mientras giraba detrás del Hispano Suiza para enfilar por la calle Preciados en busca de la Gran Vía.

El auto amarillo se detuvo en la esquina del hotel Florida, en la plaza de Callao, menos lujoso que el Ritz y el Palace, pero con una fachada igual de aparente, adornada con una sucesión de columnas, frisos y arquitrabes, molduras, balcones, ventanales y una suerte de tímpano en todo lo alto con el nombre del edificio en relieve. En unos meses, los obuses que las tropas de Franco iban a arrojar contra la Gran Vía desde el cerro de Garabitas lo convertirían en una trinchera. Cómo imaginarlo… Fue el propio chófer el que se bajó del coche y atravesó la acera camino del vestíbulo.

—Aparque aquí un momento —le dije al taxista.

—Estamos en doble fila. Me van a multar…

—Le daré una buena propina… —mentí.

Y en menos de un minuto, el conductor del Hispano Suiza volvió a salir del hotel acompañado de una mujer de mediana edad vestida con falda y chaqueta de paño y un sombrero anticuado, que tomó asiento en la parte delantera mientras el chófer encendía el motor.

—En marcha —le dije al taxista. El Hispano Suiza se incorporó a la circulación en la plaza y giró a la derecha por la Gran Vía. Pasó por delante de la librería Espasa, dejó atrás el edificio de la Telefónica y

descendió por esta misma cuesta hacia la calle de Alcalá.

En la plaza de Cibeles —en pocos meses la estatua de la diosa y el carro tirado por los leones estarían cubiertos de sacos terreros para protegerlos de los bombardeos—, el coche que llevaba a Ramón Quiroga y a la misteriosa mujer dejó a un lado el palacio blanco de Correos y Telégrafos, que siempre me pareció un enorme pastel de bodas, y volvió a girar para circular por el paseo de Recoletos hasta la plaza de Colón, donde la escultura del descubridor de América apenas destacaba entre el tráfico. El Hispano Suiza dobló allí la curva a la derecha para subir por la calle Goya y hacia el final de la cuesta se detuvo a la altura de un edificio sobrio, de solo dos plantas y el techo horizontal, muy distinto de los inmuebles de ladrillo rojo y balconeras blancas, o de fachadas estucadas, que lo rodeaban.

Del auto lujoso se bajaron el padre de Amalia y la mujer, y enseguida entraron en el edificio.

—Pare aquí —le dije al taxista.

Y en cuanto aparcó detrás del Hispano Suiza, abrí la puerta y eché a correr calle abajo para no tener que pagarle la carrera.

Me aposté en la esquina de una calle lateral, recuperé el aliento y todavía aguardé diez minutos largos antes de acercarme hasta el edificio, porque el taxista no se daba por vencido y se había puesto a discutir con el chófer del Hispano Suiza amarillo, supongo que para reclamarle el dinero del servicio y la propina que le había prometido. Cuando se cansó de gritar, y estaba claro que el conductor de Ramón Quiroga no había dado su brazo a torcer, por fin regresó al taxi, arrancó y se perdió por la calle Goya camino del cruce con Alcalá. Ahí vive Lorca, pensé.

Más tranquilo, caminé hasta el inmueble de dos alturas con cuidado de que no me viera el conductor del Hispano Suiza. Y cuando me planté ante la puerta, me dio un vuelco el corazón: «Dispensario Antituberculoso de la Seguridad Social», ponía en una placa que reflejaba el brillo del sol.

Empujé la puerta metálica y accedí a un pasillo mal iluminado. Un conserje detrás de una mesa me preguntó qué quería. «Tengo cita», le mentí. Y no recuerdo muy bien si subí unas escaleras y las volví a bajar, o si abrí una de las puertas laterales de aquel pasillo. El caso es que me vi de repente en una sala de espera vacía, y cuando en el umbral de lo que parecía una consulta asomó la cabeza una enfermera le pregunté a bocajarro por la señorita Amalia Quiroga.

—¿Quién?

—La pianista.

—¿Cómo?

—La chica joven que trajeron el otro día —acerté a responderle por

fin. Y la enfermera me señaló la ventana que daba a un patio y me dijo:

—Pregunta en el pabellón.

—¿Está grave?

—No lo sé, pregunta en el pabellón.

Y me la imaginé tosiendo sangre, como los poetas malditos del Romanticismo. Enferma terminal.

Salí de la sala de espera, igual de funcional que el edificio, y a través del pasillo accedí a un jardín separado de la calle perpendicular a Goya por un muro y una verja. Al fondo del patio, otro pabellón de ladrillos rojos y estilo neomudéjar se alzaba ante mí. Entonces se abrió la puerta del pabellón de planta baja y una altura, como el dispensario, y apareció don Ramón Quiroga con gesto abatido y la cabeza ocupada en vete a saber qué cosas.

—¿Está grave? —le pregunté cuando pasó a mi lado camino del edificio principal.

—¿Cómo? —Se volvió hacia mí y por fin me reconoció—. Eres tú… ¿Qué haces aquí?

—He venido a ver a Amalia. No la imaginaba enferma.

Don Ramón estaba de pie y me miraba como si se hubiera cruzado con el mismo diablo.

—No sé qué pretendes —me dijo mientras me agarraba del brazo y me empujaba sin ningún miramiento para arrastrarme fuera del dispensario—. Pero si te vuelvo a ver cerca de mi hija, haré que alguien te dé una buena paliza, maldito bastardo…

Me dejó estupefacto. No sabía a qué venía aquello. Pero no estaba dispuesto a irme de allí sin ver a Amalia. Así que me fajé y le dije que quería ver a su hija. Don Ramón enrojeció dominado por una cólera creciente. Y en aquel momento se abrió la puerta trasera del dispensario y emergió en el patio, y este sí que parecía un verdadero demonio, el taxista que me había traído hasta allí. El muy cabezota debía haber dado la vuelta a la manzana con el coche y me había visto entrar.

—¡Golfo! ¡Te voy a meter tal somanta de palos que ni tu madre te va a reconocer! —me amenazó también mientras se abalanzaba sobre mí y los dos caíamos al suelo enredados en un abrazo.

Nos revolcamos durante unos segundos. Aquel tipo no dejaba de pegarme puñetazos en el abdomen y en el pecho, y no dudé en morderle una oreja para quitármelo de encima. La pelea no duró mucho más de un minuto en cualquier caso, porque dos hombres con batas blancas, ayudados por tres o cuatro enfermeras, nos separaron por fin. En volandas nos sacaron del patio, nos llevaron por el interior del pasillo del dispensario y en un periquete nos pusieron a los dos de patitas en la calle Goya. Y no había ni rastro en la acera del llamativo

Hispano Suiza amarillo con los guardabarros negros. Don Ramón Quiroga había aprovechado el alboroto para ahuecar el ala.

Me levanté, y el taxista, con un hilo de sangre en la oreja, se incorporó también mientras se dolía del tobillo. No esperé más y de nuevo eché a correr, esta vez calle arriba, igual que un ciervo perseguido por un oso.

—¡Hijoputa! ¡Cómo te coja te voy a sacar las tripas! —gritaba el taxista a mis espaldas. Y no me molesté en mirarle por si acaso hubiese sacado una navaja o algo que se le pareciera.

Le gané terreno y giré en la calle de Alcalá, atravesé la calzada en medio del tráfico, fue un milagro que no me atropellaran, y cuando me puse a salvo en la acera de enfrente me topé con…

—Con Federico.

—¿Cómo lo sabes?

—Se veía venir. Es lo que haría un guionista en esta situación. Antes has dicho que Lorca vivía cerca.

Lo arrollé en la acera, incapaz de esquivarlo, y caímos al suelo los dos.

—Federico —le rogué cuando le reconocí—, me persigue un hombre con un cuchillo. Ayúdame.

Como estábamos delante del portal de su casa, me ayudó a incorporarme, empujó la puerta del edificio y nos refugiamos allí. Entonces me miró con toda la calma del mundo y me dijo:

—Tienes sangre en la boca, muchacho. —Y me dejó un pañuelo para que me limpiara la comisura de los labios.

Me sentí un poco como Dalí, como Drácula, como Nosferatu, dándole mordiscos a la gente. El taxista pasó de largo, echaba fuego por los ojos, y me quedé con Lorca en el portal.

—Ahora que ha pasado el peligro, cuéntame, ¿qué haces aquí, muchacho? —me preguntó el poeta. El vestíbulo se encontraba en penumbra, pero sus ojos brillaban como los de un gato.

—Claro.

Había luz dentro de aquel hombre. Un brillo deslumbrante. Por eso lo mataron.

—Te agradezco que me trajeras a casa anoche —me dijo cuando vio que tardaba en responderle.

—Siento lo que pasó en el Ritz —acerté a decir por fin cuando recuperé del todo el aliento.

—Es igual. Salvador no sabe apreciar nada. No merece la pena esforzarse más con él. ¿Y tú? ¿Has conseguido ver a tu muchacha? —me preguntó.

—Por eso estoy aquí. La tienen ingresada en el dispensario de tuberculosos de la calle Goya y no me dejan verla.

—¿Tuberculosa?

—Su padre me echaba de allí a patadas cuando el taxista que me ha traído hasta aquí se abalanzó sobre mí.

—¿Y eso?

—No tenía dinero para pagarle.

—¿Y por qué no has cogido un tranvía, muchacho, en lugar de meterte en estos líos?

—Tampoco tenía para el tranvía.

Entonces me puso el brazo sobre los hombros para salir a la calle conmigo.

—Vamos a ver qué podemos hacer para que veas a tu sirena.

Y supongo que lo de la sirena lo dijo al azar.

15

Bajamos hacia el dispensario a buen paso. Yo miraba hacia los lados por temor a que el taxista apareciera de nuevo, con toda su rabia acumulada, pero todavía debía cojear calle arriba.

—No te preocupes —me decía Federico—, déjalo de mi cargo. —Y parecía que había recuperado aquella alegría tan suya. Solo le traicionaban los ojos.

Una mujer salía del edificio cuando llegamos a la puerta de hierro. Y no era la señora del hotel Florida, no. Era una mujer mejor vestida, más joven, más frágil, sin duda. Los dos la conocíamos.

—¡Zenobia! —exclamó Lorca—. ¡Zenobia Camprubí!

La esposa de Juan Ramón Jiménez, no estaba seguro de que se acordara de mí y del paripé que había montado en la biblioteca de la Residencia de Señoritas justo antes de las Navidades, nos miró extrañada.

—¡Federico!, ¿qué haces aquí?

—Venimos a ver a una enferma. Y me da la impresión de que es la misma que has venido a visitar tú.

—Amalia Quiroga. Un prodigio al piano. Me dijeron que la habían traído a este lugar y quería saber cómo se encuentra. María está muy preocupada.

—¿Y la has visto?

—Aquí no ingresan a nadie. Me dicen que esto no es ningún hospital, solo un dispensario.

—¿Y quién le contó que estaba aquí? —intervine.

—Yo —escuchamos la voz de un hombre que salía por la puerta del dispensario. Y apareció una figura calva, con una barba donde asomaban las primeras canas y una mirada algo decaída, distante. Juan Ramón Jiménez, el poeta universal, el futuro premio Nobel de Literatura, cruzó el umbral y se reunió con su esposa en la acera. Luego supe que la pareja vivía en la calle Padilla, a diez minutos a pie.

Imagino que los dos sabéis lo que ocurrió con Juan Ramón en los primeros meses de la guerra. Era de los que creían en la República, pero la prensa socialista afín a Largo Caballero le señaló en un artículo aquel verano —eso no era ninguna tontería en los tiempos que corrían, cuidado— y el poeta y su mujer abandonaron Madrid y se fueron de España, por si acaso. Juan Ramón, tengo entendido, era un poco hipocondriaco y conocía a muchos médicos. Nos dijo que un viejo amigo de Huelva, un doctor que había escuchado los conciertos de Amalia en el Club Lyceum y en el Ateneo Magerit, le había advertido de que la joven se encontraba en un dispensario de la calle Goya.

—Y como sabía de su amistad con Zenobia y esto está cerca de casa, nos hemos venido aquí para ver cómo se encuentra. Pero el doctor Beltrán, que no trabaja en este dispensario, se ha equivocado, sin duda —añadió el poeta.

—O quizá estén escondiendo a Amalia —dije yo.

—¿Y por qué iban a hacer eso? —preguntó Federico.

A Zenobia la conocían en los círculos literarios de Madrid por tres motivos, sobre todo: porque había traducido a un escritor de la India de nombre impronunciable, por su devoción por Juan Ramón Jiménez, el poeta de *Platero y yo*, y porque no dejaba de reclamar un espacio para la mujer en un mundo de hombres. El de la literatura.

—No creo que el doctor Beltrán se haya equivocado —contradijo a su marido, que por un momento la miró desconcertado, con aquellos ojos grandes con los que lo observaba todo, cada día más hundidos en las cuencas—. Este sitio es algo más que un dispensario para tuberculosos…

—Vamos, Zenobia, tú misma has podido comprobar que no hay nada raro en todo esto. No empecemos a ver fantasmas donde no los hay —le pidió el poeta, incómodo por mi presencia y la de Federico.

—Pues yo te digo que esa chica sigue ahí dentro. Lo que pasa es que no nos han enseñado todo.

—Pero Zenobia…

—Y creo, ya que están aquí Federico y este muchacho, que deberíamos entrar todos juntos y hablar otra vez con el director. No me han gustado sus evasivas.

—La tienen en el pabellón del patio, seguro —intervine yo.

—Zenobia, no es necesario entrar ahí de nuevo. Molestaremos a esos médicos y a sus enfermos para nada —le rogó Juan Ramón, cada vez más descolocado por la reacción de su esposa.

—Pero Juan Ramón…

—No podemos montar una escena en plena calle. Vámonos a casa. Hace demasiado calor.

Zenobia dudó. Miró a su marido. Echó la vista hacia el edificio del dispensario. Y aunque siempre se dijo que era una mujer que se plegaba al egoísmo de Juan Ramón, aquel día hizo justo lo contrario.

—Juan Ramón, si quieres volver a casa, ve tú solo y espérame allí. Yo voy a entrar ahí para buscar a esa muchacha —le anunció.

El poeta de Huelva se quedó definitivamente pasmado. Y Zenobia Camprubí empujó la puerta de hierro con toda la energía que le cabía en su cuerpo menudo y entró en el vestíbulo del que había salido su esposo unos segundos antes sin aguardar a que la siguiéramos.

Pero la seguimos. Los tres. Zenobia fue directamente al despacho del

director del dispensario, tocó la puerta y giró el pomo sin esperar a que le respondieran. Al otro lado, la habitación estaba vacía.

—Hay que mirar en el pabellón de ladrillos —insistí.

Zenobia me observó con un poco más de detalle, esbozó una sonrisa, seguramente me reconoció por fin, y dijo:

—Vamos pues.

Juan Ramón también me miró de soslayo. Se estaba preguntando, seguro, de dónde salía yo. Quién era. Y por eso se atrevió a protestar por última vez.

—Zenobia, este comportamiento impulsivo no es propio de ti.

—Juan Ramón —medió entonces Lorca—, vamos a ver a dónde nos lleva todo esto y cuando sepamos qué es lo que pasa aquí actuamos en conciencia. ¿Te parece?

Juan Ramón apreciaba a Federico. Después he leído que lo había recibido en su casa, de jovencito, y había recomendado sus primeros poemas porque había visto en Lorca, recién llegado de Granada a Madrid, el mismo resplandor, el talento que afloraba en los poetas verdaderos. Supongo que por eso se calló y no volvió a protestar.

Todo se vino abajo, sin embargo, cuando salimos al jardín trasero y descubrimos abierta la verja de la calle perpendicular a Goya. Vimos una puerta amarilla que se cerraba más allá de la acera, escuchamos el ruido de un motor de combustión, y aunque corrí hacia aquella entrada enseguida, solo llegué a tiempo de intuir la sombra del Hispano Suiza de guardabarros negros que giraba en la esquina y se mezclaba con el tráfico que a esas horas descendía por la calle Goya, camino de la estatua de Colón.

No me rendí, claro. No había llegado hasta allí para dejar que el auto amarillo se escapara con Amalia, y eché a correr otra vez. Me planté en la esquina de la calle Goya en unas zancadas y giré como un caballo desbocado, cuesta abajo, hasta que los astros se aliaron con mis piernas y distinguí el Hispano Suiza parado a solo doscientos metros de mí. Había salido tan deprisa que había sufrido un accidente de tráfico. Y Amalia, no tenía ninguna duda, estaba dentro de aquel coche.

A pesar de la carrera, aún me quedaban fuerzas para gritar su nombre. Sí, para gritar su nombre, no me miréis así. Yo era muy joven, muy intenso. Muy exagerado, sin duda. Y Amalia, con aquel cabello rojo azucarado y aquellos dedos tan largos que se movían deprisa sobre las teclas de un piano, Amalia Quiroga, que me había iniciado en el amor y en el sexo a mis diecinueve años, era la clase de chica por la que merecía la pena gritar, aunque su padre me hubiera amenazado con darme un paliza.

A punto de alcanzar el coche, que había chocado contra un motocarro en un cruce calle abajo, distinguí a don Ramón Quiroga de

pie con una mano en la cabeza, mientras el chófer discutía con el otro conductor. El motocarro estaba muy afectado, pero había sido un golpe leve para el Hispano Suiza. Un faro roto, un guardabarros doblado, tan solo. El guardia urbano de turno también se acercaba para poner paz.

—¡Amalia! ¡Amalia! —grité.

Y Amalia escuchó su nombre, por fin, entre el ruido del tráfico y las voces de los dos conductores. Escuchó su nombre, abrió la puerta trasera del Hispano Suiza, asomó la cabeza y me vio. Estaba pálida, ojerosa. Muy desmejorada. Pero me reconoció. Entonces vi cómo movía los labios —no entendí lo que me decía— y se bajaba del automóvil tambaleándose para caminar hacia mí todo lo deprisa que le permitían sus fuerzas.

Nos abrazamos como en las películas. Los dos en mitad de los coches parados. Nos abrazamos entre el tráfico, los semáforos, el olor de la gasolina y los neumáticos. La cogí de la cintura, la sostuve más bien, porque ya no le quedaba nada de energía, y antes de desfallecer me dijo, con voz nítida, algo que me iba a atormentar durante mucho tiempo:

—No me dejes ir con él.

Al momento se desvaneció, su melena roja le cubrió el rostro y volví a notar el aroma de almizcle y caramelo que se desprendía de sus cabellos, hasta que su padre me la arrebató de los brazos. Don Ramón Quiroga, con los ojos desorbitados, gritaba enloquecido por la ira mientras la separaba de mí.

Y todo acabó de repente, un instante después, cuando el chófer del patrón, tenía que ser él, me soltó un gancho de izquierdas como solo un antiguo boxeador podría hacerlo; un puñetazo brutal, demoledor, que me rompió la nariz y me dejó tirado en el suelo igual que un árbol recién talado antes de que tuviera la menor oportunidad de abrir la boca o estirar los brazos en busca de Amalia.

16

Cuando abrí los ojos me encontraba tumbado en la acera, Federico me abofeteaba para hacerme volver del mundo de los sueños rotos y Amalia, pobre de mí, sí, pobre de mí, se alejaba otra vez en el asiento trasero del Hispano Suiza, reintegrado a la circulación.

—Chico. Vaya golpe te han dado. Estás sangrando por la nariz —me decía el poeta de Granada—. Tendremos que llevarte al dispensario a que te miren eso.

Me ayudó a levantarme por segunda vez en aquella mañana. Me dejó otro pañuelo para secarme la sangre y, cuando el rastro del Hispano Suiza se perdió por completo entre el tráfico, convertida la calle Goya en un río salpicado de virutas de hierro, me dejé llevar hasta la puerta del dispensario. Allí estaba Zenobia, que me miró horrorizada.

—No es nada —le dije abatido.

—Juan Ramón está dentro. Ha ido a buscar al director otra vez —nos informó—. ¿Te encuentras bien?

—No. Se han llevado a Amalia —le respondí.

—Pero ¿a dónde?

En ese momento apareció por la puerta la mujer del hotel Florida, con su falda larga, su rostro bregado en vete a saber qué negocios oscuros y su sombrero anticuado. Y aunque la cabeza estaba a punto de estallarme, le corté el paso para preguntarle lo mismo que Zenobia.

—¿A dónde se la han llevado? —la interrogué—. ¿Quién es usted?

—¿La señorita Amalia? Va camino de un sanatorio en la sierra —me respondió sin dejar de mirar mi nariz rota. Y cantaba al hablar, como los gallegos.

—¿Qué sanatorio? ¿Por qué?

—¿Y tú quién eres? ¿Qué tienes que ver en todo esto?

—Eso ya se lo he preguntado yo antes.

—Yo no soy nadie.

Entonces sí, nos esquivó y avanzó por la acera cuesta arriba hacia la calle de Alcalá.

—Pero ¿qué le ha pasado a Amalia? —todavía le insistí.

—No quieras saberlo… —me respondió mientras nos echaba una última mirada por encima del hombro. A mi espalda, oí con claridad cómo Zenobia dejaba salir un suspiro.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Zenobia.

—¿Cómo que qué hacemos? Seguir a esa mujer y que nos cuente lo que sabe…

Era Federico el que hablaba. Y el que tiró de nosotros para subir de nuevo hasta la esquina de Goya con Alcalá, uno de los cruces más concurridos de Madrid, en el momento en que la mujer se subía a un taxi. Malditos taxis…

Pero Lorca no perdió el tiempo y le hizo señas a otro automóvil. Y, mientras abría la puerta trasera, nos dijo:

—Vamos, muchacho, no te quedes ahí parado. Zenobia, querida, ¿quieres acompañarnos?

—No puedo dejar aquí a Juan Ramón —respondió la esposa del poeta.

—Sí que puedes.

Y así fue cómo los tres nos subimos al auto para continuar aquella mañana enloquecida de golpes y persecuciones, otra vez calle Goya abajo, mientras Juan Ramón Jiménez, nunca entenderé qué veían en él las mujeres, asomaba la cabeza por la puerta del dispensario, se quedaba de pie en la acera, cariacontecido, y observaba cómo nuestro taxi se alejaba sin comprender absolutamente nada de lo que había ocurrido.

—¿Juan Ramón Jiménez abandonado en una calle de Madrid por Zenobia Camprubí? Eso es difícil de creer.

—Pues eso es lo que ocurrió. ¿Y usted quién es?

—Disculpen la interrupción. Soy Armando Serra, de *El Independiente*. Había concertado una entrevista con el señor Almodóvar y no he podido evitar escuchar lo que decían.

—Pero llega usted muy pronto. Aún falta más de una hora para la entrevista.

—Lo sé. Quería tomar algo antes y les he visto en la mesa. Perdonen si me meto donde no me llaman, pero, insisto, esa historia no se sostiene. Zenobia vivía para Juan Ramón Jiménez. Incluso descuidó su salud por él al final de su vida. Y no es la única mujer que perdió la cabeza por el poeta después de conocerle. Hubo una escultora muy jovencita, de buena familia, que se quitó la vida en aquellos años porque Juan Ramón no podía corresponderla. Dejó una carta de despedida y se pegó un tiro en la sien en el torreón de su familia, en Las Rozas, después de destruir toda su obra, ofuscada. Se llamaba Marga Gil.

—Pues esa sí que fue una reacción irracional.

—La pasión es un laberinto, Vicente… Y no siempre se encuentra la salida. Señor Serra, si nos deja un momento. Estamos tratando un asunto privado. En una hora estoy con usted.

—Claro, disculpen mi mala educación…

—Tómese algo en la barra mientras acabamos. Continúa, Vicente, por favor. Os habíais subido otra vez a un taxi…

Seguimos al otro coche por toda la calle Goya y Recoletos, giramos por el primer tramo de Alcalá hasta la Gran Vía y subimos hasta la plaza de Callao, a las puertas del hotel Florida. Cuando aparcamos, en medio del bullicio, unos operarios instalaban un enorme mural de Charlot en la fachada del cine que anunciaba el inminente estreno de

Tiempos modernos, su última película muda.

—¿*Tiempos modernos*? ¿En julio del 36? Yo creo que en España se estrenó mucho más tarde…

—Pues me haces dudar, Pedro. Pero tengo una imagen muy viva de ese cartel en la plaza de Callao justo antes de la guerra…

—Bueno, ¿y qué pasó con la mujer?

Zenobia se quedó retrasada, pero Lorca, que le dejó un billete al taxista, y yo entramos a la carrera en el hotel detrás de ella. No tuvimos que ir muy lejos para encontrarla. En cuanto cruzamos la puerta giratoria la vimos de pie en el vestíbulo, frente a la conserjería. Dos hombres bien trajeados hablaban con ella, serios, severos, solo podían ser policías, y la mujer, por fin me pude fijar en su rostro anodino, les escuchaba asustada.

Entonces uno de ellos, bigote fino, traje a rayas, falto de elegancia, la corbata demasiado grande, la chaqueta cruzada, la sostuvo del brazo y le hizo un gesto para que caminara con él hacia la puerta mientras su compañero tomaba nota de lo que le decía el conserje del hotel. Cuando pasaron junto a nosotros, la mujer bajó la cabeza, avergonzada, y nos quedamos mudos, incapaces de abrir la boca.

Fue Zenobia, que venía a nuestra espalda, la que preguntó:

—¿A dónde se lleva usted a esta mujer?

El hombre, no muy alto, no muy fornido, pero con un rostro cincelado por la suspicacia, se detuvo un momento y le dijo:

—¿La conoce?

—¡Zenobia, querida Zenobia! ¡Estás aquí! —intervino Lorca. Y sin tiempo para que el hombre del bigote fino añadiera nada más, empujó con suavidad a la mujer de Juan Ramón Jiménez y se la llevó hasta la cafetería del hotel a la vez que le decía—: Por fin has llegado, vamos a tomar algo, que tenemos muchas cosas de las que hablar.

Nos sentamos en las sillas giratorias de una de las dos barras enfrentadas de la nueva cafetería de estilo americano del hotel. Permanecimos en silencio durante un minuto. El sonido del tráfico llegaba desde la calle, amortiguado por los cristales y la pared, y el rumor de pasos en el hotel, el murmullo de las conversaciones, la voz del camarero que nos preguntó dos veces «¿qué va a ser, señores?» mientras miraba de reojo mi nariz enrojecida…, todo lo oía en la lejanía, como si no estuviera allí. Hasta que Lorca, Lorquito, me devolvió a la realidad.

—La han detenido… —dijo.

Y yo me preguntaba quién era esa mujer y qué demonios le había ocurrido a Amalia en el dispensario. Abstraído mientras Zenobia

hablaba con Lorca, observaba a la dependienta de la mantequería, que envolvía unos pasteles, y sus dedos manipulaban el papel con la pericia que solo adquiere quien se ha acostumbrado a trabajar como un autómata. Nada que ver con el temperamento de Amalia al piano.

—Esa mujer… no me inspira nada bueno —dijo Zenobia.

—Es evidente. ¿Ha dicho que se llevaban a la chica a un sanatorio en la sierra? —preguntó Federico.

—Eso es. Tiene que ser el de Guadarrama.

—Claro. El de los versos de Machado. *Mansión de noche larga y fiebre lenta*…

—Un momento, Vicente, para un momento otra vez. ¿El sanatorio de Guadarrama no es ese edificio abandonado donde se han celebrado rituales satánicos? Tiene muy mala fama.

—Entonces no estaba abandonado.

—Sí, hombre, el de la película de Paul Naschy. *La noche de Walpurgis*…

—No he visto esa película. No me gustan las historias de vampiros.

—Es de un hombre lobo.

—Es lo mismo… No me gustan.

—Claro, Vicente. Que no te dé miedo. Solo es ficción.

—¿Ficción? Hay cosas que es mejor no tocar.

—Así que eres supersticioso…

—Desde que conocí a Amalia.

—Amalia Quiroga, la pianista de Mondoñedo… ¡Claro! ¡Nos estás contando un cuento de Cunqueiro! Y ahora es cuando nos dices que Amalia era de verdad una sirena.

—He leído esa novela, no lo niego. Y me pone los pelos de punta porque todo eso que cuenta el señor Cunqueiro en *Merlín y familia* lo viví, o lo soñé, no sé, un anochecer en Mondoñedo, acabada la guerra. Era el capítulo de la sirena doña Teodora, que viaja a La Mariña desde Portugal para que el mago Merlín le tiña la cola de negro porque está de luto y le ponga un hilo de oro en el borde de cada una de las escamas antes de partir hacia Lucerna para llorar a su caballero fallecido. Merlín tuvo que convencer a su propio sirviente para que no se enamorara de ella o acabaría devorado por los peces en la ría de Arosa. Pero Amalia no era tan peligrosa…

—¿Y qué pasó con Amalia, Vicente? ¿Se la habían llevado finalmente al sanatorio?

—Eso es lo que quería averiguar, Agustín. En ese lugar de la sierra estuvo ingresado Camilo José Cela cuando era joven. Lo contó en *Pabellón de reposo*. Y también Antonio Machado. Federico había leído sus versos: «*Sanatorio del alto Guadarrama, más allá de la roca cenicienta donde el chivo barbudo se encarama, mansión de noche larga y fiebre lenta*», nos recitó. Zenobia también pensaba que allí encontraríamos a Amalia. Pero a pesar del aspecto desmejorado con el que la había visto, me costaba creer que estuviera enferma de verdad. La llave de todo el misterio estaba, seguro, en la señora gris que se habían llevado en el vestíbulo.

—Subamos a su habitación antes de que la Policía la registre —propuse en la cafetería del Florida mientras el camarero nos insistía en

que, si no íbamos a tomar nada, si no éramos huéspedes del hotel, teníamos que desocupar las sillas.

Zenobia me miró escandalizada y, sin duda, empezó a arrepentirse de haber dejado solo a su marido. Pero a Lorca le pareció una idea fantástica.

—El director me conoce. Hace dos años representamos en uno de los salones *El retablillo de San Cristóbal* durante un homenaje a La Barraca. Seguro que puedo convencerle para que nos deje la llave —nos dijo el poeta con un entusiasmo renovado.

Y cómo no rendirse ante su sonrisa triste.

Las habitaciones del hotel Florida costaban veinticinco pesetas la noche por entonces. No era un hotel tan lujoso como el Ritz y el Palace, insisto, pero estaba entre los más caros de Madrid. Parecía claro que don Ramón Quiroga le había pagado el alojamiento a aquella mujer y su habitación daba a la fachada principal, en la plaza, la misma que en solo unos meses, estallada la guerra, se convertiría en diana de la artillería.

Cuando abrimos la puerta del cuarto, qué ingenuos, encontramos todo revuelto. Los dos hombres que esperaban a la mujer en el vestíbulo se nos habían adelantado.

—Esto está hecho un desastre —soltó Federico.

Zenobia también nos había acompañado, a pesar de todo, y los tres habíamos subido hasta la cuarta planta del Florida. Al otro lado de la ventana, creo que no me equivoco, Charlot jugaba con una llave inglesa encaramado a unas ruedas dentadas y el sonido del silbato de un guardia urbano se colaba en la habitación.

Había una maleta abierta, con toda la ropa por el suelo. La cama estaba deshecha; el colchón, medio caído, la colcha retirada. Un zapato sin tacón echaba de menos a su compañero del pie izquierdo. Un cajón de la mesita reposaba sobre el colchón. No había nada más.

Zenobia entró en el aseo.

—Tiene bañera —la oímos decir. Y enseguida añadió, con voz grave —: Venid a ver esto…

Lorca se giró y caminó hacia el cuarto de baño. Yo me quedé en silencio. Pálido. Y también avancé detrás del poeta.

—Venid a ver esto —repitió Zenobia. Y ya me la imaginaba al borde de la bañera con un cadáver ensangrentado, o con vete a saber qué, cuando Federico entró en el aseo y le preguntó:

—¿Qué es eso? ¿No es con lo que escarban en la boca los dentistas?

Y yo entré detrás de él y vi a Zenobia con un extraño objeto metálico en las manos terminado en un garfio.

—Con esto se hacen los legrados —nos dijo mientras esgrimía el instrumento—. Esto se usa para abortar.

SEGUNDA PARTE

LA SIRENA

1

No supimos nada más de aquella mujer ni de don Ramón Quiroga ni de Amalia. La idea de que le hubieran practicado un aborto me atormentaba y le rogué a Federico que me ayudara a conseguir un coche para comprobar si se encontraba en el dichoso sanatorio de Guadarrama. El poeta me dijo que se lo pediría a su amigo Morla Lynch, ahora recuerdo el nombre del diplomático, y él mismo me acompañaría. Pero Federico estaba muy ocupado aquellos días, andaba a otras cosas, inquieto por el ambiente político tan crispado que se respiraba en Madrid, y ya no volví a verle. En unos días estalló la guerra, Lorca se fue a Granada en busca de protección y allí lo mataron. Por rojo, por maricón, por La Barraca y porque no se callaba delante de nadie. Qué desgracia…

Zenobia y Juan Ramón también se exiliaron a las pocas semanas, empezada la guerra, después de aquel escrito de Largo Caballero. Le perdí la pista a María de Maeztu, aunque sospechaba que aún seguía en la ciudad. Y a mí me despidieron de los talleres del periódico *Ahora*.

Una mañana, todavía unos días antes del al…, del golpe de Estado, salí caminando de Madrid por la carretera de La Coruña y un camionero me acercó al puerto de Guadarrama. A la tarde, cubierto de sudor, me planté en la puerta del sanatorio y es verdad que había algo inquietante en aquel edificio de habitaciones con balcón, para que los pacientes tomaran el aire, de ventanas altas y un castillete circular en la entrada. Algo que no me gustó. Entré en la recepción, aparqué las malas vibraciones y le dije al hombre trajeado que me cerraba el paso que traía un recado muy importante para don Ramón Quiroga y su hija Amalia, una residente. Tanto insistí que al final miró en los libros de registro, solo para decirme lo que ya me esperaba: «No hay ninguna Amalia Quiroga en este establecimiento».

Y me echó de allí.

Los militares se sublevaron pocos días después y yo me alisté para pararles los pies junto a los afiliados del sindicato de Artes Gráficas. Hice la guerra en la Columna Mangada, primero, y en la brigada que se formó después con aquella unidad de milicianos dentro del Ejército Popular, mientras el hotel Florida, en la línea del frente, sufría las embestidas de la artillería y se llenaba de corresponsales extranjeros, espías soviéticos, traficantes de armas y prostitutas resabiadas.

A Conchita, pobrecita, la mataron aquel verano en el asalto al cuartel de la Montaña. Conchita era otra que no se callaba ni se estaba quieta, y no me extraña que se echara a la calle para pedir armas cuando los militares se sublevaron. Mi cuñado el encuadernador sobrevivió a la guerra y se escondió como un topo durante unos meses en el piso de Lavapiés, hasta que lo detuvieron, y mi hermana siempre sospechó que había sido un chivatazo de los vecinos. Estuvo preso en una cárcel del barrio de Salamanca, la misma donde encerraron a Buero Vallejo y a Miguel Hernández, que compuso allí las *Nanas de la cebolla*, pero al final lo soltaron y cuando volvió a casa no parecía el mismo hombre. Yo me libré de un consejo de guerra porque siempre estuve en las oficinas de la brigada, de mecanógrafo y de taquígrafo. O de chófer. No pegué ni un solo tiro, de verdad. Y tampoco tomé ninguna fotografía de valor, más allá de algunas imágenes de la retaguardia de la Columna Mangada en los pueblos de la sierra que quemé para que no me comprometieran.

Durante los tres años que duró la guerra, imaginaba que Amalia tenía que andar por Mondoñedo, en el territorio de los sublevados, y no veía la hora de que acabara la lucha para viajar al norte y presentarme ante la puerta de su casa, dispuesto a todo. Pero la guerra se alargaba. La República era incapaz de sofocar la rebelión y cedía terreno. Al segundo invierno era evidente que no podríamos ganar. «El caso es que gane alguien y me pueda mover», me decía para convencerme de que la derrota también podría traerme algo bueno; la posibilidad de reencontrarme con Amalia. Aquellas palabras que había pronunciado, aquella última frase que había dicho antes de desvanecerse, «no me dejes ir con él», me robaba el sueño.

2

—Es una frase terrible, Vicente. Una hija que le tiene miedo a su padre.

—La guerra se me hizo eterna, Agustín. En los últimos meses solo deseaba que todo terminara cuanto antes. Me sentía culpable por pensar así. Casi casi como un traidor. Pero la derrota aún complicó más las cosas.

El diario *Ahora*, que había sido incautado durante el conflicto, cerró con la victoria de Franco. Cerraron el Club Lyceum también y la Sección Femenina de los falangistas se hizo cargo de la Residencia de Señoritas. No volví por allí.

Acabó la lucha y me detuvieron. Y aunque me soltaron pronto, porque era inofensivo, pasaron algunos meses antes de que me sintiera relativamente seguro y lograra reunir el dinero necesario para emprender el viaje al norte sin que nadie pensara que estaba huyendo.

Madrid era el paraíso del estraperlo en aquellos días. La ciudad estaba hambrienta y las cartillas de racionamiento no eran suficientes para alimentarnos a todos. Apenas podíamos conseguir unos garbanzos, lentejas, algunos boniatos y arroz, y algo de azúcar con ellas.

Entré a trabajar en la contabilidad de una platería aquel otoño, enchufado por Herminio, el antiguo trabajador de los talleres del *Ahora*, y gané unas perras vendiendo algunos cubiertos bajo cuerda. Sé que eso no estuvo bien, pero reuní lo suficiente como para que me sobraran unas pesetas después de comprar el billete de tren; solo ida y tenía pensado bajarme en la estación de Lugo, sin detenerme en Ponferrada, donde mi padre había cerrado el estanco y malvivía trabajando en unos lavaderos de carbón.

—Me voy al norte —le dije a mi hermana unos días antes de la Nochevieja, la primera después de la guerra, tan distinta de la del 36. Y le dije la verdad—: No estoy seguro de que vuelva.

—¿Me vas a dejar sola con Celia? —me preguntó—. ¿Vas a dejar el empleo en la platería, con lo que ha costado que vuelvas a trabajar?

Hacía solo unas semanas que habían detenido a mi cuñado y el miedo agarrotaba a Manuela. Habíamos pasado una Nochebuena muy triste en el piso de Lavapiés. No había nada para quemar en la estufa. Y apenas tuvimos algo decente que comer que no fueran legumbres.

—Si sales por esa puerta no vuelvas —me advirtió Manuela, dolida.

Y entonces sí, le mentí a mi hermana y me engañé a mí mismo para no sentirme culpable otra vez mientras me iba de su casa con una maleta de cartón y una muda, camino de la estación de Príncipe Pío,

donde tenía que tomar el tren correo expreso a Galicia.

—Os enviaré dinero. Podrás comprar un certificado de penales, o un aval para sacar a Pablo de la cárcel —le dije.

Sé que no me creyó. Lo sé por la forma en la que me miró. Y salí a la calle huyendo de los problemas.

3

Esperaba más gente en la estación del Norte. Andenes llenos de viajeros, maletas, macutos, baúles, sacos, cestas y cajas de cartón. Pero tomar un tren en aquellos días era un lujo o una necesidad extrema, no se hacía a la ligera, y el convoy del expreso a Galicia apenas estaba formado por cinco vagones de pasajeros; uno de primera, un mixto de primera y segunda y tres de tercera que no se llenaron. Soldados que volvían a casa a pasar el fin de año, reclutas de Ceuta y Melilla que habían hecho escala en Madrid, algunos campesinos cargados, estos sí, con sacos y maletas y con los niños a cuestas, un grupo de marineros que se reincorporaba a su destino en El Ferrol, familiares de ferroviarios, algún obrero y pocos más subieron junto a mí en los vagones de tercera. Eran las nueve y media de la noche, la estación estaba en penumbra bajo la enorme marquesina de hierro y de cristal, y si todo iba bien tenía por delante más de quince horas de viaje hasta Lugo, donde pensaba tomar un autobús a Mondoñedo.

De madrugada, el expreso se detuvo en la estación de Campo Grande, en Valladolid, y desperté de un sueño agitado. Había soñado que Amalia era realmente una sirena y que al introducir las piernas en el agua de una bañera, durante nuestra luna de miel, se transformaban en una cola de pez cubierta de escamas azuladas, como el vestido que llevaba puesto la noche en la que se había sentido indispuesta en el Ateneo Magerit. «Ven», me decía Amalia con los pechos desnudos. «Báñate conmigo». Pero a mí aquella cola que le había nacido de cintura hacia abajo me repugnaba.

Los vagones de tercera se llenaron y algunos soldados se desplazaron hacia el coche mixto, donde había más sitio. Yo estaba en ese estado de duermevela en el que parece que la realidad se mueva a cámara lenta, que las voces a tu alrededor suenen aletargadas, cuando un hombre vestido con un capote de ferroviario y con una cesta de mimbre en las manos se subió al vagón y, mientras avanzaba hacia el coche mixto en busca de asiento viendo que los de tercera estaban ocupados, nos dijo que había ocurrido un accidente muy grave en los túneles de Torre del Bierzo.

Los marineros que viajaban a Ferrol le preguntaron qué es lo que había pasado y si tendrían que bajarse en León y esperar por otro tren. Y el ferroviario, envuelto en su capote para protegerse del frío, se encogió de hombros. «No sé nada más», respondió. Y salió del vagón.

Llevábamos mucho retraso cuando el convoy se detuvo en Venta de Baños. Era noche cerrada y yo maldecía mi suerte. Tendría que bajarme en Astorga, de buena mañana, y buscar la forma de llegar a Ponferrada para tomar otro tren. La línea ferroviaria que descendía hacia el Bierzo formaba un lazo con la montaña, como un sacacorchos, y estaba salpicada de túneles estrechos. Obsesionado con ver otra vez a Amalia, solo me preocupaba el retraso que el accidente pudiera causarme. No pensaba en que un choque o un descarrilamiento en uno de aquellos túneles angostos tendría que haber causado, por lógica, algunos muertos.

Para entonces, los viajeros ya se hacinaban en los pasillos y en las plataformas, ahora sí, y como no había donde sentarse lo hacían encima de sus maletas.

En la estación de Palencia, todavía de madrugada, se agolpaba un gentío en el andén procedente de otros convoyes a la espera de su trasbordo. De nuevo subieron al tren un pelotón de marineros que debían venir de Santander, nuevos reclutas con sus macutos y más civiles, mujeres con niños, familias que salían de la cantina, donde se habían refugiado del frío. La mayoría se acomodó como pudo en los vagones de tercera, donde ya no cabía ni un alfiler.

Llegamos a León al amanecer. Casi dos horas de retraso. Y allí le acoplaron otra locomotora al convoy y dos vagones más de tercera que enseguida se llenaron de viajeros. Cinco números de la Guardia Civil, con su capote y su tricornio —siempre me pareció que tenían un aspecto siniestro—, pasaron directamente al vagón de primera cuando vieron que ya no quedaba sitio en otra parte. La nueva locomotora era una enorme Santa Fe, un verdadero dragón de hierro. Le pregunté a un revisor por el accidente de Torre del Bierzo y el hombre me miró con gesto de desaprobación y me dijo: «No sea usted cenizo». Y se fue después de comprobar mi billete.

No debíamos parar en León más de media hora, pero como engancharon al convoy la segunda locomotora y el visitador de la compañía ferroviaria fue muy concienzudo en la inspección de todos los vehículos que formaban la composición, cuando salimos de la ciudad eran casi las nueve de la mañana. Había nevado en la estación, pero no lo suficiente como para cuajar, más allá de algunas manchas blancas en los tejados.

—¿Por qué llevamos dos locomotoras? —le pregunté al mismo revisor cuando pasó de nuevo junto a mi asiento y estábamos a punto de llegar a Astorga.

—Para descender el puerto —me dijo.

En Astorga no se despacharon billetes porque el tren iba lleno. Y aun así se subieron, sin pagar, algunos jóvenes que contaban con burlar al revisor. El tren, no me gustó ese detalle, había frenado tarde

y los primeros vagones habían quedado lejos del andén. Los mecánicos revisaron durante una media hora larga el estado de las dos máquinas de vapor y el convoy reanudó la marcha.

A esas alturas, tenía claro que el ferroviario de Valladolid se había equivocado y no había ningún accidente por delante que nos impidiera circular.

El tren se detuvo, otra vez, en Brañuelas, cerca del mediodía. La nieve era abundante en lo alto del puerto de Manzanal. El frío, intenso. Junto a la estación había un cargadero de carbón y el final de la línea de un teleférico que trasladaba el mineral desde las explotaciones del Bierzo Alto. En aquella estación se subieron tres mujeres que vendían bocadillos, empanadillas y café caliente, recién hecho en un puchero. Tres aldeanas de la zona que se bajaron enseguida, una vez que colocaron toda su mercancía entre los soldados y los marineros.

Solo unos minutos después de reanudar la marcha paramos en La Granja de San Vicente, un pueblo rodeado de minas de carbón, a punto de iniciar el descenso del puerto. Y fue allí donde retiraron la locomotora Santa Fe, la mastodonte. No entendía nada y me levanté de mi asiento para buscar al revisor. Después de apartar a la gente que llenaba los pasillos, lo encontré por fin en el último vagón y puso cara de fastidio cuando me vio.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Una avería en un cojinete de grasa de uno de los ejes. Nada que deba preocuparle —me dijo. Pero su voz no era precisamente tranquilizadora.

Cuando volví a mi vagón, el asiento donde había soñado con Amalia estaba ocupado por un soldado que no quiso levantarse. Le zarandeé un poco.

—Déjeme dormir un rato —me pidió con los párpados bajados—. No he pegado ojo en toda la noche.

El tren reanudó la marcha con una única locomotora y enseguida comenzó el descenso. De pie, mientras observaba el paisaje nevado de montaña, el manto blanco que borraba los perfiles de otros pueblos, de los árboles escasos y los matojos, con la maleta de cartón que había recuperado de debajo de mi antiguo asiento entre las piernas, un hombre sucio y sin afeitar, con el rostro duro de quien ha pasado mucho tiempo a la intemperie, se me acercó y me pidió un cigarro.

Por entonces fumaba. Tabaco negro cuando me sobraban algunos céntimos. Solo tenía tres cigarros y una cajita de cerillas.

—Ayúdame, por favor —me pidió sobresaltado. Y el tren empezaba a coger velocidad sobre los raíles—. Habla conmigo —añadió. Y vi cómo aquel desconocido miraba de refilón a dos de los guardias civiles

que habían subido en León. Avanzaban por el pasillo y de vez en cuando le pedían la documentación a alguien al azar.

Le ofrecí uno de mis tres cigarros al desconocido. Saqué la cajetilla de fósforos. Le di fuego. Y aquel hombre prematuramente envejecido, flaco y asustado inspiró como si en el tabaco estuviera su salvación, echó una bocanada de humo y, de repente, soltó una carcajada impostada. Entonces me pasó el brazo por los hombros y comenzó a contarme un chiste, no recuerdo cuál, como si fuéramos dos buenos amigos.

Los guardias pasaron de largo y el tren, se notaba que algo no iba bien, seguía cogiendo velocidad.

—¿De qué estás huyendo? —me atreví a preguntarle a aquel tipo cuando los guardias dejaron el vagón.

—Qué te importa…

—Yo también he estado en la cárcel. Me soltaron…

—Ah ¿sí?

Y se dio la vuelta, indiferente, y se alejó hacia el final del coche de tercera, en sentido contrario al que habían tomado los dos guardias.

Atravesamos el primer túnel. Y el tren, encerrado entre las paredes, rugió como una bestia. Salimos a la luz. A mi alrededor los rostros de los pasajeros habían cambiado. El convoy bajaba demasiado rápido, era evidente.

Otro túnel. El humo de la combustión se coló en el vagón. Tosí. Y de nuevo la luz del sol, el paisaje blanco de montaña, nos dio un respiro unos segundos después.

El tren bajaba cada vez más deprisa. A alguien se le escapó un grito cuando atravesamos el tercer túnel a una velocidad que hacía temblar las maderas del vagón. Asomé la cabeza por la ventana abierta y vi cómo en la plataforma que separaba mi vagón del coche mixto un hombre observaba los raíles y sopesaba la idea de tirarse.

Pasamos de largo por el apeadero de una mina de carbón donde aguardaban algunos viajeros procedentes de los pueblos de la zona. El tren, estaba seguro, funcionaba a contravapor y con los areneros a pleno rendimiento, pero no había forma de reducir su velocidad. A mi espalda, en los compartimentos, se había desatado el pánico.

Y entonces lo vi. El mismo viajero que un minuto antes observaba los raíles desde la plataforma entre los dos vagones se arrojó del tren, dio dos volteretas en el suelo, como un pelele, y se quedó inmóvil en la cuneta nevada.

Atravesamos un nuevo túnel más largo y en la oscuridad los gritos de los viajeros se multiplicaron. En cualquier momento podríamos descarrilar, pensé. Aquello era una pesadilla. Pero al salir del paso subterráneo, el convoy entró por fin en una explanada que ayudó a reducir un poco la velocidad. Apareció un nuevo andén y una barriada de casas de piedra, tenía que ser Torre del Bierzo, y desde la ventana acerté a ver la cara de estupefacción que se le quedaba al jefe de estación cuando el convoy también pasaba de largo, a pesar del esfuerzo que tenían que estar haciendo el maquinista y los fogoneros por frenarlo, y continuaba, todavía a una velocidad apreciable, hacia el interior del siguiente túnel, al final de la playa de vías.

Dejamos a un lado una máquina de vapor que maniobraba en vía muerta —no quise pensar en lo que podría haber ocurrido si nos la hubiéramos encontrado de frente— y entramos en la boca del último túnel, donde, poco a poco, como un animal agotado por un esfuerzo titánico, el convoy del tren correo a Galicia terminó por detenerse en medio de la oscuridad.

La locomotora resopló igual que un búfalo moribundo. El vapor y el humo de la combustión del carbón se adueñaron del túnel, largo y estrecho. Y se hizo un silencio pesado. Irrespirable. Que el tren se hubiera parado así parecía un milagro. Que lo hubiera hecho bajo tierra, una señal inquietante que disparaba la claustrofobia entre los viajeros. De nuevo los gritos, el miedo de los niños a la oscuridad, con el túnel saturado de humo. Y en esas estábamos cuando los más impacientes no quisimos esperar a que alguien viniera a explicarnos qué es lo que había ocurrido y nos bajamos de los vagones, apenas se veía nada, para caminar hacia la locomotora.

«Hagan el favor de subir de nuevo, vamos a revertir la marcha», nos dijo un hombre con el rostro sucio de carbonilla, debía de ser el maquinista o uno de los fogoneros, que revisaba los engranajes de las ruedas calientes con una linterna Daimon de uso militar. «Vamos, vamos, vuelvan a sus asientos».

Pero algo brillaba en los raíles, lo vi con claridad. Algo que, quise imaginar, había frenado la locomotora. Y cuando me agaché para contemplarlo mejor descubrí que aquel objeto era una escama, una pieza dura, compacta, que centelleaba en la oscuridad. Ni siquiera sabía de qué material estaba hecha.

4

Tres minutos después, con todos los viajeros a bordo, excepto uno, el hombre que se había desnucado al saltar del vagón, el tren comenzó a moverse marcha atrás y se situó en una vía muerta de la estación de Torre con un cambio de agujas. No llevábamos ni un minuto allí y la gente se desparramaba por el andén, aliviada, cuando un convoy de vagones de carbón tirado por otra Santa Fe en perfectas condiciones que silbaba como un diablo emergió del túnel donde nos habíamos detenido y pasó de largo por la estación, puerto arriba a todo vapor.

Observé las tolvas cargadas de antracita y entonces sí me pregunté qué hubiera pasado si aquel convoy de carbón se hubiera adelantado unos minutos y hubiera arrollado al correo de Galicia dentro del túnel número veinte —después lo sabría— de la línea ferroviaria entre Palencia y La Coruña.

Me imaginaba el infierno de fuego y hierros retorcidos que se hubiera desatado allí dentro, con los viajeros abrasados, atrapados entre los restos de los vagones, cuando me bajé del tren y respiré el aire frío de la montaña. Las chimeneas de las cocinas de carbón humeaban en el pueblo, formado por tres o cuatro filas de casas que trepaban sobre la falda de una colina en busca de la luz. La nieve cubría la explanada del ferrocarril. Y a unos metros de mí distinguí a la pareja de guardias civiles que había pasado revista a los vagones de tercera clase antes del susto. Con ellos descendía del convoy, esposado y con un moratón muy feo en la mejilla derecha y el labio partido, el hombre sucio y desaliñado que unos minutos antes me había pedido un cigarro.

—¿Qué van a hacer con él? —le preguntó al revisor una mujer con un niño en brazos.

—Puede usted imaginarlo.

Yo llevaba la escama en la mano derecha, lejos de miradas indiscretas, y juro que todavía estaba caliente.

El tren no podía continuar el viaje en aquellas condiciones. Tendría que venir una locomotora en mejor estado para hacerse cargo del convoy, estaba claro. Pero no había ninguna disponible en la estación de Torre. Y a media tarde, después de pasar un par horas refugiados en el edificio de la estación, ateridos de frío, y en algunas viviendas del pueblo, nos subieron a una hilera de camiones traídos de las minas, a dos autobuses de línea y a algunos taxis aislados que

ocuparon viajeros de primera clase para trasladarnos a Ponferrada.

Atardecía y había comenzado a nevar.

El convoy se puso en marcha y comenzamos el descenso por la carretera de La Coruña, siguiendo el cauce de un río negro. Un camión que circulaba con mucha cautela entre curva y curva ralentizó nuestro avance durante varios minutos, era peligroso adelantar, hasta que se desvió hacia un lavadero de carbón para alivio de todos. Después, el valle se abrió, apareció el santuario de Bembibre, con su torre redondeada, el paseo arbolado, una explanada de huertas, los tejados de pizarra, la colina de la Villavieja, donde hasta el siglo anterior se había erigido un castillo del que apenas quedaban los cimientos de un muro, y la nieve comenzó a desvanecerse de nuevo.

Mientras nos internábamos por el centro del pueblo hacia las afueras y dejábamos atrás la iglesia que habían quemado en la plaza durante las revueltas mineras del 34, justo después de mi marcha a Madrid, apretaba la escama dura y compacta y pensaba en Amalia, hasta que mi cabeza se iba otra vez al túnel que nos había devorado durante unos instantes en Torre del Bierzo, como la boca de un monstruo, y me daba la impresión de que cada copo que desaparecía delante de mis ojos era el alma de un muerto.

5

Ponferrada era una ciudad en pleno desarrollo que crecía desordenada en la confluencia del río Sil y del río Boeza. Una ciudad de escombreras de carbón, ceniza en el cielo y setos salpicados de escoria. Con otro castillo ruinoso que había pertenecido a los templarios, o eso decían, una basílica que se llenaba de beatas, un puente de piedra que cruzaban los peregrinos que transitaban el Camino de Santiago, y otro de hierro para que pasara el tren. Con un instituto de bachillerato, una torre con un reloj que sonaba a las horas en punto, un convento de monjas enclaustradas, bares donde se jugaba a las chapas y burdeles muy baratos y muy sórdidos en los que, a pesar de todo, los mineros y los ferroviarios más puteros se dejaban el salario del mes. La central térmica que habían construido en las afueras, aguas arriba del río Sil, quemaba antracita para producir electricidad y el humo que escupía su enorme chimenea se enredaba entre las nubes en una trenza más oscura cuando el camión donde viajaba desde Torre del Bierzo entró en la población, a punto de anochecer.

El convoy de volquetes, taxis y autobuses descendía la cuesta del Montearenas hacia el barrio de La Puebla, al otro lado del río, en el momento en que el conductor de mi transporte, que encabezaba la marcha, soltó una blasfemia. Lo hizo tan alto que le oímos en la caja.

El camión había perdido los frenos.

Se me escapó una risa nerviosa. No podía ser. En medio de la pendiente pronunciada, cuando la ciudad todavía no era más que una barriada de viviendas aisladas, algún chalé moderno y una sucesión de huertas y viñedos a ambos lados de la carretera, los frenos del camión habían dejado de funcionar y, por segunda vez aquel día, ahora en un vehículo a motor, corría el riesgo de estamparme en una cuneta, o peor aún, de empotrarme contra alguna casa, o de precipitarme hacia el río donde jugaba de niño.

Cruzamos el puente de piedra a una velocidad de vértigo, el conductor tocaba la bocina y hacía un esfuerzo al volante para no perder el control de vehículo, cada vez más lanzado. Y yo observé a mis compañeros de viaje. De nuevo vi a un hombre con el miedo en los ojos que miraba hacia la carretera con intención de saltar. Pero no le dejé. Lo agarré de la chaqueta y le dije «no hagas tonterías» cuando el camión, como le ocurrió al tren unas horas antes, ya entraba en un tramo de calle con una ligera pendiente hacia arriba y reducía un poco su velocidad.

Solté al hombre y me agarré a la escama que guardaba en un bolsillo como si fuera un amuleto. Pero esta vez no sirvió de gran cosa. Al final de la cuesta nos esperaba una plaza rodeada de bares y cafés, una curva cerrada, un poco de hielo en la calzada, quizás, y el conductor del camión ya no tuvo margen para girar el volante, invadió la acera derecha y arrolló a un grupo de personas que hacían cola delante del cine Edesa.

Fue espantoso.

6

—Vicente…, menuda escena. Y delante de un cine…

—No sé ni cómo contároslo…

—De acuerdo, bebe otro trago. ¡Antonio!, por favor. Sírvenos otra de lo mismo. ¿Y qué pasó después?

Dejamos atrás a los muertos. Un par de cuerpos atrapados bajo el camión. El torso de un hombre partido en dos. Tres ancianos aplastados a los pies de la taquilla y media docena de heridos tirados en el suelo, bajo la marquesina, que comenzaban a retorcerse de dolor.

Dejamos atrás los gritos. La angustia. El horror de los transeúntes que descubrían el atropello. Ya se había hecho de noche, pero la sangre se distinguía sobre la nieve que cuajaba otra vez en la acera.

Dos policías municipales y una pareja de guardias civiles habían llegado enseguida a la plaza, nos habían bajado del camión y ahora nos alejaban de allí mientras un hombre trajeado, debía de ser policía también, interrogaba al conductor, abatido. Un hilo de sangre manaba de su oído derecho y no parecía que entendiera del todo las preguntas.

El resto del convoy procedente de Torre se detuvo un momento cuando llegó a la altura del accidente y, por indicaciones de los guardias, continuó su camino hacia la estación. Apareció una ambulancia, un vehículo militar. Y yo les dije a los viajeros con los que había compartido la caja del camión, alguno con magulladuras leves por el golpe, que las vías no estaban lejos y me siguieron a pie.

Dejamos atrás a los muertos. Cuatro o cinco cadáveres bajo las ruedas, a las puertas del cine. Estaba tan impresionado que ni siquiera me acordé de mis padres, que todavía vivían en la parte vieja de Ponferrada.

Ni se me pasó por la cabeza que hubieran podido ir al cine aquella noche.

A pie, por la avenida del Capitán Losada, llegamos a la plaza del Comandante Manso. Aquellos nombres nuevos que habían introducido en el callejero de la ciudad acabada la guerra no me decían nada. Y frente al almacén de coloniales que todavía no había cerrado en una esquina, muy cerca ya de la estación de ferrocarriles, un niño de pelo muy corto que jugaba en la acera, entretenido con una peonza, se me quedó mirando asombrado, como si hubiera emergido de las sombras.

Se abrió una ventana. Asomó la cabeza una mujer de mediana edad, en uno de los pisos situados por encima del almacén. «¡César!», le gritó enfadada. «Ya te dije que subieras a cenar. No son horas de andar por la calle».

Y el niño, bien abrigado con una bufanda, una chaqueta y unas manoplas de lana, recogió la peonza del suelo, se guardó la cuerda en un bolsillo y, antes de desaparecer en el portal del inmueble, mientras cerraban el portón del almacén de coloniales, me echó una última ojeada sin disimular su incomodidad. Algo había visto en mí que me hacía diferente al resto de los viajeros, estaba claro, y me quedé con las ganas de preguntarle.

Una nueva locomotora y un nuevo convoy con vagones de tercera clase y solo uno de primera nos esperaban en la estación. Ahora nevaba con intensidad y cada copo cuajaba enseguida. La ciudad, mal iluminada, tenía un aspecto triste desde el andén, sus habitantes se recogían en casa, de las chimeneas se desprendía de nuevo el humo de las cocinas y las calefacciones de carbón. El aire olía a antracita. Y entre la nieve, me pareció, caía sobre las casas, igual que un lastre, una capa casi invisible de carbonilla.

Era medianoche cuando la máquina de vapor silbó, el agua de la caldera entró en ebullición y el convoy, con los viajeros ateridos, asustados, cariacontecidos, echó a andar sobre las vías camino de Monforte de Lemos. El único consuelo que tenía después de aquel día tan largo era que cada vez estaba más cerca de Amalia.

Otra vez soñé con el tacto de sus manos, recostado en el asiento de madera de un vagón de tercera clase. Soñé con su pelo rojo, sus cabellos de fuego, con la hoguera de sus ojos. Y escuché su risa escandalosa de nuevo, acunado por el traqueteo del tren sobre las vías. Hasta que la imagen de sus dedos azulados al contacto con el agua fría en el estanque del Retiro ocupó todo el sueño y me sumergió en un sopor más profundo.

El tren entró en la estación de Lugo muy de madrugada. Y tuvieron que despertarme. Al sueño de Amalia se lo había tragado la imagen de un dragón cubierto de escamas que arrasaba los montes, los campos, las cosechas, los pueblos, que calcinaba los caminos y los bosques, un dragón infernal que incendiaba toda la comarca del Mondoñedo, hasta que un caballero vestido con una armadura deslumbrante surgía de las nieblas de Ávalon a lomos de una yegua muy blanca, sin una sola mancha en la piel, y desafiaba a la bestia en un combate desigual.

El caballero, cubierta la cabeza con un yelmo, protegido el pecho con una coraza, picaba espuelas, enseñaba la lanza y cargaba al galope contra el dragón, sin miedo aparente, para clavarle la pica en medio

del corazón, entre las escamas abiertas. Pero la bestia, antes de expirar con un último coletazo, dejaba salir una lengua de fuego que abrasaba al jinete.

Y eso era todo.

—Despierta, muchacho. ¿No te bajabas en Lugo? —me zarandeaba el revisor. Por un instante el rostro de aquel hombre, convertido en el caballero que abría el yelmo carbonizado por el fuego antes de morir, me recordó al de don Ramón Quiroga. Pero la alucinación, producto del sueño y del hambre, y del miedo, solo duró unos segundos.

—¿Dónde para el autobús de Mondoñedo? —pregunté, somnoliento en el andén, a un mozo que cargaba el equipaje de un pasajero encorbatado que descendía del único vagón de primera.

—¡Y yo qué sé! —me respondió malhumorado.

Atravesé la estación como un sonámbulo. Necesitaba un café bien cargado. Y eso es lo que hice, tomar un café caliente en el bar y preguntarle al camarero: «¿Dónde para el autobús de Mondoñedo?», solo para que el tipo calvo que servía detrás de la barra se encogiera de hombros.

Más despejado, entré en los baños de la estación, me aseé y, recién afeitado, vestido con mi mejor traje, salí a la calle y en la acera me topé con tres taxis aparcados en hilera. Allí estaba la solución, pensé, aunque me iba a costar dinero. Abrí la puerta trasera del primero de los tres autos, un Citröen 11 Ligero negro, brillante, impoluto en medio del invierno, y, mientras le pedía al taxista que me llevara deprisa a la estación de autobuses, me sentí como si me montara en un oscuro corcel dispuesto a salvar a mi doncella de todos los incendios.

—¿Sabe a qué hora sale el autobús para Mondoñedo?

—¿Mondoñedo? No estoy seguro de que haya ningún autobús desde Lugo —me mintió el taxista—. Pero si tiene usted prisa, le puedo hacer precio y llevarle directamente.

No podía permitírmelo, claro. Pero no se lo dije. Ya habría tiempo de correr, pensé, aunque tuviera que dejarle en el coche la muda sucia, la navaja de afeitar, la brocha y el jabón que llevaba en la maleta de cartón.

7

No recuerdo gran cosa de los primeros kilómetros de viaje en carretera. Estaba demasiado cansado como para apreciar el paisaje a las afueras de la ciudad.

El motor del coche sonaba enrabietado y el taxista parecía satisfecho por salir de Lugo y probar el auto en un recorrido más largo de lo habitual. Colinas, árboles, recodos, curvas, bosques frondosos, campos en barbecho…, todo pasaba ante mis ojos como en un sueño, de nuevo. No había nieve, y a media mañana, con el sol tibio en todo lo alto y más despejado después de echar una cabezada, nos adentramos en una fraga muy espesa. La carretera, llena de baches, siguió en paralelo a la orilla de un río desconocido, hasta que salimos a un llano cubierto por bancos de niebla.

Es el aliento del dragón, pensé, que nos envuelve.

Cruzamos un puente de piedra negra, dejamos atrás las ruinas de dos molinos cubiertos de hiedra, una finca de manzanos, enorme, y entramos en una robleda tenebrosa, tan oscura como la garganta de un muerto, para salir de nuevo a campo abierto. La niebla se había retirado allí y desde el asiento trasero del Citröen negro y elegante distinguí las ruinas de un castillo, con torres semicirculares, un foso profundo y una enorme torre del homenaje, una laguna, una herrería, eras de centeno alborotadas por el viento, una fuente y una fonda junto a un pajar muy grande.

Noté una punzada en el corazón, aquel lugar me estaba llamando, seguro, y estuve a punto de pedirle al conductor que detuviera el coche. Pero no era el sitio más adecuado para despistarle a la carrera.

«Mondoñedo está a tres curvas de aquí. Ya casi se ven las torres de la catedral», me dijo el taxista. Y cuando volví la vista hacia atrás no quedaba rastro del castillo ni de la fragua ni de la fuente ni de la fonda ni de las torres ni del foso. Una nube de niebla hambrienta se lo había tragado todo.

8

El taxi me dejó a los pies de la catedral arrodillada, así la llaman porque no es un edificio muy alto, a pesar de su doble campanario. Era día de mercado en Mondoñedo. Levanté la cabeza mientras abría la puerta trasera del Citröen, con la maleta en la mano, y observé el rosetón de vidrio policromado en la fachada, las dos torres adornadas con motivos heráldicos. Y antes de que el conductor terminara de abrir su puerta también, le planté la maleta en los brazos. «Sosténgamela un segundo», le pedí, y eché a correr como si me persiguiera el mismísimo diablo. El taxista se quedó tan desconcertado con la maleta de cartón en brazos que cuando se quiso dar cuenta de lo que realmente ocurría ya me había escabullido entre los puestos y la gente del mercado y desaparecía por una esquina para perderme entre las calles estrechas de Mondoñedo.

Empezó a llover. Yo corría sin mirar atrás, hasta que tropecé con un chamarilero, uno de esos buhoneros que venden las cosas más estrafalarias: brújulas, pergaminos, cuadernos de bitácora y sextantes, tinta china y plumas estilográficas, libretas con la tapa de cuero, fotografías, postales, daguerrotipos de antiguos señores barbados y cristales estereoscópicos. Así fue como caí de rodillas delante de una cajita llena de imágenes de ciudades de toda España, puentes, catedrales, castillos, alamedas, parques, puertos, jardines, pazos encerrados en el cristal como si todos esos lugares fueran víctimas de un encantamiento. Desde el suelo, cogí uno al azar y, maravillado, descubrí que era un velero con las velas hinchadas por el viento. La proa subía y bajaba al ritmo que le marcaba el oleaje.

«¿Qué te pasa, rapaz? ¿Es que no miras por dónde vas?», me preguntó el vendedor. Y me ofreció la mano para que me levantara del suelo. «Como hayas roto algo, lo pagas».

Me encontraba en una calle más ancha que las demás, con una fontana de piedra en la curva de entrada, bajo un edificio diminuto y con tejado a dos aguas que recordaba la forma de una ermita, terminado en un vértice adornado con un escudo y unas conchas. Y frente al puesto, se detenía en ese momento un autobús de línea, con la baca llena de maletas y un letrero que ponía Lugo-Mondoñedo. De repente me sentía menos culpable por no haberle pagado al taxista.

Se bajaron algunas mujeres con niños, tres o cuatro aldeanos y un joven bien trajeado, con chaqueta y corbata, y una maleta de mano; se notaba que venía a pasar el final de las fiestas en su pueblo. Me pregunté si aquel tipo de mirada tristona y la frente despejada, el ceño

fruncido, los labios prietos, no se habría subido al mismo tren correo que yo en Madrid.

El joven, casi de la misma edad que yo, atravesó la calle, giró la curva y, no pude evitarlo, algo me dijo que tenía que seguirle. Le devolví el cristal del velero al chamarilero, el barco flotaba ahora inmóvil, y seguí al viajero del autobús un par de calles hasta una suerte de bodega a la que se accedía después de descender unas escaleras. El portalón de madera estaba entornado y en cuanto crucé el umbral me di de bruces con una tina gigantesca llena de agua oscura. La puerta se cerró a mi espalda.

No había ni rastro del joven bien vestido. La bodega, con paredes de piedra desnuda, estaba iluminada por tres o cuatro candiles de aceite. Y junto a la tina de agua negra, repantigada en un sillón muy cómodo, una mujer muy hermosa, con un rostro que me resultó vagamente familiar, me miraba con ojos tristes.

Estuve a punto de decirle algo, hasta que me di cuenta de que miraba hacia mí pero no me veía. Era realmente invisible. Bajé la vista al suelo y bajo la falda azulona de la mujer, que era muy joven, distinguí una media luna rosa: la punta de su cola. Un escalofrío muy intenso me recorrió todo el cuerpo.

En ese momento entraron dos hombres robustos en el cuarto a través de una puerta al fondo de la bodega y tras ellos, lo reconocí enseguida aunque parecía mucho más joven, don Ramón Quiroga, vestido con uno de sus trajes impecables, y un muchacho de aspecto ensimismado.

—Este es mi paje, Felipe, y os lo pongo de pasamanos para cualquier recado —le dijo don Ramón a su invitada—. Y esta tina perfumada es vuestro lecho. La tinta ya está preparada.

—Es mucha, en verdad, la prisa que traigo, que el día de San Lucas quiero estar a la puerta del monasterio de Lucerna con el cabello cortado —le respondió ella. Y al hablar cantaba como los pájaros. Entonces me di cuenta de quién tenía delante. Era la voz, era el rostro de la mujer madura que había acompañado a Amalia en el Club Lyceum y en el Ateneo Magerit, con el cabello igual de largo, pero treinta años más joven.

Los dos hombres robustos la levantaron en voladas del sillón enseguida, su pelo se desplegó como las velas de un barco, la cola apareció bajo la falda en todo su esplendor, a pulso le quitaron el vestido, sus pechos perfectos quedaron al descubierto, y la dejaron caer en la tina de agua.

El agua que desalojó me empapó por completo, como un marinero alcanzado por una ola gigante en mitad de una tormenta.

—Se ha dado un golpe en la cabeza. ¡Despierta, muchacho! —escuché.

Y al abrir los ojos, mojado, me encontré con la cabeza del chamarilero, un hombre sin dientes, de edad indefinida, que me miraba contrariado mientras sostenía un caldero vacío en las manos. A su lado, horror, el taxista al que le debía la carrera desde Lugo también me observaba con atención. Y su gesto no era nada amistoso. Así que volví a cerrar los ojos y, como ya no podía hacerme el muerto, gemí un poco y simulé un nuevo desvanecimiento.

—Ha tropezado con un adoquín y se ha dado un golpe en la cabeza. Me ha roto dos cristales. ¿Quién me los va a pagar? —oí cómo le preguntaba el chamarilero al taxista. Parecía un *déjà vu*.

—¿Y quién me va a pagar a mí, que lo he traído desde Lugo? Me dan ganas de dejarle desnudo y quedarme con el traje que lleva, que es de buena factura —decía el conductor. Y le creí muy capaz de hacerlo.

Entonces escuché una voz nueva, y por el rabillo del ojo acerté a ver al mismo joven al que, en pleno delirio, había seguido hasta la bodega. Acababa de bajarse, era cierto, de un autobús que se había detenido a los pies de la fuente.

—Señores, este hombre está herido. ¿No ven la sangre que le mana de la cabeza? Habrá que llevarle al médico —dijo.

—Este donde va a acabar es en el calabozo —replicó el taxista.

—Bien, entonces les explicará usted a los guardias quién le ha dado ese golpe en la cabeza.

—Se ha caído, yo no tengo nada que ver. Me debe dinero.

—¿Y por eso le ha pegado un trancazo?

—Oiga, ¿cómo se atreve…?

—¿Qué le debe?

El taxista le dijo una cantidad desorbitada, muy por encima de lo que habíamos pactado.

—Le ofrezco un cuarto de eso, que es todo lo que llevo en la cartera, y dé las gracias de que no le denuncie —le asustó mi salvador.

—¿Y mis cristales? —le preguntó el chamarilero.

—Pase mañana por mi casa, ahora no tengo más dinero, y le daré unas pesetas por toda la caja.

Anochecía. Y llovía con ganas en Mondoñedo. Apoyado en la pared de la casa más próxima, mientras el taxista se iba farfullando amenazas y el chamarilero recogía su mercancía, le di las gracias al joven de ojos tristes que había salido en mi defensa.

—Te debo un favor —le dije mientras le ofrecía mi mano, todavía aturdido por el golpe—. Has sido muy generoso.

Él me preguntó si era forastero y cuando le dije que sí me aconsejó que me fuera cuanto antes de Mondoñedo y que no dejara de ver a un médico.

—Ese taxista te puede buscar las cosquillas si todavía no se ha marchado a Lugo. Y el chamarilero no es hombre de fiar. ¿Qué has venido a hacer aquí?

—Busco a don Ramón Quiroga.

—¿Quiroga?

—Tiene una serrería. Y canteras.

—Sí, ya sé quién es.

—Y una hija que toca el piano.

—No los busques aquí. No los vas a encontrar.

—¿No?

—La casona de la plaza donde vivían está cerrada desde que estalló la guerra. Nadie los ha vuelto a ver por aquí. No pierdas el tiempo.

9

A pesar del consejo de aquel hombre —le pedí una dirección donde reembolsarle el dinero que le había pagado al taxista y me dejó unas señas de Madrid en un papel, pero sin añadir su nombre—, me resistí a abandonar Mondoñedo. Recorrí los bares y las tabernas que encontré abiertas. Pregunté por la calle. Pero nadie me supo dar noticias concretas de don Ramón Quiroga ni de su hija. Unos me decían que se habían ido a América. Otros que vivían en Barcelona. O en Santiago. Alguien aventuró que Amalia se había casado en Inglaterra, que don Ramón había muerto, o que estaba preso por un desfalco. Todo eran habladurías sin fundamento.

Aquella noche dormí en una pensión, como no le había pagado al taxista aún me quedaba dinero, y no pegué ojo mientras pensaba en Amalia, atada a su padre o, aún peor, a un marido extranjero. «Menudo chichón que tiene usted», me había dicho la patrona cuando le pagué la cama por adelantado, como si no me hubiera dado cuenta… Ya solo sangraba por dentro.

Por la mañana, después de comprobar que era cierto que la casona de los Quiroga estaba cerrada a cal y canto, en el centro del pueblo, me dio un vuelco el corazón cuando descubrí que en el escudo heráldico labrado en piedra roja que adornaba la fachada, entre los dos balcones de la segunda planta, sobresalía el relieve de un dragón en combate con un león de melena exuberante. Las dos figuras en lucha despiadada ocupaban la parte superior del blasón, sobre tres lises desordenadas a la izquierda y cuatro fajas en ondas a la derecha. Mi vista bajó entonces de las fauces del dragón, que parecía a punto de devorar al felino, hasta las fajas de la derecha, que me recordaron al mar. Y solo por un momento, mientras me esforzaba en ver más allá de la piedra para dar con la cola de alguna sirena asomando entre las ondas, las fajas se estiraron y luego se encogieron, como si las hubiera agitado un repentino golpe de viento.

—¿Quiere usted ver la casa? —me preguntó una voz a mi espalda.

Y al girarme me topé con un hombrecillo delgado, con grandes lentes en los ojos, vestido con un traje de paño bien cortado y con un sombrero de fieltro.

—¿Está a la venta?

El hombrecillo, que me había visto de espaldas, desconfió en cuanto descubrió lo joven que era.

—¿Qué haces aquí mirando? —me tuteó—. No hay nada de valor dentro —me advirtió a continuación, como si fuera un vulgar ladrón

—. La casa está vacía.

—Busco a Amalia Quiroga —le dije sin más miramientos—. ¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—¿Para qué?

Y redoblé la apuesta.

—Soy un compañero del conservatorio. Llegué ayer de Madrid.

—Ni Amalia ni su padre se encuentran aquí. Por eso la casa está en venta.

—¿Y dónde están?

—Siento no poder ayudarle —volvió al «usted» el hombrecillo—. Yo solo enseño la casa y le comunico las ofertas a un abogado de Santiago.

Entonces inclinó levemente la cabeza, hizo un gesto con el sombrero a modo de despedida y me dio la espalda para alejarse hacia la plaza de la catedral. Antes de marcharme, eché un último vistazo a la casona. El tejado se encontraba en mal estado; las contraventanas, echadas. Y me pareció que el dragón de piedra roja también se había movido durante el breve intercambio de palabras que había mantenido con el hombrecillo y estaba más cerca de tragarse la cabeza del león, que definitivamente tenía todas las de perder.

10

No me quedó más remedio que subirme al primer autobús que salía de Mondoñedo para enlazar en Villalba con el tren que unía La Coruña con Madrid.

El cielo encapotado no ayudaba a mejorar mi estado de ánimo. Todo el esfuerzo, toda la espera, no habían servido de nada. Estaba en Mondoñedo y no tenía ninguna pista sobre el paradero de Amalia. Derrotado, le pagué el billete al conductor del autobús, aún me quedaba lo justo para el tren, y me acomodé en la última fila de asientos. Cuando arrancó y empezó a circular por las calles de la ciudad episcopal, las torres de la catedral desaparecieron enseguida de la vista, ocultas por el perfil de los tejados y las chimeneas y las terrazas de Mondoñedo. Como si fuera verdad que las habían puesto de rodillas.

Pasamos por delante de la fonda y el pajar muy grande, dejamos a un lado las eras de centeno alborotadas por el viento, la herrería, la laguna, pero ya no vi ninguna señal del castillo. Atravesamos una pradera inmensa, que parecía inabarcable, hasta que entramos en el robledal en sombras. La niebla se desprendía del bosque como si los árboles la exudaran y, reclinado en mi asiento, me imaginé que era un veneno y si penetraba en el autobús nos sumergiría a todos en las brumas del sueño. Pero el coche de línea continuó su viaje sin ningún problema. Y cuando apareció la finca de manzanos y, justo después, los dos molinos cubiertos de hiedra, la enorme frustración que sentía por no haber dado con Amalia se apoderó por completo de mí y en un impulso le pedí al conductor que detuviera el autobús. Me bajaba allí.

Fue pisar el suelo y comenzar a llover con fuerza. Parecía un castigo por mi insolencia toda aquella tromba de agua. La corriente del arroyo fluía bajo el puente de piedra y no había ningún otro lugar donde cobijarse que los dos molinos. Así que, empapado, salí de la carretera, pisé la hierba húmeda y caminé a buen paso hacia el que tenía más cerca. Hasta que caí en la cuenta de que lo que se desprendía del hueco de una ventana vacía no era niebla, sino la fumarada de una hoguera. Había alguien dentro.

Por un principio de precaución, asomé la cabeza por la ventana antes de entrar. Allí había, en efecto, un grupo de hombres a medio vestir que secaba sus ropas, sus abrigos, sus botas, al fuego de una hoguera. Toda la antesala del molino, con el suelo de tierra, empezaba

a llenarse de humo. Y cuando me fijé que entre las ropas de aquellos hombres sucios y con barba de varios días reposaban dos o tres escopetas, un par de pistolas, un naranjero y dos fusiles Mauser como los que habíamos usado en la Columna Mangada y en la Brigada Mixta durante la guerra, se me activaron todas las alarmas y decidí que era mejor alejarme de allí y exponerme a la lluvia.

Pero, en lugar de marcharme enseguida, me quedé mirando las lenguas de fuego que poco a poco ennegrecían la leña de la hoguera. Las llamas bailaban sobre la madera y la consumían, y recordé una escena que había vivido, o quizá solo soñado, durante la guerra, en el Madrid asediado.

Entonces noté el cañón de un arma entre los omoplatos y escuché una voz que me preguntaba:

—¿Te has perdido, rapaz? —mientras hacía presión. Otra vez me había dejado sorprender por la espalda.

Levanté los brazos. Cerré los ojos. Olvidé aquel recuerdo de la guerra, frente a una de las chimeneas del Club Lyceum, una noche de primavera.

—No me dispare, por favor —acerté a decir. Y el hombre que me apuntaba con una pistola Tokarev, la reconocí enseguida cuando me giré porque era el mismo modelo que usaba mi comandante en la brigada y tenía el encargo de limpiarla por las noches, retiró el cañón y dejó salir un discreto silbido de la boca, muy parecido al canto de un mirlo, para alertar a sus compañeros.

—Anda, pasa dentro. No te vayas a mojar… —me ordenó mientras me señalaba el vano de la puerta con la pistola.

En el interior del molino, media docena de hombres, descalzos, con el torso desnudo, se había abalanzado sobre las armas al oír el canto del mirlo, pero se tranquilizaron cuando reconocieron a mi captor.

—Este gorrión se ha perdido y busca un techo donde entrar en calor. ¿Le dejamos un sitio? —preguntó con un desdén que en otro momento hubiera herido mi orgullo.

—Soy de los vuestros… —balbuceé.

—¿De los nuestros? ¿Y quiénes somos nosotros? —me respondió con sarcasmo el hombre que parecía liderar aquella cuadrilla. Terminaba de rasurarse la barba con una cuchilla en un pilón de agua, lejos de la ventana, tenía la piel cuarteada por el frío y por el sol, el pelo rizado y sucio, los ojos grandes, intensos, y era el único que no había cogido ningún arma del suelo—. Estamos de caza —añadió.

Después se dirigió al hombre que me había apuntado.

—Vuelve a la carretera, Manuel, no vaya a ser que nos sorprenda alguien con más temple —le dijo, y me dio la espalda para continuar

afeitándose.

—¿Eran del maquis, Vicente?

—¿Maquis? Luego les llamaron así, claro, como a los miembros de la Resistencia francesa.

—¿Y qué hacían allí?

—Habían robado en un pazo.

—Entonces eran bandidos…

—Ese era el trato que les daba el régimen. Todavía quedaban muchos guerrilleros en las montañas del Bierzo y en las de Lugo, gente que llevaba tres años escondida, pero no me esperaba encontrar una partida tan al norte.

—Entonces eran combatientes…

—Eran huidos. No podían entregarse y alguno todavía albergaba la esperanza de que a Franco se le podía quitar de en medio con las armas. Malvivían a la intemperie. Se colaban en las cuadras para dormir al calor de los bueyes y las vacas, había quien les ayudaba, y si no, extorsionaban a algunos campesinos para ir tirando y atemorizaban a todo el mundo.

—¿Y qué hiciste?

Me senté junto al fuego. Alguien avivó las llamas con un tronco. La madera chisporroteó, se desprendió una nube de partículas incandescentes que levitaron durante un segundo en el aire del molino, como luciérnagas, y después se apagaron.

—Benigno, deberíamos irnos —alguien le dijo al tipo que se afeitaba en el pilón. Y yo ya me imaginaba que todos aquellos hombres, antes o después, iban a desaparecer como las chispas de la hoguera.

—Qué prisa tenemos…

—Nos estarán buscando…

—Eso es cierto. Pero no aquí. —Guardó la navaja y se acercó al fuego.

—La ropa ya está seca. No es un buen lugar para hacer noche. Está demasiado cerca de la carretera —insistió el hombre que quería marcharse.

—Eso también es verdad —le reconoció el líder mientras se vestía con una camisa vieja y me miraba—. ¿Y tú qué haces aquí? —me preguntó por fin.

Yo dejé la vista en el fuego por no verle los ojos tan grandes, el pelo rebelde, la boca firme en un gesto de condescendencia, de altanería también, que se torció cuando le dije la verdad.

—Busco a una sirena —le respondí.

Y toda la partida soltó una carcajada que el eco del molino convirtió en algo parecido al sonido de una manada de lobos.

Aún quedaban unas horas de luz cuando se marcharon.

—¿Y qué hacemos contigo? ¿Quieres venirte con nosotros? —me

preguntó Benigno antes de que se fueran. Aquella mirada que tenía te atrapaba. Al final no había forma de rehuirla. Pero nada bueno podía esperar de una aventura tan insensata.

—Mejor le metemos un tiro… —propuso el hombre de las prisas. Nunca supe si lo decía en serio.

—No seas burro, Anselmo… ¿Qué daño te ha hecho?

—No es el daño que nos ha hecho, sino el que nos puede hacer si se va de la lengua.

—No voy a contar nada. Fui soldado de la República —traté de tranquilizarles. Empezaba a sudar. No me podía fiar de aquellos hombres, aunque hubiéramos sido camaradas.

—Es que no hay nada que contar, rapaz. Solo te has cruzado con unos cazadores, ¿verdad? —añadió Benigno, vestido ya con la zamarra, las botas calzadas, el naranjero al hombro, como si aquel subfusil, el mismo modelo que se le había disparado a Durruti en la Ciudad Universitaria el primer otoño de la guerra, fuera realmente un arma adecuada para abatir perdices.

Y se fueron. Cogieron los sacos y las mochilas con el saqueo, debía haber más de una gallina muerta…, las armas, los abrigos, avisaron a Manuel para que volviera de la carretera con otro silbido de mirlo y salieron en fila india del molino para perderse en el bosque de Esmelle, después supe que así se llamaba, como si fueran personajes nacidos de mi imaginación enferma y no un grupo de hombres de carne y hueso.

11

Anochecía. Me habían dejado el fuego encendido y un montón de leña mojada para alimentarlo. Las llamas se enredaban con mi sombra en la pared de piedra. Parecía un condenado ardiendo en el infierno. Y había parado de llover. El olor a humedad competía con el de la madera quemada en el interior del molino y poco a poco se fue adueñando de mis sentidos, como si extendiera una niebla dulce, embriagadora, por todo el edificio vacío.

Me quedé dormido.

No recuerdo haber soñado nada. Ni con el dragón rojo. Ni con el león derrotado. Ni con el aliento del fuego. Ni con las olas del mar. Me quedé con la sensación, de eso sí fui consciente mientras cerraba los ojos, de que flotaba, ingrávido, sobre algún colchón mullido, y notaba un suave balanceo, como si me hubiera dormido sobre una hamaca o me acunara el movimiento de un barco.

Fue un sueño vacío, liviano, simplemente apoyé la espalda contra la pared, y en algún momento de la noche el fuego se apagó y la oscuridad sometió a las últimas pavesas.

El veneno de la madera, el aliento del dragón, hizo su efecto.

Desperté tosiendo, de madrugada. Una bofetada de aire caliente me sacó del sopor y descubrí que el molino estaba envuelto en una débil claridad, en una densa humareda que no me dejaba respirar. De la hoguera no quedaban ni las brasas a mis pies, pero otro fuego se tragaba, como un perro hambriento, las vigas del techo. Las llamas relamían los travesaños de madera sobre mi cabeza, reptaban como culebras por toda la cubierta y empezaba a caer la ceniza, igual que si nevara, encima del suelo de tierra. ¡El molino estaba ardiendo! ¡Y el tejado crujía, se retorcía ante el avance del incendio y se vendría abajo en cualquier momento!

Pero no era la única sorpresa.

—¡Salid con las manos en alto, hijos de la gran puta! —gritó una voz afuera. Una voz potente, varonil, firme. Llena de desprecio. Y al momento, sin tiempo para nada más, comenzaron a repiquetear los disparos sobre la fachada de piedra.

Ni siquiera durante la guerra me había visto en una emboscada como aquella. Durante más de un minuto, las balas se estrellaron contra el molino, se colaron a través de la ventana sin marco, sin cristales, restallaron contra el fuego que devoraba el techo, rebotaron en las

paredes mientras me acurraba en el suelo y gateaba en busca del rumor de la corriente de agua que circulaba bajo el edificio en ruinas para salir de allí como fuera.

Así fue como me sumergí en el arroyo que atravesaba el molino y afuera dejaban de disparar porque nadie les respondía. El agua estaba tan fría que parecía el filo de un cuchillo penetrándome en la piel para sacarme las entrañas. Y había empezado a bracear, en un esfuerzo desesperado por alejarme de la refriega, cuando el tejado del molino, carcomido por el fuego, se vino abajo con un ruido ensordecedor. Me dejé llevar por el arroyo.

Nuestras vidas son los ríos que van a dar al mar. En un momento así y yo me acordaba de los versos de Jorge Manrique.

El arroyo era profundo, oscuro, más de lo que me hubiera imaginado, y yo me estaba ahogando, cada vez más hundido en el cauce, cuando algo tiró de mí con una fuerza sobrehumana. Algo que me obligó a abrir la mano derecha, y la escama a la que me había aferrado como un amuleto, la pieza mágica, el talismán que había frenado al tren correo en el interior del túnel de Torre del Bierzo, no tenía ninguna duda, se desprendió de mis dedos y desapareció en la oscuridad como si alguien me estuviera reclamando un comodín a cambio de salvarme la vida.

Y pensé que me llevaría al mar aquella energía, que nadaría en lo más hondo del océano, con los delfines y los atunes y las sardinas y las ballenas y las estrellas de mar y las sirenas; que me nacerían branquias en los costados y podría respirar bajo el agua. Hasta que por fin emergí en la superficie del arroyo, o del río, o lo que fuera, y respiré de verdad. Abrí la boca, tomé aire y me di cuenta de que hacía pie.

Cuando me incorporé, empapado, la luz tibia del amanecer despuntaba en el horizonte, el agua seguía igual de fría y no había nadie a mi alrededor, solo un leve resplandor a mi espalda, el que dejaba el molino quemado, rodeado por soldados regulares y números de la Guardia Civil vestidos con aquellos tricornios, aquellos sombreros negros, aquellos capotes de lluvia, que siempre tuvieron para mí unas connotaciones siniestras.

—Venga, Vicente… ¿Ahora es cuando nos dices que una sirena te salvó de morir ahogado? Pero ¿quién demonios va a creerte eso, hombre? Ni que estuviéramos en *El bosque animado*.

—¿El bosque animado?

—¿Nos has leído la novela? ¿No has visto la película? ¿Alfredo Landa, Fendetestas?

—Ya te he dicho, Pedro, que en la orilla del río no había nadie cuando abrí los ojos. Tardé un buen rato en recuperarme. Pero para cuando lo hice y recobré el aliento, había amanecido del todo y el frío de diciembre me carcomía los huesos. Si no me quitaba pronto aquella ropa mojada y no me secaba al calor de otro fuego,

pronto empezaría a temblar por la hipotermia.

—¿Y qué hiciste?

No podía pedir ayuda a los regulares ni a los picoletos que rodeaban el molino. No me quedó otro remedio que echar a correr campo a través, en medio del relente, para alejarme de ellos y entrar en calor.

No sé cuánto tiempo duró aquella carrera. Atravesé praderas mojadas, una floresta tupida, un campo de centeno, un banco de niebla. Y no dejé de correr hasta que no me topé otra vez con la carretera y me di cuenta de que había desandado el camino. Había llegado otra vez a las afueras de Mondoñedo.

Me sentí atrapado por un extraño magnetismo. Me imaginé que estaba atado a aquella ciudad del norte, tan cerca del bosque de Esmelle, y que cualquier esfuerzo por alejarme de allí me conduciría de vuelta al mismo lugar, una y otra vez. Era mi maldición.

Pero aquellos delirios eran el eco del miedo, nada más, la secuela del cansancio, el efecto del frío que me taladraba los huesos. Tiritaba. Si no entraba en calor caería enfermo. Y así entré en Mondoñedo, dispuesto a pedir ayuda, una manta, algo caliente que llevarme al estómago, una muda. Tenía que dar lástima, pensaba apoyado en la fachada de una casa, cerca de una panadería que había abierto temprano. Había cola frente a la puerta. La gente madrugaba, andaba por la calle camino de las faenas en el campo, de los comercios, de los oficios. Y como si no estuviera allí, como si el agua del arroyo me hubiera vuelto invisible de verdad, nadie, absolutamente nadie reparó en mí. Nadie se detuvo a preguntarme qué me había pasado. Nadie me miró siquiera. Igual que si fuera un apestado. Y me dio la sensación de que era cierto que no estaba allí, que era un reflejo distorsionado, que habitaba otra realidad, que me había muerto. Yo qué sé… Que era un ánima perdida, como la que habitaba en la Casa de las Siete Chimeneas, solo que yo vagaba por las calles de Mondoñedo en busca de mi sombra. Tras los pasos de Amalia.

Y los pasos me llevaron, claro, otra vez a la casona del centro, con sus balcones, sus ventanales cerrados, su fachada desconchada y el escudo heráldico donde, lo juro, el dragón ya le había devorado la cabeza por completo al león derrotado y las fajas se movían en busca del mar.

Como era invisible, como nadie reparaba en mí, ni siquiera para darme una limosna, no me importó forzar una de las contraventanas de la primera planta, de un codazo rompí el cristal y me colé en la vivienda dispuesto a resolver el misterio de Amalia, aunque no volviera a salir nunca de allí dentro.

12

La mansión de los Quiroga, aquella mañana fantasmal en la que entré empapado en Mondoñedo, no era ningún lugar acogedor, como os podéis imaginar. El mobiliario del salón donde me colé estaba cubierto de sábanas: la mesa, las sillas, un armario, un espejo, un aparador. El polvo en suspensión brillaba a la luz del sol que penetraba en el cuarto a través del cristal roto. Cada partícula me recordaba a las pavesas del tren, a las incandescencias que se desprendían de la hoguera en el molino, a la nieve sucia de Ponferrada, como si no pudiera librarme de aquellas señales inconfundibles que otra vez me advertían de que algo no iba bien, algo no era normal. Algo estaba a punto de pasar.

La casona se encontraba en silencio. Contuve la respiración, convencido de que no tardaría en sonar un piano en alguna estancia. Quizás oiría cantar a Amalia. Qué insensato. El hambre, el frío, el catarro monumental que estaba incubando llenaban mi cabeza de tonterías, predispuesto a creer en los milagros.

Pero no había música en aquella casa. Revisé todas las habitaciones de la planta baja, una cocina llena de cazuelas colgadas de las paredes, con una enorme chimenea donde se calentaban las cosas, una alacena vacía, una salita con una mesa circular, otra sala enorme llena de libros y de estanterías. Algunos volúmenes habían rodado por el suelo, entreabiertos, como si el dueño de aquel lugar los hubiera arrojado en un arrebato de rabia. Cogí uno al azar. *Simbad el marino*, leí. Y no pude evitar una carcajada espontánea —alguien se estaba riendo de mí, estaba claro—, que se extendió por toda la casa como el aullido de un lobo solitario.

Cuando me calmé, acostumbrado a la penumbra y al polvo que cubría toda la casona, subí a la segunda planta a través de una escalera iluminada por un gran lucernario que convertía cada peldaño en un escalón hacia otro mundo. Fisgué en todos los dormitorios, y en el más grande, el mejor situado, con una cama con dosel y una butaca de cuero, encontré el ropero de don Ramón Quiroga. Aún quedaban algún traje, alguna camisa, una gabardina de corte británico…, y aunque aquella vestimenta elegante y apolillada no era de mi talla, me quedaba un poco grande, la verdad, no tardé en desprenderme de mi ropa húmeda. Al final también encontré unos zapatos brillantes de charol, y estos sí eran de mi número afortunadamente, y también me

calcé.

Con aquellos zapatos puestos recorrí el resto de los dormitorios, pero en ninguno hallé nada que me hiciera pensar que Amalia había dormido alguna vez en alguno de ellos. Ni una fotografía ni una partitura, mucho menos un piano de cola o de pared. Si Amalia había dejado alguna huella en Mondoñedo, no estaba en aquella casa.

Y así fue como, abrigado con la gabardina y el traje azulado con que me había vestido en el ropero, sin molestarme en descalzarme los zapatos de charol, me arrebujé en un edredón, sobre la cama de una habitación que daba a un patio trasero, y aunque el sol todavía estaba en todo lo alto, me quedé dormido otra vez. Agotado. Profundamente agotado. Y frustrado, porque no había hallado ninguna señal que me indicara que Amalia seguía en Mondoñedo.

—¡Voy a llamar a la Policía!

El hombrecillo que me había tratado como un ladrón el día anterior en la plaza me zarandeaba. Tenía una fuerza increíble escondida en un cuerpo diminuto y acababa de sorprenderme en la cama de la habitación que daba al patio trasero, arrebujado en el edredón, mientras recuperaba fuerzas.

—Así que no soy invisible… —le solté mientras volvía del sueño.

—Bellaco. Deje todo lo que haya cogido y márchese…

—Tengo hambre. No he comido nada en veinticuatro horas —le dije.

Todavía era de día.

—¡Márchese! Llévese la ropa puesta y ¡márchese! —Se lo pensaba mejor el hombrecillo, que había dejado de agarrarme de las solapas y había dado un par de pasos hacia atrás. El arrebato de indignación que lo había poseído se había diluido en una dosis de prudencia.

—¿No tiene nada de comer? ¿Quién le ha dicho que estaba aquí? —le pregunté con el estómago vacío y un leve dolor de cabeza.

—He visto el cristal roto. No me imaginaba que todavía le encontraría en la casa. Qué desfachatez… —respondió.

—Me vuelvo a Madrid, no se preocupe. Ha sido un viaje inútil.

Y me incorporé. El polvo del edredón levitó sobre el cuarto como una legión de difuntos. Me sacudí la gabardina y salí de la habitación sin decir una palabra más. Demasiadas cosas había vivido en las últimas veinticuatro horas como para que me preocupara aquel hombrecillo de gafas redondas. Así que descendí los peldaños de la escalera, la tarde se iba al otro lado del lucernario, y salí por la puerta principal, como un señor, dispuesto a empeñar la gabardina y si hacía falta también los zapatos de charol para reunir el dinero necesario y pagarme un billete de autobús a Lugo y otro de tren a Madrid.

Empezaba a caer una lluvia suave sobre la plaza, calabobos le llaman a esa forma de llover, que lavaba los adoquines y humedecía las fachadas. Me volví. Miré al escudo, por supuesto, y no había ni rastro del león; el dragón reinaba en la heráldica, escupía fuego victorioso, las fajas del mar estaban quietas, la piedra, inmóvil. Entonces me fijé en que habían retirado las contraventanas en el balcón a la derecha del blasón y una sombra llamó mi atención, una figura que se movió, y pude ver la estela de una melena roja que se retiraba hacia el interior.

—¡Amalia! —grité—. ¡Amalia!

Y atravesé la plaza de cuatro zancadas, me planté ante la puerta entreabierta de la casona, subí las escaleras bañado por la luz tenue que tamizaba el lucernario y alcancé la habitación donde había descubierto a la figura fugaz.

El hombrecillo, apoyado en la puerta del balcón, me miró asustado. Supongo que debió pensar que iba a atacarle, porque dio un paso atrás y balbuceó.

—¿Dónde está? —le pregunté ansioso.

—¿Quién?

—¡Amalia!

—Ya se lo he dicho. Esta casa lleva tres años cerrada. Yo solo la enseño…

Decía la verdad, estaba claro. Y yo había vuelto a ver un fantasma.

Pero a la luz de la tarde, con la habitación iluminada, reparé en la rozadura que había dejado un mueble en la pared. Un mueble que había estado allí muchos años. Y tuve la certeza de que alguien había movido un piano corto de aquel cuarto. Quizá para llevárselo.

Vendí la gabardina a un buhonero. Dejé los zapatos de charol en una casa de empeños, y con lo que me dieron compré el billete de autobús, unas botas viejas y guardé lo justo para el tren.

A la caída de la tarde, todavía de día, me subí otra vez a un coche de línea que después de salir de la ciudad recorrió los mismos paisajes de la Mariña. De repente tenía calor, algo no andaba bien, y subí la ventanilla para que entrara un poco de aire en el autobús. Fue hacerlo y un viento cálido penetró en el interior del vehículo. Recordé la bofetada del fuego, observé las colinas y los campos y me pregunté de dónde diablos podía venir una brisa así de caliente en pleno invierno. Luego he leído que en determinados lugares sopla un viento seco, el viento foehn le llaman, que baja por las laderas de las montañas y es un fenómeno natural que tiene que ver con la condensación del vapor y que no acierto a comprender del todo. Pero en Mondoñedo apenas había algunas elevaciones. Así que todo era muy extraño. Bajé el

cristal de la ventanilla y el viento amainó. Aunque lo más inquietante de aquel viaje de vuelta aún estaba por llegar.

El autobús atravesó otra zona arbolada, el bosque de Esmelle. Y cuando pasamos por el puente de piedra, me acordé de los hombres de Benigno y del incendio nocturno, miré hacia lo lejos y descubrí que el molino… estaba intacto.

Tenía los sentidos alborotados por completo. No sabía si todo lo había soñado. Dónde empezaba la realidad y dónde mis delirios. De lo que no cabía duda era de que tenía fiebre. El viaje por carretera se acabó por convertir en una pesadilla de toses y malestar en todo el cuerpo. Sentía que un camión me estaba pasando por encima y fue un alivio subirme al tren y echarme en un asiento.

Me quedé dormido y no abrí los ojos hasta muchos kilómetros después de Monforte. De nuevo atravesamos Ponferrada y no quise pensar en el atropello. De nuevo circulamos por el puerto de Manzanal, ahora de subida, y pasamos por los túneles del sacacorchos. De nuevo paramos en Palencia y en Venta de Baños. Y en Valladolid, donde esta vez no se subió ningún ferroviario. Y cuando el tren llegó por fin a la estación del Norte, con un retraso de solo dos horas, y me bajé sin equipaje, con el traje azulado, las botas viejas, la cabeza como un bombo y sin un duro en el bolsillo, me dieron ganas de gritar. De gritar su nombre otra vez, ¡Amalia!, para que lo oyeran en toda la estación.

Pero no lo hice.

Mi hermana me abrió la puerta dos horas después, justo antes de que el reloj de la Puerta del Sol diera las doce campanadas del nuevo año, el primer año de la victoria.

—Mañana me dejan visitar a Pablo —me dijo. A continuación me pasó la mano por la frente, porque tenía mala cara. No había uvas en la mesa, y se la notaba tan aliviada de verme otra vez, con Celia agarrada a sus faldas, que se olvidó de que una vez me había amenazado con no dejarme entrar en su casa si me iba.

—Métete en la cama —me pidió—, te arde la cabeza.

TERCERA PARTE

EL FUEGO

1

—Parece un sueño, Vicente, todo tu viaje a Mondoñedo.

—Una pesadilla, más bien. La sensación de ahogo, el frío, el fuego, fue muy real.

—Y vuelta a Madrid sin saber nada nuevo de Amalia…

—La realidad volvía a ser muy áspera. No me dejó tiempo para perderlo con ensoñaciones. Tenía que rehacer mi vida después de la guerra y era el momento de pasar página.

No os voy a hablar de los años del hambre ni de la miseria de la posguerra en Madrid, ni de las veces que vinieron a buscar a mi cuñado a aquel piso de Lavapiés después de que lo soltaran a los dos años. Tampoco del miedo que pasaba mi hermana ni de la inocencia de mi sobrina, que crecía en la ignorancia.

Volvía a trabajar en la platería —y nunca le envié el dinero que le debía a mi salvador anónimo en Mondoñedo, había perdido sus señas—, cuando se me pasó por la cabeza alistarme en la División Azul para evitarnos más problemas a todos. Pero no tuve el valor de irme a Rusia y arriesgar la vida combatiendo por una causa que no era la mía.

Alguna vez me pasé por la Casa de las Siete Chimeneas, me estremecía al recordar lo que había visto allí durante la guerra, y descubrí que el Club Lyceum se llamaba ahora Club Medina y también lo administraba la Sección Femenina. No me imaginaba a ninguna de aquellas señoritas, admiradoras de Isabel la Católica y de santa Teresa de Jesús, en el piano de cola.

—¿Qué es lo que viste allí durante la guerra, Vicente?

—Ahora os lo cuento, Agustín. Déjame que siga un orden…

—Muy bien. El guion es tuyo…

Casi habían pasado cinco años desde el final de la guerra el día que leí, en una columna discreta del *ABC*, que un tren había chocado con una máquina de maniobras y un convoy de carbón en un túnel de Torre del Bierzo. Faltaban dos días para la fiesta de Reyes y aunque el texto no daba muchos detalles, el redactor hablaba de varios muertos después de que la única locomotora del convoy de pasajeros perdiera los frenos al bajar el puerto. De nuevo sentí un profundo escalofrío por todo el cuerpo. Y me acordé de aquel revisor tan inquietante, del atropello del camión delante del cine de Ponferrada, del viaje onírico por la Mariña de Lugo en un taxi y del delirio de la sirena en la tina de

aguas negras, del molino incendiado y de la escama que había extraviado en el arroyo. Y otra vez volvieron las últimas palabras de Amalia a mi cabeza, «no me dejes ir con él», para atormentarme.

Compré el *ABC* en los días siguientes. Y la noticia del accidente, de sus consecuencias, había desaparecido de la paginación. ¿Censura? Mi padre, que seguía trabajando en el mismo lavadero de carbón en la central térmica de Ponferrada, nos escribió una carta a los pocos días y nos contó que decenas, quizá cientos de personas, habían muerto calcinadas en el túnel y toda la comarca vivía la tragedia como un trauma colectivo.

Traté de olvidarme de todo aquello, como si nunca hubiera anticipado la tragedia. Dejé la mente en blanco, borré todo lo que me había perturbado de aquel viaje y me propuse tirar hacia delante como fuera.

Decidido a dejar mi empleo en la platería, empecé a tomar fotografías de corridas de toros con la cámara que me había comprado con el dinero de las cucharas —la vieja Kodak de baquelita hacía años que estaba empeñada— para llevárselas a la agencia Cifra, en la calle Ayala. No me gustaban los toros, pero me acordaba de Belmonte y del libro tan bueno que había escrito sobre él Chaves Nogales antes de la guerra, y pensaba que me sería más fácil colocarle a la agencia imágenes de Manolete, de Parrita y de Dominguín en los ruedos. Hasta que me di cuenta de que las fotos más cotizadas no estaban en la arena, sino en las gradas.

Hemingway, el americano que se había alojado con los rojos en el hotel Florida, volvía a España para disfrutar de la fiesta, de los toros, de los tablaos, de los encierros, y nadie le molestaba. Y comenzaban a llegar actrices de Hollywood y artistas italianas: Lana Turner, Sofía Loren y la más grande de todas, Ava Gardner. Actrices que fotografiaba sin temor a que sus caras se desvanecieran al sol.

Así fue como dejé de entrar en las plazas de toros para apostarme en lugares como el Chicote.

2

En aquella época no había música en el Chicote. Solo el rumor de las conversaciones. El sonido de la máquina de café y de la caja registradora. El eco del tráfico en la Gran Vía, cuando alguien atravesaba la puerta giratoria, y la voz de la cerillera, que ofrecía tabaco de importación a los clientes.

Las mujeres de alterne calzaban tacones altos, se pintaban los labios y mostraban escotes más generosos que en otros bares mientras fumaban cigarrillos americanos y se sentaban en determinadas mesas, lejos de la barra. Los clientes que las miraban vestían chaqueta y corbata, a veces un pañuelo anudado al cuello, y mostraban sus pitilleras de plata cuando alguna de ellas les pedía fuego.

Yo venía aquí a beber ginebra y vermú rojo, dejaba dos duros en la barra como un señorito y echaba un vistazo a las mesas en busca de algún escritor famoso, de alguna actriz de Hollywood o de algún cómico conocido. Si alguna de aquellas mujeres me miraba, le daba la espalda, apoyaba los codos en la barra, escondía la cámara en el abrigo y contaba las botellas del mostrador para que no se me notara la vergüenza.

Aquí nunca entraba la policía. Ya podía haber bronca con algún borracho a la hora del cierre, que el dueño siempre se las apañaba para que las aguas volvieran a su cauce sin escándalos.

«A esta invita la casa», decía Perico, diplomático, mientras las limpiadoras barrían el suelo y el camarero le servía un último combinado al cliente que se hacía el remolón.

Perico Chicote era un hombre discreto y murió sin contar ningún cotilleo de sus clientes, aunque siempre tenía el bar lleno de plumillas y gacetilleros que no dejaban de preguntarle por Ava, por Hemingway o por el presidente Eisenhower, porque el Caudillo tendría la ocurrencia de hacer una parada en la coctelería durante la visita oficial del mandatario norteamericano a España.

En aquellos años, este era un bar de princesas, como Gracia de Mónaco, que vino acompañada del príncipe Rainiero, Sofía de Grecia, que lo frecuentó en alguna ocasión después de su boda con Juan Carlos, a quien Franco educaba para ser rey de España, o Soraya, emperatriz de Irán y princesa de los ojos tristes desde que la obligaron a divorciarse de Reza Pahlevi, el sha, porque no podía darle hijos.

El Chicote también era un bar de toreros, claro, como Luis Miguel Dominguín, que conoció aquí al animal más bello del mundo, y de folclóricas como Lola Flores, que a veces se arrancaba a bailar

flamenco sobre una mesa cuando la coctelería se vaciaba de madrugada. Por aquí pasaron premios Nobel, ministros del régimen, escritores, pintores, poetas, bohemios, vividores y vendedores de estraperlo mezclados con oficinistas y tiralevitas que pedían sifón para rebajar el combinado y un plato de almendras antes de la comida, y abogados que fumaban habanos, bebían Valdepeñas y piropeaban a la cerillera y a la violetera, y al limpiabotas si hubiera sido mujer. Aquí se juntaban señoras muy respetables vestidas con pieles, de las que se contaban chismes a la hora del café, con queridas y malqueridas, que llegaban al anochecer, cuando aparecían los periodistas y los actores, y las prostitutas caras, elegantes muchachas que tenían prohibido acercarse a la barra y a las que tanto me costaba mirar, no porque me parecieran feas, al contrario, sino porque yo empezaba a hacerme viejo y ellas eran demasiado sueltas, demasiado atractivas.

Me recibían bien aquí. No tanto por las propinas como por la publicidad que le hacía a la coctelería una buena fotografía de un artista en la prensa de Madrid. Además, sabía ser tan discreto como el dueño cuando la situación lo requería. Así que nunca me pusieron ningún problema para hacer mi trabajo, salvo que al cliente le molestara mi presencia. Por si acaso, siempre pedía permiso antes de usar la cámara y me retiraba enseguida.

Algunas actrices, como Carmen Sevilla, buena amiga de Chicote, llegaron a dejarme una dirección para que les enviara una copia cuando a los fotógrafos de sociedad todavía no nos llamaban *paparazzi*. Dalí, que no se acordaba de mí ni de la noche en que había mordido a Federico en el Ritz, me saludaba con la cabeza. Y también a Buñuel, que vino más de una vez con Fernando Rey, le caí en gracia. Pero todo esto ocurrió después del asunto de Ava y las Navidades del año 53. El año en que supe otra vez de Amalia.

3

El Chicote volvía a ser el lugar de moda después de la guerra mundial y durante algún tiempo circuló el rumor de que, además de importar licores del extranjero, Perico traficaba con penicilina. Fue un rumor malintencionado, estoy seguro, pero durante un par de temporadas, dos agentes de la brigada criminal vigilaron de forma ostentosa la puerta giratoria todas las noches desde la acera de la Gran Vía. La gente los conocía y supongo que se encontraban allí para prevenir el trapicheo entre los clientes, porque Chicote, que había conocido a Franco y a Millán-Astray en la guerra de Marruecos, estaba muy bien relacionado y jamás se hubieran atrevido a detener a nadie dentro del establecimiento.

Por entonces yo ya vivía solo en un piso de la calle Fuencarral. Mi hermana Manuela y mi cuñado, que volvía a ser encuadernador, apenas tenían trato conmigo y solo mi sobrina Celia, que se había convertido en una jovencita igual de atolondrada que yo a su edad, venía de vez en cuando a visitarme.

—¿Cuándo me llevarás al Pasapoga, tío? —me preguntaba.

—Un cabaret no es lugar para una señorita —le respondía.

—Lo es si voy acompañada. ¿Cuándo me llevarás a bailar *swing* y escuchar una orquesta americana?

—Es un sitio muy caro, Celia. «Pasaypaga», le llaman.

La guerra me había espabilado, y el hambre, y el miedo después de la derrota. Ya no era tan impulsivo. Ni tan confiado. Ya no me acordaba de Amalia a todas horas ni pensaba en el piano de cola ni en la pieza embrujada de Manuel de Falla. Tenía la nariz rota. Pero también había borrado de la memoria la noche de amor en el Retiro, el abrazo en la calle Goya. Y solo me acordaba de Lorca y de su desgracia cuando veía alguna fotografía de Dalí en los periódicos o el pintor se dejaba caer por el Chicote.

Sabía, eso sí, que podía ganar dinero con la fotografía. Solo tenía que tener paciencia. Por eso me acodaba a menudo en la barra y si no aparecía nadie famoso, me quedaba horas mirando las botellas que Perico tenía en las estanterías. Cada una de un tamaño, de un color, con una etiqueta diferente…

No sé lo que habrán hecho los nuevos dueños del Chicote con aquella colección de licores. Perico tenía miles de botellas en el sótano y se las mostraba a los clientes importantes. Algunas actrices, como Sofía Loren, que se encaprichó de una botella sinuosa porque se parecía a su figura, se atrevieron a pedirle uno de aquellos envases tan

vistosos. Pero Perico siempre decía que no. Excepto una vez, que yo sepa.

—¿Quién fue la afortunada, Vicente?

—Afortunado, era un hombre...

—¿Eisenhower?

—Alexander Fleming.

—¿El inventor de la penicilina?

—Estuvo en Madrid para recibir un homenaje y el día que bajaron al sótano para que viera la colección, fui testigo, Perico estiró el brazo, cogió una botella de *whisky* de una marca desaparecida y le dijo al doctor que le estaba muy agradecido por todo lo que había hecho por la humanidad.

4

Yo pasaba aquí muchas tardes, y muchas noches, a la espera de que apareciera alguna cara conocida, algún rostro fascinante para fotografiarlo, como el de Ava Gardner. El animal más bello del mundo entró en el Chicote borracha la primera vez que la vi. Venía del aeropuerto, pero ya había bebido lo suficiente como para pedirle a Antonio Romero que la encadenara a la barra.

Aquel día radiante entró en la coctelería como un cometa caído del cielo, apagó el cigarro en un cenicero, un viento helado procedente de la calle difuminó el humo hasta hacerlo desaparecer y, mientras yo me dirigía con un gesto a alguien de su comitiva para que me permitiera fotografiarla, Ava pidió un Martini seco, posó los ojos en la colección de licores sobre los estantes de la pared y dijo: «Encadenadme aquí y transformaré todas esas botellas en sueños».

Por supuesto, yo la creí. Y eso que todavía no la había visto desnuda.

—¿Y ahora qué nos vas a contar, Vicente, que tú también te acostaste con Ava Gardner?

—Cada cosa a su tiempo. En aquella época, Ava andaba liada con el torero Dominguín y Sinatra, celoso, había viajado a España para tratar de recuperarla.

—Se habían separado, ¿verdad?

—Eso es, Agustín. Todavía estaban casados, pero ya no hacían vida de matrimonio y a Ava le fascinaban los toreros. No podía evitarlo.

Recuerdo muy bien el día en que le presentaron a Luis Miguel Dominguín. Ella estaba sentada en una mesa con Lana Turner y yo las miraba a las dos desde la barra porque no me decidía a tomarles una fotografía. El torero se encontraba muy cerca de mí, con Noel Machado, *La China*, que entonces era su pareja, cuando Perico Chicote se le acercó y le dijo: «Miguel, vente para acá, que tengo a Lana Turner y a Ava Gardner en la misma mesa». Y Luis Miguel, que era muy torero, muy macho, no se pudo contener ante la idea de conocer a una rubia de bandera y a una morena que hacían palidecer al galán más apuesto. Se ajustó la corbata y le pidió a La China, medio mulata medio oriental, con su mechón blanco en mitad de la melena negra, que le acompañara porque no sabía inglés.

Aquel día no pasó nada. Ava y Luis Miguel se miraron. Se tantearon. La China traducía sus palabras. Y yo no perdía detalle desde la barra. Saltaba a la vista que los dos se habían gustado.

«Voy a intentarlo», le dije a Antonio, que limpiaba unos vasos. Y me armé de valor, cogí la cámara de la barra y me acerqué a la mesa en busca de una foto impagable. La Gardner puso cara de espanto en cuanto me vio. Lana Turner hizo ademán de levantarse, y el torero se volvió hacia mí con gesto agresivo.

Decían de Dominguín que no conocía el miedo, que era un burlador, un hombre pasado de vueltas, y es verdad que los ojos del torero me espantaron. Aún había quien le acusaba de haber provocado la muerte de Manolete el día en que había desafiado al maestro en la plaza de Linares, y no era para tomárselo a broma. Manolete había muerto corneado por Islero, un miura negro de quinientos kilos de peso, y el joven Luis Miguel había heredado su jerarquía en el universo de los toros.

«No pasa nada», intervino Chicote con ánimo conciliador. «Nadie va a sacar ninguna fotografía sin permiso, ¿verdad?», me preguntó Perico. Y yo asentí. Creo que de no ser por Chicote, el torero me hubiera roto la cámara de un puñetazo y quién sabe si algo más.

Así que volví a la barra, retomé la conversación con Antonio Romero y mientras le daba sorbos al vermú vi cómo La China y Dominguín se alejaban finalmente de la mesa. En cuanto lo hicieron, escuché las risas de la protagonista de *Mogambo*, que ya había tenido amores con el matador Mario Cabré. Me dio la sensación de que desafiaba a la Turner a ver cuál de las dos era la primera en acostarse con aquel torero tan guapo y seductor.

Dos días después del incidente, y seguramente por mediación de Chicote, el torero vino a disculparse. Me dijo que comería con un amigo en el Jockey y si quería fotografiarles tenía su permiso. Así que fui con él, más por compromiso que por verdadero interés, y en el restaurante comprobé que era verdad lo que decían de la arrogancia de Dominguín y su desprecio absoluto por las convenciones sociales. Apenas se habían sentado y yo tomaba las primeras fotografías, cuando el torero dijo literalmente que iba a echar «una meadita». Pero en lugar de levantarse y caminar al lavabo, se bajó la bragueta allí mismo y comenzó a orinar debajo del mantel para asombro de su amigo y espanto de los clientes de las mesas contiguas, que le habían saludado reverencialmente y no sabían dónde meterse. «Tranquilos», nos dijo el matador. «Tranquilos, que nunca pasa nada. Nunca pasa nada…», repitió con un tono que estaba a medio camino entre el desprecio y la melancolía.

5

Todo el mundo sabía que Luis Miguel Dominguín, que se iba de cacería con Franco y tenía un hermano mayor comunista, hacía lo que le daba la gana.

Igual que Ava.

Aquel verano, la actriz se dejaba ver sola en el Chicote con frecuencia, le pedía un Martini seco a Antonio Romero y hablaba un rato con los camareros. Yo nunca me acercaba, porque el barman ya me había advertido de que no pasaba por un buen momento. «Cuando está triste es mejor no contrariarla. Tiene mucho temperamento».

Algo la quemaba por dentro. Algo que no la dejaba descansar. Las cosas no le iban bien con su marido. Romero me lo insinuó aquella temporada. Y se notaba que Ava no estaba a gusto, bebía demasiado.

—Él es un muy celoso. Muy posesivo. Como todos los italianos —me decía Antonio.

—Pero Sinatra es americano… —le contradecía yo.

—Italiano, Vicente, hazme caso. Habrá nacido en Nueva York…

—New Jersey…

—Pues habrá nacido en New Jersey, o en California, o en Arizona, donde sea, pero un italiano nunca se olvida de quién es y de dónde viene, aunque haya nacido lejos de casa… Y a la hora de la verdad les cuesta soltar carrete con sus mujeres —me decía el barman mientras mirábamos a la Gardner de refilón, ella con la vista perdida en los cristales de las botellas, como si fuera verdad que cada una de ellas, con sus distintos tonos de licor, escondiera un sueño.

Ava volvió a Madrid a finales de año, en una escala de su viaje a Roma para realizar las pruebas de vestuario de *La condesa descalza*, que rodaría junto a Humphrey Bogart. Una mañana, mientras caminaba hacia la Gran Vía con la cámara, la vi por casualidad a la puerta de la Cervecería Alemana de la plaza Santa Ana, junto a Luis Miguel Dominguín. Por supuesto, seguí caminando y no hice ademán de entrar en el local, pero el torero me reconoció y envió a un camarero tras de mí para que me dijera que una figura de los cosos me invitaba a una copa.

Allí estaba el clan al completo. Luis Miguel y sus dos hermanos, Domingo y Pepe, algunos amigos menos famosos, y Ava, encantadora, sonriendo relajada en la plenitud de su belleza. Para entonces, era público y notorio que le había pedido el divorcio a Frank Sinatra.

Bebí con ellos. Escuché la charla de Dominguín sobre los toros, que tenían encandilada a la actriz. Observé cómo lo miraba. Y me pregunté qué es lo que veía en un tipo tan sobrado, tan pagado de sí mismo como aquel torero. Cómo era posible que una mujer tan fascinante, tan hermosa y con tanto carácter se fijara en un fatuo como Dominguín.

Entraron tres hombres en la cervecería y se acodaron en la barra, junto a la puerta. «Los Lozano…», murmuró Luis Miguel en cuanto los reconoció mientras le hacía un gesto muy sutil con la cabeza a Pepe. Y Pepe, que era el más corpulento de los tres hermanos, un auténtico armario, se levantó de la mesa y se fue directo hacia ellos, como un toro. Sin mediar palabra, sin ningún reproche ni advertencia, Pepe Dominguín le arreó un puñetazo en la cara al mayor de aquellos tres tipos bien vestidos y lo dejó tirado en el suelo, con la mandíbula rota.

La clientela de la cervecería se alborotó por completo después de un segundo de silencio. Aquel hombre había caído redondo, como un boxeador noqueado en el *ring*, y el sonido de su cuerpo en el suelo, más que el derechazo, un ruido sordo, seco, de un edificio que se derrumba en una demolición, se había escuchado en todo el local.

Ava dio un respingo, hizo ademán de levantarse mientras miraba a Luis Miguel, estupefacta, y el matador realizó un nuevo gesto con la cabeza para tranquilizarla. «Nada, no es nada. Asuntos nuestros. Cosas del toro», le dijo mientras la sujetaba del brazo. Y la Gardner se recostó en su silla, sacó un cigarro y pidió fuego con rostro indescifrable mientras los dos hombres que acompañaban al tipo despatarrado en el suelo lo levantaban y lo sacaban de allí sin decir ni una palabra, sin ninguna intención de devolverle el golpe a Pepe Dominguín, que volvía hacia la mesa como si, efectivamente, no hubiera pasado nada.

Luego supe que aquellos tres, los Lozano, eran otra familia de toreros y empresarios, como los Dominguín, que también controlaban algunos ruedos. Aquel puñetazo había zanjado algún desaire entre los dos clanes.

Y como me sentía cada vez más incómodo, me fui en cuanto pude sin que nadie se diera cuenta.

Después, en una revista de variedades, leí unas declaraciones de Humphrey Bogart: «Las mujeres de medio mundo se arrojarían a los pies de Frank Sinatra y resulta que Ava pierde la cabeza por un tipo que usa capa y zapatillas de bailarina», decía su compañero de reparto en *La condesa descalza*. No sabía lo violentos, lo descarados que podían ser los Dominguín, hombres sin miedo unidos por un vínculo de sangre. La suya. La del toro. Hombres que se llevaban por delante a quien hiciera falta.

En la misma revista, una entrevista de Sinatra con la columnista de

chismes de Hollywood Louella Parsons aparecía con este titular sobre Ava: «Ojalá pudiera quitármela de la sangre», leí. Y tuve que cerrarla.

6

Ava había pedido permiso a la productora de *La condesa descalza* para pasar las Navidades en Madrid y poco antes de la Nochebuena la vi otra vez con el torero en el Chicote.

«Mañana nos vamos a mi casa de Saelices y Ava quiere dar algunos capotazos a una vaquilla. Me gustaría que vinieras para hacerle unas fotos en el ruedo», me pidió Dominguín.

Y así fue como me convertí en testigo de su aventura.

Villa Paz era una finca enorme de casas encaladas en la provincia de Cuenca que había pertenecido a una infanta de España. El torero guardaba ganado bravo en los corrales y había una plaza de tientas, un coso donde capear becerros, una capilla para rezar y un bar bien surtido.

A Ava tampoco le daba miedo nada. Quería aprender a torear enseguida, le pidió a Dominguín cuando el matador le enseñó los corrales. «Si un hombre puede hacerlo, yo también», le dijo. Y el torero sonreía, la miraba complacido y le prometía que pronto le dejaría un capote.

«Ahora tómate una copa».

Bebieron, bailaron, rieron, se emborracharon. Se encamaron. Posaron para mí. Ava toreó su vaquilla con ayuda de Dominguín en uno de los últimos momentos en los que estuvo sobria. Se lo tomó muy en serio, eso sí. Y apenas durmieron mientras estuvieron juntos en Villa Paz, la casa que no hacía honor a su nombre.

Pero todo aquello tenía un cabo suelto, claro.

Frank Sinatra llegó a Madrid en un vuelo privado mientras nos encontrábamos en la finca. Ava llevaba dos días bebiendo sin parar después de dejarse fotografiar en el ruedo, y nos habíamos sentado frente al coso cuando alguien llamó por teléfono a Dominguín y le advirtió de que el cantante norteamericano estaba en el hotel Hilton y preguntaba por la actriz con muy malos modos.

«Un hombre celoso no razona nunca», recuerdo que dijo, y enseguida llamó al Hilton y le pidió a un conocido de total confianza que despistara a Sinatra y le dijera que su esposa estaba en el tentadero del ganadero Perico Gandarias, en Toledo. Después colgó, se quedó un instante pensativo y se volvió hacia mí.

«Me tienes que hacer un favor», me dijo.

Teodoro, el chófer del torero, y yo metimos a Ava en el coche para llevarla al Hilton, como nos pidió Dominguín. Pero la actriz estaba tan borracha que al llegar a Madrid tuvimos que parar en la casa que el matador tenía en la calle Nervión para que se recuperara. La echamos en la cama porque no se sostenía en pie.

«Habrá que quitarle ese vestido», dijo Teodoro. Y yo me asusté. «Voy a buscarle ropa más apropiada», añadió el chófer, y estaba claro que se quería quitar de en medio. «Desvístela tú mientras vuelvo», añadió.

Y tuve la sensación de que Ava sonreía al escucharle.

La incorporé de la cama, le bajé la cremallera del vestido y el olor amargo de su pelo se extendió por todo el cuarto; sus senos desnudos, liberados, me rozaron el pecho y me hicieron temblar. Por un momento me acordé del delirio de Mondoñedo: la imagen de la sirena de luto, con los pechos al descubierto y a punto de caer en la tina de agua oscura. Pero Ava tenía dos piernas hermosas bajo la falda, no había ninguna duda. La miré a los ojos, fascinado, y en verdad que había un brillo salvaje y a la vez profundamente triste en ellos que me recordó la luz y la alegría melancólica que transmitían los de Lorca.

Todavía la sostenía entre los brazos cuando pareció que recuperaba un punto de coquetería. «¿Tú también sabes torear?», me preguntó. Entonces me rodeó la nuca con suavidad, acercó sus labios a los míos y me besó.

Su beso me supo a alcohol y a tabaco. Y a una extraña esencia de mujer, que no sabría definir aquí, pero que tantos años después todavía me viene a la boca cuando me acuerdo de ella.

Rio. Soltó una carcajada, divertida por mi turbación, me acarició las mejillas con ternura y un instante después se dejó caer sobre la almohada, semidesnuda, mientras cerraba los ojos, y yo pensaba que aquella iba a ser, sin duda, la mejor fotografía que no haría nunca.

7

Apenas tuve tiempo de taparla cuando Teodoro entró en el cuarto con cuatro o cinco vestidos y unas medias limpias para la dama.

«¿Todavía no le has quitado los zapatos?», me preguntó.

Vestida de forma más discreta, dejamos a Ava en el Hilton, donde la esperaba Sinatra. Ella entró por su propio pie, muy digna, y recuerdo que en el recibidor del hotel besó a su marido en las mejillas y se agarró de su brazo para subir juntos a la habitación.

Fueron de fiesta en fiesta. Celebraron la Navidad en la casa del millonario Frank Ryan, en La Moraleja. Una noche flamenca. Y todo Madrid se enteró.

Pero yo me acantoné en el Chicote, no le conté nada a mi amigo Antonio Romero y procuré olvidarme de sus senos desnudos y de su extraño sabor de mujer. El Chicote, sin embargo, era el lugar menos indicado para huir de Ava.

La mañana de San Esteban, y después de dormir apenas unas horas tras las bulerías de La Moraleja, Ava Gardner y Frank Sinatra aparecieron por aquí para tomar el aperitivo y continuar la fiesta.

La actriz sabía que era el centro de todas las miradas y entró en el local sin rastro de cansancio, del brazo de Sinatra. Para mi sorpresa, tras ellos aparecieron Luis Miguel y su hermano Pepe, entre un grupo de faranduleros donde también reconocí al director de cine Edgar Neville, a Conchita Montes y los Heredia, y a la actriz Betty Wallace. Sinatra parecía taciturno. Cansado. Ava pasó a mi lado, pero no me miró. Y Dominguín, al que no había vuelto a ver desde la apresurada salida de su casa de Saelices, se acercó hasta mí, me puso la mano sobre los hombros y me dio las gracias por todo antes de invitarme a beber con ellos.

Las risas de Ava lo llenaban todo. Dominguín la miraba. Perico Chicote la miraba. Sinatra no perdía ojo, y hasta me pareció que Betty Wallace le echaba un vistazo con cierta envidia, mientras Pandora bebía, y hablaba y reía, y le ponía música al Chicote.

Antonio Romero preparaba un mojito criollo para Edgar Neville cuando Sinatra no lo resistió más. Apuró su *gin fizz*, se acercó hasta Ava y la cogió por la cintura para besarla. Luis Miguel apretó las mandíbulas y sonrió, y la actriz convirtió lo que parecía un beso robado en un paso de baile. Al momento, los dos esposos giraban el uno en torno al otro, a pesar de que no había más música en la coctelería que la del rumor de las risas.

Ava bailaba. Se carcajeaba de la vida. Y miraba por encima del

hombro de Sinatra. Primero detuvo los ojos en Dominguín. Le hizo un guiño travieso.

Después se fijó en mí. Y ya no tuvo ojos para ningún otro.

Me miró durante todo el tiempo que duró aquel baile, mientras Sinatra acercaba la mejilla a su cara, y había en sus ojos una mezcla de lujuria y de dulzura retadora, como en un cóctel de Chicote. Embriagado, a punto de perderme para siempre, levanté la cámara y por primera vez hice una foto en aquella coctelería sin pedir permiso a nadie.

8

Cuando se cansaron del Chicote, se fueron al Pasapoga. Y yo con ellos. Hipnotizado.

El Pasapoga, en el sótano del edificio del cine Avenida, estaba en su época más brillante, no como ahora, que es una vulgar discoteca. Una mesa allí era el colmo del lujo y la ostentación, el lugar donde uno iba a dejarse ver y a disfrutar de los *shows* y los desfiles de joyas, o de sombreros, que ningún otro lugar de Madrid se atrevía a programar. No dejaba de ser el subsuelo de un cine, en realidad, pero el piso de mármol, los palcos, la escalera con alfombra roja, las lámparas de araña, las columnas clásicas que rodeaban las cuatro pistas de baile, los espejos, las cortinas, los murales, las largas barras de bar, la ambición y la actitud de sus dueños le daban la apariencia de un palacio.

Frank y Ava se sentaron en la misma mesa que Lola Flores, que ya era una estrella del flamenco, y del propio Dominguín, que no perdía la oportunidad de marcar su territorio para disgusto de Sinatra. Bebieron, acababa de tocar la orquesta de Xavier Cugat, y se animaron otra vez.

Recuerdo que el actor Fernando Fernán Gómez, que también era un rostro popular en las pantallas, se acercó a saludar. Rozó con dos dedos el hombro desnudo de Ava en un gesto que no tenía nada de inocente y la actriz levantó la cabeza y le miró con ojos inexpresivos, como habría mirado a un mosquito. El actor pelirrojo retiró la mano, balbuceó un par de palabras que no llegué a entender y se fue. Y el pobre Sinatra, carcomido por los celos que le causaba la presencia de Dominguín, decidió que había llegado el momento de llamar otra vez la atención de su esposa, agarró a Lola Flores del brazo y la sacó a la pista de baile para marcarse una suerte de sevillana sin temor a hacer el ridículo.

Allí estaba yo con la cámara para hacerles una fotografía. Pero Lola, que se había puesto maternal con el cantante, me miró con severidad y me quitó las ganas de retratarles. Después rodeó a Sinatra con el brazo, le dijo que ya era suficiente, que aquellos bailes no se parecían en nada al foxtrot de los yanquis y, camino de su mesa, muy cerca de mí, le soltó una frase que no estoy seguro de que el cantante llegara a entender: «No mojes las penas en alcohol, porque no saben nadar».

Yo me aparté para dejarles pasar, me apoyé sobre el mantel de una mesa cercana para no caer y cuando me giré dispuesto a salir de la sala, avergonzado por la mirada de Lola y con la intención de poner

tierra de por medio con Ava, tan perturbadora, me encontré de frente, sentado ante la pista de baile, a una persona que jamás hubiera imaginado en aquel ambiente tan libertino: don Ramón Quiroga.

Era él, no había duda, el porte aristocrático, el ceño fruncido y el pelo completamente encanecido, y observaba el espectáculo con gesto inexpresivo, como si sus pensamientos estuvieran muy lejos de allí.

Como un resorte que libera la memoria, el rostro de Amalia, sus dedos sobre el piano del Club Lyceum, las notas de *El amor brujo* y sus besos en el parque del Retiro volvieron de forma repentina. Don Ramón estaba sentado solo en aquella mesa, con aire ausente. Ajeno a todo el escándalo a su alrededor. «No me dejes ir con él», sonaba de nuevo en mi cabeza.

Di un paso atrás antes de que me reconociera. Y vigilé a una distancia prudente todos sus gestos. Cómo tomaba el vaso con hielo y un oscuro licor y le daba un sorbo. Cómo se recostaba en el asiento y cerraba un momento los ojos. Un grupo de bailarinas de piernas interminables había irrumpido en la pista y ejecutaba una coreografía muy sencilla, pero muy eficaz, muy sugerente. Y don Ramón, envejecido, pero todavía altivo, distante, las miraba ahora sin hacerles el menor caso.

Vencí la tentación de acercarme de nuevo y pedirle explicaciones. Mi nariz rota, como la de un boxeador, todavía era una marca que no olvidaba. Pero habían pasado diecisiete años y yo ya no era aquel muchacho impulsivo de otro tiempo. En lugar de arriesgarme a estropearlo todo, me oculté aún más junto a una columna y esperé. Esperé a que aquel hombre, de nuevo vestido de forma irreprochable, con los zapatos brillantes, la corbata azul de lunares, un traje oscuro, un alfiler dorado, se levantara de la mesa. Algo me decía que no tardaría en hacerlo. Don Ramón Quiroga, solo en el Pasapoga, parecía por completo fuera de lugar.

Las bailarinas dejaron la pista. Los aplausos, los gritos, estallaron. Ava reía en su mesa las ocurrencias del torero, que le hablaba al oído. Quería que la llevara al Villa Rosa a bailar flamenco, le había gritado entre risas. Y Sinatra encajaba el golpe, pero aún no se daba por vencido. Era una pena verlo allí, peleando por una mujer que ya había pasado página. Una mujer que me había besado borracha. Y toda la excitación que me había producido aquel beso, la visión de los senos desnudos de la actriz, su mirada retadora en el Chicote —sabía que no significaba gran cosa en realidad—, se derrumbaban ahora ante la posibilidad de saber qué había sido de Amalia Quiroga.

—¿Tú no eres Vicente Yebra? —me preguntó una voz—. Sí,

hombre…, el fotógrafo de la Columna Mangada… —susurró.

Me giré. Y delante de mí estaba un tipo de rostro familiar. Sonrisa taimada. Cara de ratón. Cigarro en mano. Bigote muy fino, pasado de moda. Nariz diminuta. Y unos ojos atentos a todo.

—Te equivocas… —le dije—. Te equivocas.

Aquel era el momento de Amalia. El instante en que tenía que aparecer, después de diecisiete años, para sentarse en la mesa donde le esperaba su padre. Pero aquel tipo, aquel hombre malicioso, que me miraba con gesto arrogante, no me iba a soltar tan fácilmente.

—Eras tú, sí, el que tomaba fotografías en aquel pueblo de Ávila, Navalperal, el verano que empezó la guerra. Y en Belchite también, al año siguiente. ¿Qué tal te va con toda esta gente de la farándula? ¿Te pagan bien?

—Yo no le conozco a usted de nada.

—Pero ¡hombre, Vicente…! ¿No te acuerdas de quién te servía el rancho? Es verdad que tú y yo nunca hablamos mucho, pero me fijaba en todo lo que hacías con tus amigos. Como aquel día en que jugasteis a la guerra. ¿Recuerdas? Ellos fingieron que avanzaban en medio de un tiroteo, al pie de la sierra, y tú les fotografiabas. Jugabas a ser reportero de guerra.

—Se confunde usted de persona.

—No, no me confundo, Vicente. Y no estoy aquí por casualidad. ¿Reconoces esta fotografía de la artillería en Belchite? Deja que te la enseñe bien. Yo soy el que está apoyado en el cañón. El que mira a la cámara. Eloy Santiesteban, así me llamo. Y tengo más fotografías tuyas, Vicente. Seguro que las quieres recuperar y que no anden por ahí de bolsillo en bolsillo. Igual no te dejan seguir haciendo retratos de toda esta gente tan guapa si se enteran que te alistaste voluntario en la Columna Mangada… Alguien podría decirles que tienes las manos manchadas de sangre. Que eres un criminal…

—Eso no es verdad.

—Claro. Si quieres que hablemos de ello, como dos viejos camaradas, te espero en un cuarto de hora en el vestíbulo del hotel Gran Vía. No tardes. Y no me hagas enfadar.

9

—Así que te hicieron chantaje, Vicente…

—Aquel tipo me había seguido desde el Chicote. Y había esperado la oportunidad de abordarme. Pero yo no estaba dispuesto a encontrarme con él en ningún hotel y dejar el Pasapoga sin saber qué hacía allí don Ramón Quiroga.

—¿Por qué te llamó criminal? ¿No decías que no pegaste ni un solo disparo en la guerra?

—Cada cosa a su tiempo…

Era más de la medianoche cuando Ramón Quiroga se levantó de la mesa, dejó algo de dinero sobre el mantel y caminó hacia el guardarropa. Allí le pidió su abrigo a la chica, le dejó una propina y subió las escaleras para salir a la calle.

Hacía un frío terrible afuera. Caía aguanieve del cielo y el tráfico había disminuido de forma notable. Don Ramón caminó unos pasos hasta la plaza de Callao y descendió por la acera hacia la puerta de la cafetería del hotel Florida.

Unas piernas tan largas como las de las coristas del Pasapoga ocupaban el gigantesco cartel que adornaba la fachada del cine Callao. *Moulin Rouge* era el título de la película que proyectaban, con José Ferrer en el papel de Toulouse-Lautrec, y aquellas piernas de mujer vestidas con medias negras con encajes me recordaron, no pude evitarlo, a las del maniquí del estanco La Lucha en Ponferrada.

Don Ramón empujó la puerta y entró en la cafetería. Pensé que se alojaría allí, en el mismo hotel Florida, pero antes de que tuviera tiempo de ir tras él salió de nuevo del local acompañado de un hombre vestido con un traje más barato que el suyo, sobrio pero elegante. Resultó que era su nuevo chófer. Los dos subieron a un enorme Chevrolet blanco estacionado en la plaza, un auto americano que llamaba especialmente la atención en medio de los primeros Seat, los Fiat italianos y los vetustos coches de antes de la guerra que todavía circulaban por Madrid.

«Mierda», maldije cuando miré a mi alrededor y no vi ningún taxi.

Eché a correr detrás del Chevrolet de color blanco igual que había hecho años atrás con el Hispano Suiza amarillo. Era fácil de distinguir entre el tráfico escaso, avanzaba con el brillo de un fantasma en la oscuridad, y otra vez tuve suerte de que un semáforo en rojo, a la altura de la librería Espasa Calpe, me ayudara a no perderlo de vista. No fue mucho más lejos. A la sombra del rascacielos de la Telefónica, otro blanco fácil para la artillería durante la guerra, el auto se detuvo,

don Ramón se apeó despacio, le dijo algo al conductor y, mientras el Chevrolet largo y estilizado como un purasangre giraba hacia la calle de la Montera para estacionar, entró caminando, entonces sí, en el hotel Gran Vía.

«Mierda…», volví a maldecir con el aliento entrecortado por la carrera bajo la lluvia fría.

Seguro que sabes, Pedro, que el hotel Gran Vía, tan funcional, tan americano, era el lugar donde comían y cenaban los corresponsales acreditados por el gobierno republicano durante la guerra. Muchos terminaban allí cuando salían del edificio de la Telefónica después de enviar sus crónicas con el visto bueno de la censura. En su restaurante no entraba nadie que no fuera periodista, o funcionario, o militar, o miliciano con mando, o directamente de la brigada de las sábanas, así llamaban a las rameras más finas que se enredaban con los reporteros, los fotógrafos extranjeros y los asesores soviéticos. Durante la guerra, la puerta siempre estuvo vigilada por hombres armados que te pedían los papeles, y aunque la comida era mala y más bien escasa, la había, y no faltaba el alcohol.

Había entrado allí una sola vez con el comandante de mi brigada. Y aquel ambiente oscuro —el restaurante se encontraba en un semisótano para protegerlo de las bombas y de los obuses del quince y medio que taladraban a diario la Gran Vía— me había resultado deprimente, por más que intuyera que entre aquellas sombras que comían y hablaban en idiomas extranjeros había personas interesantes: Ernest Hemingway, el inevitable, Martha Gellhorn, que después sería su mujer y escribía para una revista americana, Robert Capa, el fotógrafo famoso, y Virginia Cowles, otra periodista de raza, muy guapa y muy atrevida que también cubriría la guerra desde el bando nacional.

Años después, volvía a estar delante de aquella puerta. Y sabía que si cruzaba el umbral detrás de don Ramón Quiroga podría encontrarme con alguien muy desagradable dispuesto a complicarme la vida. Pero tenía que arriesgarme, claro. No me había mojado bajo la lluvia de Madrid, detrás del auto gigantesco del padre de Amalia, para quedarme allí.

Así que entré. El vestíbulo estaba en penumbra. Vacío. Y no había ni rastro de Santiesteban. Tampoco de don Ramón. Habrá subido en el ascensor…, pensé, antes de acercarme al conserje para preguntarle el número de habitación del empresario de Mondoñedo que acababa de entrar desde la calle.

—No le puedo dar esa información, señor.

—Soy un viejo conocido.

—Ha pedido expresamente que nadie le moleste. No son horas…
—¿Sabe si ha venido con su hija? Dígame al menos eso…
—El señor se aloja solo.
Y de nuevo no supe qué hacer.

Abandoné el vestíbulo y salí a la calle. El perfil imponente del edificio de la Telefónica destacaba como un tótem sagrado en el centro de Madrid con sus quince plantas de altura. Aquel rascacielos, que tanto recordaba a los grandes edificios *art decó* de Nueva York, había resistido las embestidas de la artillería durante la guerra con una solvencia admirable. Nada quedaba ahora de las ventanas tapiadas en los primeros pisos, de los sacos de tierra que protegían la puerta, nada de los mordiscos de los obuses en la fachada de la calle Valverde, la más expuesta.

Me acordé de Nilamón Toral, mi comandante en la Brigada Mixta, y de la noche en que cenamos con Virginia Cowles en el restaurante del hotel Gran Vía y la periodista americana, que quería entrevistarle, nos contó que adoraba Nueva York, como todo el mundo. El edificio que ahora se erguía delante de mí, en todo su esplendor, era lo más parecido que había en Madrid a la ciudad que no duerme nunca.

Yo tampoco tenía sueño. Y se me ocurrió caminar hacia la calle de la Montera en busca del Chevy blanco de Quiroga y, sobre todo, de su chófer, dispuesto a sonsacarle algo. Y en la Montera estaba estacionado el auto americano, largo, brillante bajo la lluvia fría que todavía caía sobre la ciudad. Pero ya no encontré a su conductor. Observé las ventanas de los hoteles, de las pensiones de los alrededores, y me pregunté en cuál se habría alojado.

Todavía era la una de la madrugada. Quizá al día siguiente podría acercarme al hotel y esperar a que don Ramón Quiroga apareciera por el vestíbulo. Y como hacía mucho frío y no estaba dispuesto a irme a la cama todavía, me acerqué a la parada de taxis, me subí al penúltimo que quedaba y le dije al conductor que me llevara al Villa Rosa, en la plaza de Santa Ana. Si no podía encontrar a Amalia aquella noche, al menos volvería a ver a Ava Gardner en su esplendor.

10

Cuando entré en el Villa Rosa, y ya habían pasado los tiempos en los que salía corriendo de los taxis, todavía actuaba la familia gitana de los Terremoto y no me costó nada dar con el grupo de Luis Miguel y Ava, Lola Flores y Sinatra. Con ellos estaban Paco Rabal y Fernando Fernán Gómez, que otra vez no le quitaba el ojo a la actriz. Apenas pisé el tablao, los Terremoto se sentaron a descansar y el público, que lo había reconocido, comenzó a pedirle a Sinatra que les cantara una canción.

El americano no se hizo de rogar y enseguida se arrancó con «Stormy Weather», un tema que hablaba de lo desgraciado que uno se siente cuando ya no está con su chica. Aquello terminó por cabrear a Ava, a la que no le gustaban aquel tipo de sutilezas. Lola le tomó el relevo al cantante y entonó una de sus bulerías. Y cuando Sinatra, otra vez agotado, por fin se dio por vencido y se levantó de la mesa para regresar solo al hotel, Ava aprovechó su marcha y estalló.

Fue como un volcán escupiendo lava. Liberada, por fin, de la compañía de su marido, la actriz comenzó a despotricar contra todo, contra Sinatra, en primer lugar, pero también contra la estupidez del mundo, la avaricia de los productores, el egoísmo de los actores, la vanidad, la tacañería del público, y de nuevo contra la pesadez del hombre con el que se había casado, que no la dejaba respirar. Y contra Franco, ese asesino…

Estaba borracha.

Estaba tan borracha que Luis Miguel Dominguín se levantó de la mesa y, en un gesto que no he de olvidar porque me recordó a otra noche en el Ritz, le arreó un bofetón a la actriz para hacerla callar. Uno de los pendientes de brillantes de Ava salió despedido por el impacto, centelleó en el ambiente cargado con el humo de los cigarros que fumaban los clientes del Villa Rosa, cayó al suelo y se esfumó, como una estrella muerta.

—Eso tampoco me lo creo, Vicente…

Ava calló. Después soltó una carcajada. «Vas a buscarme ese pendiente ahora mismo, matador…», le advirtió a Dominguín en una mezcla de inglés y castellano. «Vale mucho dinero».

Fernán Gómez y Paco Rabal, como dos buenos galanes españoles, se levantaron de la mesa y fueron los primeros en tantear el suelo, pero no esperé a ver si daban con la joya, porque Ava también se

incorporó, agitó su cabello negro y caminó repentinamente sobria hacia el guardarropa con una elegancia de pantera, sin tambalearse. Y cuando Dominguín hizo ademán de acompañarla, le hizo un gesto desdeñoso con la mano y salió por la puerta del Villa Rosa como una diosa inmune a la decadencia.

Fui detrás de ella, no pude evitarlo. Llovía de nuevo y las luces de un camión que recogía la basura perfilaron la silueta de la actriz contra la fachada del tablao. Ava le hizo una seña al conductor mientras arrastraba el abrigo sobre los adoquines. A mi espalda se abrió la puerta del local, pero no era Dominguín, demasiado orgulloso como para correr detrás de nadie, el que apareció, sino el pelirrojo de Fernán Gómez con el pendiente en la mano. Y los dos fuimos testigos de cómo el camión se detenía a la altura de Ava, que dejaba el abrigo en el suelo y, con una agilidad inesperada, se encaramaba en el estribo, abría la puerta y se colaba en la cabina.

Fernán Gómez, que ya se había separado de María Dolores Pradera, abrió la boca en un gesto de incredulidad mientras el camión arrancaba con la actriz americana en el asiento del acompañante y desaparecía por la plaza de Santa Ana.

—¿Qué hora es? —me preguntó el actor de *Botón de ancla* y *Esa pareja feliz*, con el pendiente de Ava en la mano y la mirada perdida en la lluvia.

—Casi las seis de la mañana —le dije.

Y me miró como un novio plantado en la iglesia, en el momento en que Paco Rabal también dejaba el Villa Rosa con un cigarro en la mano y una sonrisa de golfo resignado que ya ha visto pasar lo mejor de la noche.

—Esto está muerto, Fernando —le dijo.

Fernando se giró, dejó caer el pendiente dorado al suelo y de su cabello rojo mojado se desprendió un leve olor a vainilla que me recordó a Amalia.

—¿Te vienes con nosotros al aeropuerto? —me preguntó.

—¿A Barajas?

—Es el único bar que queda abierto en Madrid.

11

Al día siguiente me levanté tarde. El sonido del tráfico en la calle Fuencarral, que subía hasta el cuarto, me sacó de un sueño intranquilo. Y todavía observaba el techo de la habitación, con la mente en blanco, cuando sonó la aldaba de la puerta.

Era Celia.

—Te traigo algo de comer, tío —me dijo mientras me echaba a un lado y entraba directamente hasta la cocina con una bolsa de tela de la que extrajo unas manzanas, unos tomates, un salchichón que había comprado en el mercado y una olla con unos garbanzos—. Solo tienes que calentarlos. A saber cuánto hace que no comes plato de cuchara, con esa vida bohemia que llevas.

Celia siempre me tuteaba. No hacía lo mismo con su padre ni con su madre, a los que trataba de usted. A mí siempre me vio como alguien más cercano, casi como un hermano mayor.

Celia quería ser mecanógrafa, o secretaria de dirección, trabajar en una oficina en cualquier caso y vestir falda larga y zapatos de tacón, nada de buscarse un buen marido que la mantuviera, nada de emplearse como modista, en corte y confección, como sus amigas, o en una peluquería de señoras. En aquellos días acudía a una academia para aumentar sus pulsaciones. Yo le pagaba la cuota.

—¿A quién fotografiaste anoche? —me preguntó mientras colocaba la olla en la cocina para recalentar los garbanzos.

—A Ava Gardner —le respondí.

—¿Pandora?

Ella también había visto aquella película rodada en Tossa del Mar donde Ava pasaba de los brazos de un piloto de carreras a los de un torero, y a los dos los cambiaba por un marinero, el fantasma del holandés errante. En España había llegado a los cines el año anterior.

—¿Y estaba con Mario Cabré? —me preguntó Celia.

—Estaba con otro torero. Y también andaba por allí su marido, Frank Sinatra.

—Guau…, qué descarada…

—Lo de Mario Cabré es agua pasada. Lo sabe todo el mundo.

—¿Y quién es el torero nuevo?

—Dominguín. Un hombre más inquietante…

—¿Y qué hacía Sinatra?

—Bailó con Lola Flores, hizo un poco el ridículo, cantó una canción de amor despechado y se fue a la cama.

—¿En el Pasapoga?

—Y en el Villa Rosa, de madrugada.

—¿Cuándo me llevarás al Pasapoga, tío?

Y como no le respondí, me había puesto a mirar el tráfico desde la ventana, retiró la olla caliente de la cocina, abrió la alacena y me sirvió los garbanzos en un plato de loza.

Todavía estábamos comiendo cuando de nuevo sonó la aldaba de la puerta.

—¿Quién será a estas horas? —preguntó Celia. Y se levantó de la mesa, salió de la cocina y abrió.

—¿Vicente Yebra? —escuché una voz adolescente.

—Aquí es.

—Le traigo una nota de la agencia Cifra.

Palidecí. Oí cómo se cerraba la puerta, escuché los pasos de Celia en el pasillo y, cuando entró de nuevo en la cocina, dejó un sobre cerrado sobre la mesa.

—Te han traído esto.

—Ya lo he oído.

—¿Y no vas a abrirlo?

—Luego.

—Parecía urgente…

Asentí. Mejor salir de dudas. Así que rasgué el sobre, desdoblé una hoja manuscrita con la letra del redactor jefe de la calle Ayala y leí:

«No vuelvas por aquí, rojo».

Simplemente.

Y tuve que hacer un esfuerzo para que mi sobrina no notara el golpe.

Salí de casa a media tarde. Quería despellejar a Eloy Santiesteban.

¿Cómo era posible que le hubieran hecho caso en la agencia? Celia, con todos sus pájaros en la cabeza, se había marchado a la academia de mecanografía y caminé por la calle Fuencarral, cabizbajo, hasta la Gran Vía y de ahí al aparcamiento en batería de la calle de la Montera, donde seguía estacionado el enorme Chevrolet blanco de Ramón Quiroga. No se había movido del hotel, estaba claro, y el coche de faros redondos y capó alargado me recordó otra vez la montura de un caballero que aguarda en el establo a que su dueño lo saque de paseo.

Le di una buena propina a uno de los merodeadores que, a pesar del frío, callejeaba por la zona, un chaval que me era conocido y que alguna vez me había hecho un servicio similar. «Si ese coche blanco tan grande se mueve de ahí, ven a decírmelo al Chicote y te daré dos veces lo que tienes en las manos», le dije. «Y si no se mueve, ven igual antes de que cierre el bar y también te pagaré». Y me fui a la

coctelería.

Aún no había revelado las fotos de la noche anterior. Ni tenía prisa por hacerlo ahora que me había quedado sin trabajo. Había imágenes en aquel carrete, en cualquier caso, que no quería compartir con nadie.

El Chicote estaba medio vacío aquella tarde. Pedí un vermú rojo, aunque no eran horas, y Antonio Romero me miró con condescendencia mientras me servía.

—Tienes mala cara.

—La noche fue larga…

—Pues ahí entra alguien que también acaba de levantarse…

Otra vez un viento cálido me agitó las solapas del abrigo. Un viento de verano, a finales de diciembre, un viento foehn en medio de aquel frío intenso de aguanieve que convertía la Gran Vía en un lugar hostil para el paseo. Era como si el dragón de la casa de Mondoñedo hubiera abierto un momento la boca y hubiera dejado salir una lengua de lava; como si la puerta de una estufa de leña hubiera liberado el calor de la combustión; una danza ritual; una canción de hielo y fuego.

Cuando me giré y miré hacia la puerta giratoria casi esperaba encontrarme con Amalia, pero era Frank Sinatra el que entraba en el local con una sonrisa deslumbrante, irreal, y venía acompañado de una mujer de piernas interminables, mucho más alta que él, una mujer hermosa y vulgar que reía de forma escandalosa para que todo el mundo en el Chicote se diera la vuelta y la viera del brazo del cantante. Todo un triunfo.

Sinatra echó un vistazo al local y en cuanto me reconoció vino directo hacia mí con la chica de las piernas largas de su brazo. Me eché hacia atrás en un gesto intuitivo, sin ninguna escapatoria, y cuando le aseguré, con mi pobre inglés, que no les iba a tomar ninguna fotografía, no quería acabar como el mayor de los Lozano en la Cervecería Alemana, me dijo:

—*Take a picture, damn!* —Y le plantó un beso a la chica.

Si Sinatra quería darle celos a Ava con aquella mujer, se arrepintió enseguida. Sentado en una mesa, se hartó muy pronto de la cháchara y de la risa de su acompañante. Dejó un billete, esbozó una disculpa y se levantó para acercarse a mí. Antonio Romero, que acababa de tener una larga conversación con Perico Chicote sobre los suministros para la Nochevieja, me tradujo esta vez sus palabras.

—Te está pidiendo que rompas la fotografía que les has tomado antes, Vicente.

—Ah, ¿sí?

Y yo abrí la cámara delante de Sinatra y le entregué el carrete.

Justo antes de la hora del cierre —tan solo quedaban dos chicas de alterne entretenidas con clientes que no querían volver a casa—, el chaval que vigilaba los coches vino a decirme que el Chevrolet no se había movido en toda la noche. Le pagué. Y en cuanto salió por la puerta, Perico Chicote, que no había perdido detalle de la escena con Sinatra, se acercó a mí y con un gesto de cabeza me pidió que le acompañara al sótano, donde guardaba su colección de licores. Descendimos las escaleras, nos sentamos en silencio junto a un estante lleno de botellas y delante de mí preparó dos combinados de ginebra con *ginger ale* y anís del mono.

—¿Cómo te llamas?

—Vicente.

—Vicente, a esta invita la casa —me dijo antes de brindar conmigo. Y fue su forma de darme las gracias.

12

Me despedí de Perico Chicote de madrugada, caminé por la Gran Vía hacia la calle de la Montera bajo una lluvia persistente, y el coche blanco seguía allí, con aquel radiador tan singular que tenían los Chevrolet Bel Air del 51 y los neumáticos adornados con una franja más clara, como si llevaran puestos unos calcetines. Llamaba tanto la atención aquel auto americano aparcado en una calle de Madrid que lo contemplé como si no estuviera allí en realidad y solo fuera un destello de magia. Un espejismo. Entonces levanté la cabeza hacia el edificio de la Telefónica. La lluvia desdibujaba sus contornos, envuelto en la luz espectral de las farolas hasta desaparecer en la oscuridad. Parecía tan fuera de lugar como el automóvil blanco de Ramón Quiroga.

Así me había sentido, fuera de lugar, la tarde en que acompañé a Nilamón Toral a cenar en el hotel Gran Vía con la reportera Virginia Cowles en la primavera del 37. Una andanada de obuses del quince y medio procedentes del cerro de Garabitas, en la Casa de Campo, había sacudido el edificio de la Telefónica. La fachada tembló. La portada neobarroca, único detalle de arquitectura española en el rascacielos escalonado, como los de Manhattan, se agitó igual que si le hubieran retirado una capa de polvo. Cayeron cascotes sobre los sacos terreros de la puerta. Los transeúntes buscaron cobijo en los aleros de otros edificios. Y el comandante Toral, un comunista que se había hecho cargo de la antigua Columna Mangada después de los combates en la sierra de Gredos porque era buen estratega, me pidió que detuviera el automóvil antes de que otro obús nos despanzurrara. A la carrera salimos del auto y nos refugiamos en el portal del hotel, siempre vigilado por milicianos y guardias de asalto, después de esquivar a un hombre abatido por la metralla en mitad de la avenida.

Un hombre con la cabeza abierta.

Durante la guerra, el edificio de la Telefónica se encontraba vacío a partir del piso octavo para que sus trabajadores no corrieran riesgos, y los sótanos eran un refugio antiaéreo. Los corresponsales extranjeros transmitían sus textos desde la cuarta planta y en la quinta se encontraba la Oficina de Información y Propaganda que dirigía Arturo Barea, el de *La forja de un rebelde* que han puesto hace poco por

televisión. Por el día tenían prioridad los cables diplomáticos, por eso los periodistas esperaban al anochecer para enviar sus crónicas. Cuando llegamos al hotel Gran Vía, en medio del ataque artillero, Virginia Cowles aún no había salido del edificio.

Se ahorró un triste espectáculo.

«No lo mires», me pidió Nilamón en el momento en que saltamos por encima del muerto en la avenida cubierta de polvo, donde aún retumbaban los impactos de la artillería. Pero ya lo había hecho. Lo había mirado.

Por eso apenas probé bocado en la cena.

Yo era el chófer, el mecanógrafo, el asistente, el fotógrafo también cuando hacía falta, del comandante de milicias Nilamón Toral; un tipo alto, apuesto, robusto, de espaldas muy anchas, mirada noble, afable de trato, valiente y con indudables dotes de mando. Y era mi responsabilidad cuidar del automóvil. Cuando terminó el bombardeo, tuve que salir del vestíbulo del hotel donde nos habíamos refugiado para comprobar que seguía entero.

No había sufrido ningún desperfecto. Así que lo estacioné en la calle de la Montera, más resguardada de la artillería, mientras retiraban al hombre muerto de la calle. Apenas me había bajado del coche y vuelto a la Gran Vía cuando una mujer morena, vestida con falda y tacones, salió del edificio de la Telefónica y cruzó la avenida a buen paso acompañada de dos hombres con el mismo aspecto de forasteros. Aquella mujer tan guapa, tan estilosa y con tantas agallas, Virgina Cowles se llamaba, no encajaba en una ciudad en guerra como era Madrid, asediada por el hambre, la miseria y las tropas sublevadas del general Franco.

Como tampoco encajaba Nilamón Toral en las milicias, era evidente. En esta historia, Pedro, todos estamos un poco fuera de lugar.

13

—Así que fue usted boxeador antes de la guerra… —Fue lo primero que le dijo Virginia Cowles a Nilamón Toral cuando enseñamos nuestros pases en la puerta del restaurante y nos reunimos en una mesa del sótano para empezar la entrevista, a la espera de que nos sirvieran la cena.

—Campeón de España de los pesos medios —le confirmó Nilamón con voz rotunda.

—Y empresario…

—Si me va a preguntar, señorita Cowles, si es cierto que tengo dos millones setecientas cincuenta mil pesetas, como van diciendo por ahí, lo es, en parte gracias al boxeo. Y en parte gracias a mi empresa. Antes de la guerra trabajaba con un socio francés, éramos dueños de una panificadora y nos dedicábamos a la compra-venta de cereales. Ese dinero aportaba liquidez a nuestro negocio. Ahora soy miliciano.

—¿Y cómo pasa uno de ser empresario, vestir traje, corbata y sombrero, a abrazar el comunismo? No es usted un miliciano al uso…

—En Valdemoro, cuando dejé de boxear, conocí la vida de los campesinos. Algunos me llamaban el padre de los pobres, otros me tenían por loco, porque estaba siempre con ellos. Cuando los fascistas se sublevaron me enrolé en las milicias. Soy miembro de las Juventudes Socialistas Unificadas desde 1932, además, y no veo por qué tendría que haber sido un obstáculo el dinero que he ganado con mi esfuerzo.

—Es que parece una contradicción que sea usted millonario y miliciano a la vez. Millonario y comunista. Y el año pasado demostró que también es un buen táctico durante los combates de la Columna Mangada en la sierra.

—¿Por eso quería usted entrevistarme?

—Es usted un hombre muy singular, señor Toral, se lo repito. Y está ascendiendo muy rápido.

Nos trajeron la comida. Longaniza y un plato de alubias. Lo mismo para todos. No era gran cosa. De hecho, estoy seguro de que un hombre tan corpulento como Nilamón se tuvo que quedar con hambre, pero era mucho mejor que lo que comía aquellos días la mayoría de los madrileños.

—No tengo apetito —me disculpé ante mi comandante cuando vio que no le hacía caso a las alubias. Tampoco a la longaniza.

Una película densa de humo de tabaco saturaba la atmósfera del sótano y difuminaba los rostros de la clientela. A ratos me recordaba

los reflejos del Café Barbieri en un tiempo no tan lejano. Y todo el mundo hablaba en alto allí abajo, hasta que el sonido de un obús en la calle interrumpió las conversaciones. Fue solo un momento de silencio, porque un miliciano, un bravucón o quizá solo un insensato, elevó la voz, levantó un vaso de vino y gritó: «¡Viva Rusia!», socarrón.

Al siguiente impacto, fue un coro de vasos el que se levantó en todas las mesas en medio de un brindis entusiasta que desconcertó por completo a Virginia Cowles. Sonó un tercer bombazo aún más cerca que hizo estremecer las paredes. Y un camarero, desafiante, gritó a todo pulmón que la siguiente ronda en aquel restaurante del Gobierno iba por cuenta de la casa, lo que provocó un aluvión de aplausos, un estallido de gritos de júbilo, como si una invitación a beber bastara para ganar la guerra.

El bombardeo cesó después de cinco minutos. La noche se echaba encima de Madrid y los artilleros de Franco también hacían un parón en su ofensiva.

—Después de la victoria de Guadalajara, ¿prepara el Gobierno una ofensiva para aflojar el nudo que los rebeldes quieren trenzar sobre Madrid? —le preguntó Virgina a Nilamón cuando el ruido de las conversaciones reconquistó el sótano.

—No estoy en el Gobierno. Y aunque lo estuviera nunca le respondería a esa cuestión. Ni usted debería preguntar con tanta alegría. Alguien podría pensar que es una espía.

—¿Espía? ¡Soy periodista!

—Y me imagino que ahí enfrente hay unos censores que revisan lo que quiere publicar para no darle pistas al enemigo.

—Eso es cierto. Nos dejan contar historias humanas, hablar con las víctimas, describir los bombardeos, pero nada de reseñar movimientos de tropas.

—Entonces no me pregunte lo que tampoco sé. Soy un soldado y cumplo órdenes. Iré donde me pidan que vaya.

Virginia parecía hambrienta.

—¿No va usted a comer? —me preguntó después de encajar la última respuesta de Nilamón Toral.

—Sírvase, por favor —le dije.

—Discúlpenme. No he comido nada en todo el día y desde que estoy en Madrid es la primera vez que veo que no sirven la longaniza con arroz.

—Pensaba que la prensa extranjera tenía más facilidades para comer… —habló Nilamón, que esa noche vestía pantalones y botas de montar, y una chaqueta de cuero que después usaría durante la ofensiva de Belchite. Aún no sabíamos que ese iba a ser el próximo

destino de la brigada.

—Hoy he estado en el hotel Palace —nos contó Virginia mientras metía la cuchara en mi plato de alubias— y no he tenido tiempo ni estómago para comer.

Nilamón puso cara de no entender lo que decía.

—¿No sabe usted que el Palace y el Ritz son hospitales de sangre? —le preguntó Cowles.

—No caía en la cuenta…

—Encontré el Palace desbordado de heridos por todas partes. Los escalones, salpicados de sangre; el vestíbulo, abarrotado de camillas a la espera de que quedara libre algún quirófano —nos explicó la reportera, a la vez que dejaba la cuchara sobre la mesa como si se hubiera arrepentido de su repentino apetito—. Las enfermeras —continuó— entraban y salían de las habitaciones donde operaban a esos hombres como si fueran salones de fumadores. Ninguna usaba uniforme y casi todas llevaban el pelo rubio oxigenado, las manos sucias, las uñas pintadas de rojo…

—Bueno…, la enfermería ha sido una profesión limitada a las monjas en este país, señorita Cowles. Y ya sabe de qué pie cojean. Me imagino que los médicos habrán tenido que echar mano de cualquier mujer dispuesta a ayudar…

—Hay mujeres que sirven para todo, ¿verdad? —afirmó Virginia, que parecía ir a por todas—. Para el placer y para el dolor. ¿A usted también le resulta raro que una mujer como yo escriba de la guerra?

—Hemos tenido mujeres en la milicia al comienzo de la guerra. Pero no estoy seguro de que tener la oportunidad de que te maten sea un derecho o un privilegio —le respondió Nilamón.

—¿Y tener la oportunidad de mandar? ¿Se imagina una generala dándole órdenes?

Nilamón parecía desconcertado por la orientación que tomaba la charla.

—¿Esto también forma parte de la entrevista?

—No. No creo que me vaya a contar nada que le interese a mi periódico, señor Toral. Es usted un hombre prudente, y no es ningún reproche.

—Pues si solo estamos charlando entre amigos, déjeme decirle que La Pasionaria, el nombre lo dice todo, sería una excelente presidenta de la República.

Al final probé la longaniza. Por no volver al cuartel con las tripas vacías. Nilamón y Virginia dejaron de hablar de la guerra, y de no ser porque mi comandante tenía una novia que se llamaba Inés, con la que se casaría justo al año siguiente, hubiera jurado que había

química entre los dos. Ella le habló de *jazz*, del cine de Hollywood, las grandes avenidas de París, la niebla de Londres, los rascacielos de Nueva York. Le contó que tampoco era fácil para una mujer ser periodista en América y que el sufragio femenino todavía era reciente. Y él le dijo que España era algo más que toros, flamenco y pandereta. Le dijo que había mucha pobreza, mucha ignorancia y mucha miseria, y que no se podía esperar de la gente que no sabía leer que apreciara la música que tocaban los negros: el *jazz*, el *blues*, el *swing* que volvía locas a las chicas americanas. Y añadió también que le gustaban mucho las películas de gánsteres, los seriales del Oeste y las pantomimas de Charlot.

—Ese es inglés, mi comandante —intervine yo, que de cine sabía un poco—. Aunque también trabaja en Hollywood.

Congeniaron, sin duda. Aunque mi comandante también desconfiaba de ella. Creo que por una hora, lo que tardamos en cenar, los dos se olvidaron de que estaban allí para luchar en una guerra y para contarla.

Al acabar, Virginia sacó un paquete de cigarrillos americanos, nos ofreció, y después de pedirnos fuego soltó una bocanada de humo que en otra mujer y en otro ambiente hubiera sido vista como una provocación.

—¿Tienen coche? ¿Les apetece acompañarme al Palacio Zabálburu? —preguntó de repente. Y mi comandante se quedó otra vez descolocado—. Es la sede de la Alianza de Escritores Antifascistas, al lado de la Puerta de Alcalá. Me han invitado a un espectáculo —añadió Cowles.

—¿Un espectáculo?

—Ya sabe cómo son esos poetas. Pueden llover bombas del cielo, que siempre encontrarán un motivo y un lugar donde celebrar una fiesta.

14

¿Conoces el Palacio Zabálburu, Pedro? Está intacto, entre la Castellana y la Puerta de Alcalá, muy cerca de la Embajada de Francia. Es una mansión neogótica de ladrillo rojo, con un balcón acristalado en el chaflán que recuerda a los ventanales de un castillo. Su dueño era un marqués, o un conde, no sé muy bien, que había huido de Madrid al comienzo de la guerra por miedo a que lo pasearan. El Gobierno había incautado el edificio y allí se alojaban escritores, poetas, periodistas, fotógrafos, artistas que se organizaban como en un ateneo y editaban una revista, *El mono azul*, en homenaje a la vestimenta de los milicianos.

Aquel era el reino de Alberti y de María Teresa León. Lorca estaba muerto y ya no podía hacerles sombra. Miguel Hernández, el poeta cabrero, era ahora el poeta soldado y pasaba más tiempo en las trincheras. Y José Bergamín, luego supe que era el albacea de los versos de *Poeta en Nueva York*, se había convertido en el poeta con pistola. Daba miedo.

Pero también andaban por allí María Zambrano y Rosa Chacel, mucho más pacíficas, y Pablo Neruda, que ya había escrito los versos más tristes, y Luis Cernuda, ocupado en los placeres prohibidos. De vez en cuando invitaban a quedarse a reporteras extranjeras como Gerda Taro, la novia de Robert Capa, que también tomaba fotografías, y me pregunto a dónde hubiera llegado si un tanque no le hubiera aplastado las piernas a comienzos del verano, aquel mismo año. Más de una imagen atribuida a Capa, que se llevó toda la fama, era suya, no tengo ninguna duda. Pero quién se acuerda hoy de ella…

—Tenemos coche, claro que sí. Y la acercaremos —le dijo Nilamón a Virginia Cowles mientras encendía el cigarro que le había ofrecido la periodista, vestida con uno de sus trajes sastre que tanto llamaban la atención en una ciudad en guerra. Yo también fumé, y el humo de mi cigarrillo se mezcló con el tabaco de los milicianos, de los oficiales del Ejército republicano, de los periodistas extranjeros y las prostitutas que siempre se las arreglaban para colarse del brazo de alguno de ellos y cenar arroz con longaniza. «Así se nos va la vida —pensé mientras el humo se desvanecía—. Esto es lo que queda de nosotros».

Y supongo que todavía estaba sugestionado por la visión del hombre con la cabeza abierta por un trozo de metralla en la Gran Vía.

Los tapices y los cuadros antiguos de los condes, o los marqueses, no

sé, y las pomposas cortinas de terciopelo morado de sus dueños anteriores todavía colgaban de las paredes y de las ventanas de Palacio Zabálburu cuando entramos en la mansión unos minutos después. Nilamón, que quería llegar pronto al cuartel y no le iban las fiestas, se despidió de Virginia en la puerta, pero me pidió, con toda la discreción que pudo, que hiciera el favor de quedarme allí toda la noche y no le quitará ojo a la reportera yanqui. Me dijo, mientras Virginia nos miraba de reojo desde el umbral, que estuviera atento.

—Pon la oreja, Vicente, y mañana me cuentas qué es lo que va preguntando esta mujer. Parece buena chica, pero no te dejes engañar por las apariencias. Yo llevaré el coche al cuartel.

Unos segundos antes se había despedido de la Cowles con un apretón de manos, y estoy seguro de que no mentía cuando le dijo que había sido una cena estupenda, a pesar de la longaniza, y que le había encantado conversar con ella.

—¿De verdad que no va a entrar? ¿No le gustaría echarle un vistazo a la fiesta? —le preguntó la periodista.

—No soy de los que trasnochan —le respondió Nilamón. Y me pareció que retenía más tiempo de lo normal la mano de la americana.

—Entonces espero verle otra vez, comandante —replicó Virginia. Y Nilamón asintió con la cabeza mientras, entonces sí, dejaba ir la mano de la reportera.

Nunca había entrado en un palacio y aquellos muebles de madera tan recios, tan castellanos, los cortinajes, la rejería, las pinturas, las sillas con respaldos alargados, los techos altos, las puertas de madera tan gruesas me hicieron sentir pequeño. Pero allí ya no había ningún marqués, y aunque los criados de la casa seguían viviendo en el edificio y se ocupaban de la limpieza y de las cocinas, ya no eran sirvientes ni lacayos, eran ciudadanos, camaradas, eso nos dijo Alberti cuando acudió a recibirnos a la puerta.

—¡Genny! Qué a tiempo has venido… Estábamos a punto de vestirnos. ¿Quién es tu amigo?

—Es el chófer de Nilamón Toral.

—Vicente Yebra —me presenté.

—Pues no os quedéis ahí. Pasad y dejad que os enseñe esto. ¿Nilamón Toral es el comandante de milicianos que querías entrevistar?

—Fue boxeador y no ha dejado de ser millonario. Sus hombres le respetan. ¿No es así, señor Yebra?

—El comandante Nilamón sabe lo que hace. No juega a la ruleta rusa cuando empiezan los tiros —le respondí. Y me guardé mucho de decirle al gaditano que en realidad yo solo salía de las oficinas de la brigada cuando había que conducir el coche del comandante.

—¿Y no ha querido entrar? —preguntó Alberti, que también

desprendía luz, pero más opaca que la de Lorca—. Seguro que Miguel le escribiría un buen soneto.

—¿Miguel? —preguntó Cowles mientras nos ofrecía cigarrillos otra vez.

—Nuestro Miguel Hernández, el rayo que no cesa… —le explicó Alberti con voz engolada—. Es un genio con el endecasílabo y los tercetos encadenados. ¿Queréis que os enseñe la biblioteca? Nos da tiempo.

Nos hizo pasar a través de una serie de habitaciones oscuras con artesonados de madera, muebles solemnes de estilo imperio, consolas doradas en los pasillos, lámparas de cristal con forma de araña, jarrones orientales, tapices de Goya y el Greco, retratos familiares —«Firmados por Sorolla y Madrazo», nos explicó—, espejos de orfebrería, esculturas clásicas, tallas de madera, bargueños, hasta que nos condujo a una escalera de caracol sinuosa que daba vértigo pisar. En lugar de subir los peldaños, entramos en un cuarto lleno de armaduras y cotas de malla que ya no se encontraban en ningún museo. Nada de aquello ayudaba a que el edificio pareciera un lugar acogedor.

Pero a Alberti le gustaba.

—¿No os parece fabuloso?

Y claro que era fabuloso. Atravesamos el salón de armas y desde las escaleras del sótano apareció un tipo vestido de torero. De torero, sí, no me miréis con esas caras. De torero con chaquetilla dorada y pantalones prietos. Y después emergió una mujer con un vestido de lunares y volantes, y luego otra con un mantón, un zarcillo y una peineta, y un cigarro en la boca.

Cuando salimos a un corredor y alguien encendió una luz, me di cuenta de que el torero era un hombre de color.

—Genny, te presentó a Leighton Hugges, un compatriota tuyo —le dijo Alberti. Y después se dirigió al norteamericano—: Ve poniendo tus discos de *jazz* en el comedor, Leighton, haz el favor, y dile a María Teresa que les estoy enseñando el «castillo» a unos amigos.

El *jazz* comenzó a sonar en algún gramófono mientras Rafael nos mostraba las habitaciones nobles: el dormitorio donde habían instalado la redacción de *El mono azul* después de arrinconar la cama con dosel de los marqueses, el salón de fumadores, que conservaba una mesa de caoba intacta, el invernadero, habitado por plantas exuberantes, y una biblioteca de veinte mil libros, nos dijo, y docenas de incunables que incluían algunos manuscritos de Quevedo y de Lope de Vega.

—Es fantástico, ¿verdad? —exclamó Alberti—. Un verdadero laberinto de libros.

Virginia asintió. La biblioteca ocupaba una enorme sala con dos

grandes ventanales atravesados por ráfagas de luz, al fondo del corredor. Y parecía a salvo de la guerra.

Pero Cowles no estaba tan impresionada y no se movió de la puerta mientras yo avanzaba unos pasos, me detenía en el ángulo muerto que formaban dos estanterías y en lugar de fijarme en los hermosos incunables, en los códices y los grabados, o en las primeras ediciones de los grandes clásicos, abría la puerta acristalada y cogía un manuscrito como si fuera un imán para mi mano. *Poeta en Nueva York*, leí.

Si José Bergamín era el albacea de aquellos versos, el armario acristalado de la biblioteca, al alcance de cualquiera, no era el lugar más discreto donde custodiarlos. Abrí el manuscrito por una página marcada. «Parece una dentellada», murmuré, y empecé a leer *Grito hacia Roma*.

> *Manzanas levemente heridas por finos espadines de plata; nubes rasgadas por la mano de coral que lleva en el dorso una almendra de fuego…*

Y al terminar el último verso noté una ligera quemazón en los dedos.

—Ya tendrás tiempo de leer eso, muchacho —me dijo Alberti desde la puerta de la biblioteca. Y me sacó del ensimismamiento en el que había caído—. Puedes llevártelo si quieres —añadió—. No creo que a los marqueses les importe demasiado.

Me pareció un comentario de mal gusto y bajé la vista de nuevo hacia los versos de Lorca.

> *Porque ya no hay quien reparta el pan y el vino*
> *ni quien cultive hierbas en la boca de un muerto*.

Y me imaginé que era verdad que Federico estaba muerto, como se rumoreaba por todo Madrid. Y que las hierbas le crecían en la boca.

—Ese cuarto no os lo muestro —nos dijo Alberti cuando salimos de la biblioteca—. Es donde Gerda revela sus fotos.

—¿Gerda Taro? —preguntó Virginia—. ¿La conoces?

—He hablado con su novio. Capa se ha ido a París unos días. Pero volverá pronto. No le gusta dejar a Gerda aquí, aunque un muchacho de las Brigadas Internacionales que está loco por ella, Ted Allan, la acompañe a todas partes.

—No creo que necesite ningún ángel de la guarda. ¿Está Gerda en la mansión? —preguntó Virginia Cowles.

—Se ha ido al frente. Pero esta mañana me dijo que vendría a dormir. Me está enseñando a tomar fotografías —respondió Alberti—. Acompañadme. Tengo que enseñaros los vestidores.

Avanzamos por un nuevo pasillo, yo andaba desorientado, y enseguida entramos en otra estancia, jalonada de perchas vacías,

como un enorme armario abierto.

—Los marqueses tenían aquí más de mil camisas que donamos al Socorro Rojo. Pero los trajes, más de cuatrocientos, nos los hemos quedado. ¿Qué podrían hacer con esto en el Socorro Rojo? —se preguntó. Y nos enseñó un vestido de caballero calatravo a la vez que soltaba una carcajada.

Alberti nos animó a vestirnos con alguno de aquellos ropajes.

—Esta noche tenemos baile de disfraces —nos explicó, pero no le hicimos caso. Y con el vestido de caballero calatravo en las manos, nos guió a continuación hasta el suntuoso salón de baile que hacía las veces de comedor, con un encerado lleno de consignas en el fondo del cuarto. La estancia estaba abarrotada de hombres y mujeres, artistas, cartelistas, poetas, fotógrafos, periodistas y alguna prostituta no muy diferente de las que había visto en el restaurante del hotel Gran Vía. Todos conversaban en voz alta, mientras fumaban cigarros, para que el sonido del disco que giraba en el gramófono no ahogara sus palabras.

Todavía quedaban restos de comida sobre la mesa, me fijé, platos de arroz otra vez, botellas de vino abiertas, copas de cristal de Bohemia volcadas sobre el mantel, cubiertos de plata y una vajilla de porcelana que nadie se había molestado en recoger.

Entonces entró un soldado en el cuarto, un hombre vestido con el mono azul de los milicianos que debía venir de alguna trinchera en la Ciudad Universitaria, y comenzó a mirar a todo el mundo con evidente desprecio. Alberti lo vio y le invitó a unirse a nuestro grupo. Pero el hombre joven, con el pelo rapado, los ojos muy grandes, como dos almendras feroces, se acercó, le tomó del brazo y le comentó algo en voz baja.

—¿Por qué no lo dices en alto, para que todos puedan escucharte? —le invitó Alberti, visiblemente molesto.

Y el miliciano se abalanzó sobre el encerado que presidía la habitación, borró las consignas de un manotazo y escribió, con trazo firme y gesto seco:

«AQUÍ HAY MUCHA PUTA Y MUCHO HIJO DE PUTA».

La sala se quedó en silencio después de que todos los presentes leyeran lo que había escrito Miguel Hernández.

La escritora María Teresa León se levantó de la mesa, apartó a su marido con brusquedad y se encaró con el poeta de Orihuela.

—No tienes derecho a hablar así de ninguna mujer de la Alianza, Miguel. Eso no es de hombres —le reprochó enfadada.

—Ni lo que haces tú es de mujeres —le contestó Miguel Hernández, fuera de sí.

Y María Teresa, presa de un arrebato, le dio un puñetazo tan fuerte que el poeta se trastabilló y cayó sobre una silla con un hilo de sangre en la boca.

Aquello era demasiado para mí. Sentí, literalmente, que me habían golpeado a mí, que me habían vuelto a partir la nariz. Así que salí de allí mientras se formaba un tumulto en torno al poeta. Me olvidé de Virginia Cowles, que sin duda no era ninguna espía, y después de caminar unos pasos por el pasillo mal iluminado, otra vez desorientado, me planté ante la escalera de caracol.

Pensé los versos de Lorca en la biblioteca, subí un peldaño, dos, casi se me fue la cabeza, y cuando me quise dar cuenta había completado la espiral de escalones y me encontraba en el segundo piso, en medio de una salita en penumbra, con un tresillo de estilo indeterminado, una nueva mesa de caoba, dos sillas vistosas y, al fondo de la estancia, en la esquina del chaflán, un piano de cola.

En silencio.

15

Me acerqué al piano. Rocé la tapa del teclado con los dedos, melancólico. De nuevo sentí un cosquilleo. Hice un esfuerzo por taponar todos los recuerdos que me venían de repente a la cabeza, como borbotones de una herida. ¿Cuándo acabaría la guerra?, me pregunté. Y me asomé a la ventana a tiempo de ver cómo una sombra salía por la puerta principal del palacio, parecía Miguel Hernández, y desaparecía de mi vista calle abajo, camino de la Castellana. Al momento volvieron a sonar los discos de *jazz*, el rumor de las conversaciones y alguna risa fuera de lugar.

Decidí que aquel tampoco era mi sitio y, sin despedirme de nadie, descendí las escaleras de caracol, atravesé el pasillo, pasé de largo por la entrada del comedor, donde continuaba el baile de disfraces, y abrí la puerta de la calle para seguir los pasos de Miguel Hernández y perderme en la ciudad dormida.

—¡Santo y seña! —me pidieron dos milicianos cuando llegué a la altura de la estatua de la Cibeles, protegida con sacos de tierra, irreconocible por las precauciones de la guerra—. ¡Santo y seña!

—Esperad, burros, que no es así —les corrigió un tercer hombre que salió de la penumbra, con la avenida vacía, la ciudad silenciosa—. Primero hay que dar el alto y preguntar quién vive. Y a continuación ofrecer el pie a la respuesta. ¿A dónde vamos? —me interrogó aquel hombre oscuro mientras se volvía hacia mí.

—A la victoria —le dije sin dudarlo. No había olvidado la contraseña que nos habían facilitado al salir del acuartelamiento para circular por Madrid aquella noche.

—De acuerdo, camarada. Puedes seguir. Pero yo tendría cuidado. La noche está demasiado tranquila —me respondió.

Y continué mi camino.

Me acerqué a la plaza del Rey. Estaba muy cerca. Y miré hacia la sombra quieta de la Casa de las Siete Chimeneas, cerrada a cal y canto a esas horas. El edificio del Club Lyceum seguía abierto por el día, a pesar de la guerra, pero no tenía claro a qué se dedicaba ahora. Y a esas alturas ya sabía que María de Maeztu había dimitido y había huido finalmente de Madrid tras el asesinato de su hermano Ramiro, monárquico de Renovación Española.

El club de «las maridas»; había quien llamaba así despectivamente a aquella hermandad de mujeres porque la mayoría de sus socias eran esposas de intelectuales. «No puedo dar una charla a tontas y a locas», se había excusado el premio Nobel Jacinto Benavente para

despreciarlas a todas con una gracieta cuando le invitaron a dar una conferencia. El club de las excéntricas.

Y allí dentro reposaba otro piano de cola. Un instrumento que había enmudecido con la guerra.

Al final levanté la cabeza hacia el tejado, observé con detalle el perfil de las siete chimeneas, y me senté en un banco a esperar la llegada del amanecer o la aparición de un viejo fantasma.

¿Sabes, Pedro? El edificio de la Telefónica, en la Gran Vía, también tiene su propio fantasma. Hay una leyenda que dice que en la planta trece un niño se aparece a los empleados algunas noches. Le llaman Goyito y era uno de los albañiles que construyeron el rascacielos. Goyito se cayó del andamio cuando las obras estaban muy avanzadas y se estampó contra la Gran Vía. Un horror, ¿verdad?

De pie, bajo la lluvia, junto al Chevrolet blanco de don Ramón, pensé por un momento en esa historia macabra mientras recordaba la noche en la que me había sentado en un banco ante la Casa de las Siete Chimeneas, en plena guerra, para echar de menos a Amalia Quiroga.

Aquella había sido la primera vez que había deseado con todas mis fuerzas que la guerra se acabara pronto, ganara quien la ganara, para subirme a un tren y buscar a Amalia en Mondoñedo. Pero todavía nos quedaba lo peor por delante. El hambre, la batalla interminable en la Ciudad Universitaria, nuevos bombardeos de la aviación y, sobre todo, días de intenso fuego de artillería desde el cerro de Garabitas, el lugar desde el que llenaban la Gran Vía de obuses del quince y medio.

Dos años de miseria todavía. Y después, la derrota. La cárcel. El miedo. El empleo en la platería. Las cucharas de estraperlo y el viaje en el tren correo del norte, quién sabe si también rodeado de fantasmas.

La esquina del tejado de la antigua sede del Club Lyceum seguía sumida en la oscuridad aquella noche en la que dejé el Palacio Zabálburu. Pero de repente comenzó a salir humo de una de las siete chimeneas. Un humo blanco, intenso, que se elevó sobre el cielo de Madrid como si fuera una señal. Como si algo estuviera a punto de suceder, sí.

¿Alguien se había colado en el edificio a esas horas? ¿Seguía siendo un club femenino o se había convertido en otro de esos inmuebles incautados por las milicias, convertidos en cuarteles, en residencias de combatientes?

Me acerqué a la puerta principal y para mi sorpresa descubrí que estaba entreabierta. Empujé despacio, lo suficiente para colarme dentro, y me dejé envolver por la oscuridad.

Las contraventanas estaban cerradas y apenas dejaban pasar una claridad muy leve desde la calle. Recordaba muy bien cómo era la casa y avancé con prudencia para no tropezar con los muebles. Estaba pendiente del menor sonido, con todos los sentidos alerta. De hecho, estaba convencido de que en cualquier momento escucharía las teclas del piano en el salón.

Sugestionado, entré en la estancia y todavía se encontraba allí el piano de cola, cubierto por una sábana. Enmudecido.

En ese momento distinguí un hilo de luz bajo la puerta que conducía a la habitación donde Amalia me había besado por primera vez. Caminé hacia allí, había alguien al otro lado, sin duda. Y cuando abrí descubrí una chimenea encendida en la que no había reparado la otra vez, las lenguas de fuego, el humo que flotaba por toda la habitación y una figura de mujer, una sombra desconocida, que temblaba de frío y extendía las manos hacia las llamas para calentarse.

—¿Amalia? —pregunté. Pero sabía perfectamente que no era ella.

La mujer se volvió, un golpe de viento avivó el fuego, las llamas treparon por sus cabellos, bailaron un momento sobre la repisa, hasta que la emanación procedente de la chimenea, que no tiraba bien, se extendió por toda la habitación y devoró su figura. Antes de que se desvaneciera por completo y el humo la devolviera a la pared, me dio tiempo a ver que estaba llorando.

16

—Guau, Vicente. Al final nos estás contando un cuento de fantasmas. Me encanta, pero no es mi género.

—No he vuelto a entrar en la Casa de las Siete Chimeneas. No soportaba la desolación en la cara de aquella mujer. Y la noche en que me acordé de ella, años después frente al edificio de la Telefónica, me pregunté en qué momento había comenzado a ver fantasmas, a pensar en sirenas, en alas rotas, en leones de piedra, a sufrir alucinaciones y a caer en el delirio...

—¿En el momento en que Amalia interpretó *El amor brujo*...?

Y allí estaba el automóvil blanco de Ramón Quiroga, aparcado en la calle de la Montera, inmóvil.

Algo hizo clic dentro de mi cabeza. Y entonces sí, llevado por primera vez en mucho tiempo por uno de aquellos impulsos de mi juventud, entré de nuevo en la recepción del hotel Gran Vía, dejé un billete en el mostrador y a bocajarro le pregunté al conserje si el señor don Ramón Quiroga se encontraba en su habitación.

—El señor Quiroga ha salido. Y no le he visto volver en toda la noche —me respondió sin desdeñar la propina.

Asentí. Y convencido de que no me equivocaba, salí a la calle y comencé a caminar los trescientos metros escasos que separaban el hotel Gran Vía del Pasapoga. No merecía la pena mover un coche bien aparcado si uno podía llegar a su destino en menos de cinco minutos a pie.

Me hicieron pagar la entrada esta vez. «Pasaypaga». Y pasé. Recorrí todas las mesas con la vista, observé a todos los clientes y, como esperaba, encontré a Ramón Quiroga sentado en el mismo lugar de privilegio que el día anterior, solo mientras aguardaba el siguiente número, la siguiente canción, antes de que la sala de fiestas cerrara y diera por concluida la noche.

Me senté en una mesa libre a su espalda decidido a no quitarle un ojo de encima. El grupo de baile que actuaba se retiró del escenario y, mientras la sala aplaudía a rabiar, el presentador anunció una última sesión con la Orquesta de Xavier Cugat, venida de América para hacerles más felices las fiestas a los madrileños. Se descorrieron unas cortinas, una pareja que se cruzó delante de mí me tapó la espalda de don Ramón Quiroga y por un momento me pareció, no podía ser, que la chica que iba del brazo de un tipo apuesto, de uno de aquellos canallas con bigotito a lo Alfredo Mayo que tenía tan calados después de muchas noches en bares y tablaos, era Celia, mi sobrina Celia, que

por fin había encontrado quien la llevara al Pasapoga.

Iba a levantarme para decirle algo: ¿qué haces aquí?, ¿quién es este desgraciado con el que vas tan agarrada?, estas no son horas para una chica decente, ¿saben tus padres por dónde andas?…, cuando detrás de las cortinas, detrás de la primera fila de músicos, emergió, era ella sin duda, la figura de Amalia Quiroga sentada al piano y con un vestido de noche imponente que le dejaba toda la espalda al descubierto.

Era un vestido negro que brillaba en el escenario igual que una perla oscura. Un vestido de lentejuelas, o de escamas, más bien, con ribetes dorados. Amalia estaba sentada en su banqueta, con las manos en el teclado, y la cola de su vestidura reposaba sobre el suelo.

El director de la orquesta, con su bigote fino, su aspecto de sátiro y su inseparable perrito chihuahua, presentó a la cantante, su nueva esposa, Abbe Lane, una mujer muy hermosa, con los ojos de color café y el pelo rojo también, que sostenía el micrófono enfundada en un vestido de tirantes plateado, muy ceñido a las caderas y con un escote generoso. Después hizo lo mismo con las chicas de los coros, tres muchachas altas, muy delgadas, que se movían como juncos. Y llegó el turno de Amalia, no me había equivocado. Aunque Cugat pronunció otro nombre que ahora no recuerdo.

Y Amalia se incorporó para saludar, la cola de su vestido barrió el escenario, y bajo la falda aparecieron sus piernas y unos zapatos de tacón muy altos y muy finos que estilizaban sus tobillos y sus pantorrillas. Dejé salir un suspiro.

La orquesta se puso a tocar un chachachá, o como quiera que se llame ese ritmo latino que tanto le gustaba a Xavier Cugat, mientras Abbe Lane comenzaba a cantar en castellano, Amalia acompañaba al piano sin ningún lucimiento y la pista de baile más grande del Pasapoga se llenaba de parejas. No era lo mío aquel sonido tan exagerado, y durante todo el tiempo que duró la actuación —el chachachá dejó paso a una rumba, a un mambo, una conga, una samba, un merengue, una cumbia…— no le quité ojo a la pianista. Don Ramón Quiroga tampoco.

Muy de madrugada, cuando la afluencia de público en la pista empezó a menguar, la dirección de la sala anunció la hora del cierre. La orquesta dejó de tocar. Cugat se despidió del público con una reverencia, acunado por los aplausos. Abbe Lane también se inclinó, satisfecha. Y Amalia, en la distancia no parecía que el tiempo hubiera hecho mella en su rostro, se levantó de la banqueta, saludó con elegancia y abandonó el escenario detrás de los músicos mientras arrastraba la cola negra de su vestido de lentejuelas ribeteadas con

hilo de oro y su espalda desnuda despertaba tanta admiración entre la parroquia masculina como el escote de Lane.

Don Ramón se levantó entonces de su asiento, cogió aire como si fuera a zambullirse en lo más profundo del océano y caminó hacia la puerta por donde había desaparecido Amalia, seguramente en busca de los camerinos. Y yo también salí de la pista de baile detrás de él.

Me había olvidado por completo de mi sobrina Celia y del chulo con el que la había visto del brazo.

Tengo un vago recuerdo de los camerinos del Pasapoga. Un pasillo estrecho, paredes blancas, puertas a los lados. O quizá las paredes eran de ladrillo y las puertas estaban al fondo. No sé. Quizá me lo estoy imaginando.

Entré allí detrás de Ramón Quiroga y el pasillo estaba ocupado por los músicos de la orquesta de Cugat. Algunos fumaban. Otros reían. Las tres chicas del coro tenían mucho éxito con el saxofonista, el contrabajo y el hombre que tocaba la guitarra acústica. La noche aún no se había acabado para la mayoría de ellos. Y Ramón Quiroga estaba de pie frente a una puerta. No se atrevía a entrar.

Después de unos segundos de duda, tocó en la madera con los nudillos. Pero nadie le hizo caso. Tocó más fuerte, con la palma de la mano esta vez, impaciente. Y por fin se abrió la puerta y apareció Xavier Cugat. El alivio de su cara cuando vio que era don Ramón Quiroga quien había aporreado la madera me puso en alerta.

—¿Es usted otra vez? Ya le dijimos ayer que se equivoca de persona.

—Mi hija está ahí dentro. Quiero verla.

—No sabe lo que dice. Si no se marcha ahora mismo de aquí llamaré a la policía.

—No sé nada de ella desde la guerra.

—¡Santiago, Andrew, Johnny! ¡Sacadme a este señor de aquí! —gritó Cugat, que había perdido la paciencia. Y tres de los músicos, los más fornidos de la orquesta, se acercaron y, sin mediar palabra, se llevaron en volandas al viejo Quiroga, que protestó indignado, pero no tenía la fuerza suficiente para oponerse.

—¡Usted no sabe quién soy! —gritaba mientras lo sacaban de allí.

—*What's going on*? —Escuché una voz de mujer a mi espalda. Era Abbe Lane, que había salido de su camerino al oír las voces y descubría a su marido enzarzado en una discusión a las puertas de la habitación de Amalia—. Xavier, ¿qué estás haciendo ahí? —le preguntó en castellano.

—Nada, paloma, nada… Un señor que está obsesionado con la pianista y no la deja en paz. Ahora mismo estoy contigo —le dijo. Y atravesó el pasillo para meterse con su esposa en el otro cuarto y

cerrar de un portazo.

Me quedé ante la puerta entreabierta del camerino de Amalia. Respiré profundamente también. Y entré sin llamar.

Había flores en el camerino. Una bata sobre un sillón mullido. Y los zapatos de tacón en el suelo. Amalia estaba de pie, de espaldas a la puerta, frente al espejo del tocador iluminado por un marco de bombillas blancas. Estaba allí, semidesnuda, descalza, con el vestido de lentejuelas caído sobre la cintura mientras se palpaba los pechos, y al otro lado de un biombo se distinguían las patas de una bañera.

—¿Era otra vez ese viejo? ¿O tu mujer? —preguntó—. No deberías venir así al camerino…

Yo no me había movido del umbral y cuando levantó la vista su mirada tropezó con la mía en el espejo.

—Vicente… —murmuró. Pero no había sorpresa en su voz. Y su rostro, frío, disimulaba cualquier rasgo de emoción—. Así que sigues aquí…

Dejó caer el vestido al suelo por completo y la contemplé desnuda, de espaldas a mí, mientras se cubría el pecho con el antebrazo derecho. Ni siquiera en el pórtico del Palacio de Velázquez la había visto así. Y ella no dejaba de mirarme a través del espejo, con ojos cada vez más brillantes y más incisivos. Más desafiantes…

Me dio tiempo a admirar su espalda. Amalia tenía entonces treinta y siete o treinta y ocho años y un cuerpo hermoso, la cintura estrecha, las caderas anchas, las nalgas redondeadas, las piernas esbeltas, la piel blanca, y el pelo rojo, desordenado sobre los hombros como la primera noche que la había visto tocar el piano en el Club Lyceum. Apartó el vestido de lentejuelas negras con los pies, como si se hubiera desprendido del luto o de una piel que le sobrara, pasó al otro lado del biombo, se introdujo en la bañera de agua caliente, apagó la luz y escuché cómo me decía:

—Ven.

17

El agua estaba fría cuando desperté dentro de la bañera. La luz del tocador seguía apagada. El camerino, en silencio. Amalia se había ido. Otra vez me había dejado solo.

Me incorporé aterido. Tanteé en la oscuridad en busca de una toalla. Y acerté a dar con el interruptor de la luz en la pared. Aparté el biombo. Alguien se había llevado las flores, los zapatos de tacón, el vestido de lentejuelas negras del suelo. Una bata húmeda reposaba, eso sí, sobre el respaldo de una silla y mi ropa colgaba del biombo.

Me sequé con el albornoz. Me vestí lo más deprisa que pude. Y salí al pasillo vacío. Abrí las puertas de todos los camerinos sin ver a nadie y terminé en el cuarto donde se habían metido Cugat y su esposa. Era otra habitación con biombo y bañera, muy parecida a la de Amalia. Y no había agua en el vaso. Solo una diadema olvidada.

Observé aquel objeto plateado durante unos segundos. Ni siquiera lo toqué. Cerré los ojos, asentí con la cabeza y salí por la puerta del cuarto para volver al camerino de Amalia.

Entré en la habitación unos segundos después, aparté el biombo, impaciente, y me enfrenté a la bañera llena de agua fría. Metí el brazo derecho hasta el fondo, sin dudarlo, y por un momento me imaginé que me toparía con la empuñadura de una espada mágica como en los lagos de Ávalon, o con la punta de la lanza de Longinos, o con la copa hundida del Grial…, no sé, creo que desvariaba. Por fin di con el tapón, lo levanté y el agua comenzó a desaparecer por el desagüe. Así es como se nos va la vida, pensé. Aunque no sepamos muy bien a dónde. Y cuando ya no quedó ni una gota, palpé el fondo de la bañera en busca de una escama similar a la que había encontrado en los raíles del túnel de Torre del Bierzo, una escama negra con los bordes de hilo dorado como la que había extraviado en Mondoñedo, o quizá solo una lentejuela azulada, como en la acera de la Gran Vía, a la salida del Ateneo Magerit. Pero en el fondo de la bañera no había nada, ninguna prueba de que Amalia se hubiera convertido realmente en una sirena mientras introducía las piernas en el agua y me decía «ven».

«Ven».

Y aquel verbo encerraba la promesa de otra noche de placer como la que había pasado con ella en el pórtico del Palacio de Velázquez.

De repente todo volvió a mi cabeza. Todo lo que había ocurrido dos horas antes en aquel cuarto.

El agua tibia. Los besos de Amalia. Sus manos suaves y cálidas. Su piel muy fina. Su pelo mojado sobre mis mejillas. El aroma dulce que desprendían sus cabellos, olor a caramelo. Su boca rebelde, caprichosa. Sus pechos desnudos. Sus pezones, escondidos. ¿Qué había pasado con ellos? ¿Y sus piernas? No podía recordarlo. Solo me venía a la cabeza una vaga sensación de calor, de placer intenso, un momento de plenitud, la muerte dulce de pronto, y después una sensación de abandono.

«Ven», me había dicho. Y era ella la que al final se había ido.

Subí las escaleras del Pasapoga y me encontré con la verja echada. Una luz muy débil anunciaba la inminencia del amanecer y durante un par de minutos, atrapado en la sala de fiestas y con las manos vacías, traté de poner orden en mis pensamientos. Después de quitarme la ropa y meterme en la bañera, Amalia me había abrazado en el agua, cierto, había acercado sus labios a los míos y me había besado como si me desangrara por la boca, mientras yo le acariciaba con delicadeza los pechos desnudos solo para descubrir, ¿lo había soñado?, que tenía los pezones invertidos, encerrados en las areolas.

Aquello me dejó perplejo. No los recordaba así cuando íbamos juntos al Palacio de las Pipas y nos acantonábamos en la oscuridad, sin hacer caso a la película.

Frente a la verja del Pasapoga, todavía de noche, me pregunté qué significaba aquella anomalía. ¿Así eran los pechos de las sirenas? ¿O aquellos pezones retraídos, vueltos hacia sí mismos, eran consecuencia de algún maleficio? Entonces aparecieron dos mujeres al otro lado de la verja.

—¿Qué hace usted aquí? —me preguntaron.

—¿Y ustedes? —les devolví la pregunta mientras metían la llave en el candado.

—Venimos a limpiar. ¿Se ha quedado dormido en alguna mesa? ¿Le han dejado encerrado?

—Eso es. Acabo de despertarme.

Me dejaron salir. Y en cuanto puse el pie en la acera de la Gran Vía, me sentí como si me hubieran liberado de una jaula y giré la cabeza en la dirección en la que se encontraba el hotel donde se alojaba don Ramón Quiroga, sin saber muy bien hacia qué lugar debía caminar.

—¿Saben ustedes dónde duermen los músicos de Xavier Cugat? —interrogué a las limpiadoras cuando ya se perdían escaleras abajo. Una de ellas, con el pelo cubierto por un pañuelo negro, se encogió de hombros. La otra, más joven, me dijo:

—Pregunte en el Florida. Ahí suelen pasar la noche los artistas contratados en el Pasapoga. Es el que está más cerca.

Y me fui sin darle las gracias.

18

Al hotel Florida le quedaban diez años de vida. A comienzos de los sesenta, lo sabréis, lo derribaron para levantar un inmueble nuevo, impersonal, donde abrieron los almacenes de Galerías Preciados. La piqueta echó abajo todas las historias de los clientes ilustres, Unamuno y Charlot antes de la guerra, y de los corresponsales extranjeros, Hemingway a la cabeza, que habían jugado allí a las cartas hasta altas horas de la madrugada mientras bebían *bourbon* y ginebra y se alimentaban de latas de conserva; también las de los pilotos mercenarios que volaban por la República a cambio de dinero, y las de las rameras y los traficantes de armas, de comida, de ideas revolucionarias.

El último día de aquel año de 1953, cuando doblé la esquina de la Gran Vía con la plaza de Callao procedente del Pasapoga, todavía estaba lejos el momento de la demolición de sus muros, que habían resistido los obuses durante la guerra.

—Es duro de pelar —me había dicho Nilamón Toral la mañana en que lo llevé, muy temprano, a las puertas del establecimiento, dos o tres semanas después de la cena con Virginia Cowles y de que viera por segunda vez al fantasma de la Casa de las Siete Chimeneas. Desde el coche observamos las marcas que ya habían dejado en la fachada los proyectiles de la artillería franquista.

«Entrégale este sobre a la señorita Cowles en el hotel Florida», me había pedido mi comndante en el cuartel después de despertarme de madrugada. Pero enseguida había cambiado de idea: «No. Mejor se lo doy personalmente —murmuró—. Prepara el coche, Vicente». Y parecía evidente que en aquella nota no había ninguna declaración de amor. En realidad, lo que había era una advertencia. Nilamón, que tenía mucha confianza conmigo, me lo contó durante el trayecto en automóvil hacia el centro de la ciudad mientras rasgaba el sobre en varios pedazos para no dejar ninguna prueba. Me dijo: «Tenemos que avisar a la señorita Cowles. Madrid ya no es un lugar seguro para ella». Y no hizo falta que me explicara nada más.

Así que nos habíamos plantado en el hotel Florida al rayar el alba. Yo había estacionado el auto en una bocacalle de Preciados, a salvo de los disparos esporádicos de los franquistas instalados en el cerro de Garabitas, y después me había reunido con mi comandante en el vestíbulo, donde Nilamón ya le preguntaba a un conserje por la

habitación de Virginia Cowles.

—La señorita Cowles ha dejado el hotel hace solo unos minutos —le explicó el encargado de la recepción—. Nos ha dicho que ha encontrado plaza en un coche que sale para Valencia, señor, y después dejará España.

Nilamón, que en tres semanas había pasado de sospechar de la reportera a protegerla —a saber quién le habría hablado de ella y a quién habían molestado sus artículos, sus preguntas—, dejó salir una expresión de alivio. Entonces sonaron dos golpes secos y las paredes del vestíbulo temblaron.

—¡Agachen la cabeza! —nos gritó el conserje en medio de un sonido bronco de cristales. Enseguida escuchamos los chillidos de las ratas que huían despavoridas desde la despensa, desde las cocinas, desde los armarios de las habitaciones hacia las zonas más seguras del hotel, en el patio interior. Y era un sonido, el de las ratas, que aún me taladra los oídos, agudo, repulsivo. Finalmente, oímos un silbido ensordecedor y un nuevo impacto.

El vestíbulo se llenó de gente, de huéspedes que salían de sus habitaciones en pijama, con un albornoz o una bata y maldecían a los artilleros de Franco por sacarles de la cama tan temprano. Camareros, limpiadoras, un limpiabotas y decenas de periodistas, asesores, comisarios políticos, vividores… Entre ellos, cómo no, descubrí el rostro de Ernest Hemingway con su bigote inconfundible, que descendía las escaleras a buen paso mientras otra mujer, una rubia que no podía ser otra que Martha Gellhorn, enviada especial de la revista *Colliers*, amante del escritor y futura esposa, le pisaba su sombra.

Un cliente, vestido con una cazadora de piloto, apareció con una caja de pomelos y empezó a ofrecérselos a todo el mundo. Los camareros trajeron una tostadora del bar y un termo con chocolate, y así se improvisó un desayuno mientras el Florida, diana de la artillería, se estremecía otra vez, alcanzado de lleno en sus plantas superiores por un nuevo proyectil.

—Tengo una gran confianza en este edificio. Es una construcción muy robusta —soltó Hemingway en voz alta para que todos le oyéramos, con los brazos en jarra, las piernas abiertas, mientras observaba los contrafuertes, las columnas de mármol, y su amante deambulaba por el vestíbulo desorientada.

Un hombre calvo, recién aseado y vestido con un batín a cuadros, se le acercó. Desde donde estaba, todavía agachado junto a Nilamón a los pies del mueble de la recepción, no acerté a oír lo que le decía. Se conocían, sin duda, y Hemingway le hacía un gesto para que le dejara en paz.

Una mujer de mediana edad, el pelo corto, la mirada viva, descendió

las escaleras y se sentó resignada en el penúltimo peldaño, muy cerca de donde nos encontrábamos. Hemingway la vio y se acercó a ella con una petaca de *whisky* en la mano. Entonces sí, les escuché con claridad.

—Tienes que ayudarme con Dos, Jossie. No deja de preguntarme por su traductor, como si yo supiera lo que le ha pasado —le dijo el escritor a la vez que le ofrecía la petaca—. No le cabe en la cabeza que es posible que su amigo haya sido un traidor. Y nos va a meter a todos en un lío si continúa haciendo preguntas.

—Alguien debería decirle que ese hombre ya está muerto, para que no pierda más el tiempo —respondió ella. Y bebió un buen trago.

El hombre del batín a cuadros sabía que hablaban de él y los observaba expectante. Pero Hemingway no le miró más. Se había vuelto hacia la puerta del hotel, donde Martha Gellhorn, vestida con un abrigo de invierno sobre el camisón, se disponía a salir a la calle.

El escritor, alarmado, cruzó la recepción en unas zancadas y, no sé muy bien por qué lo hice, quizá solo fue curiosidad, yo también me levanté del suelo y, mientras a mi espalda el comandante Nilamón me preguntaba: «¿A dónde vas, Vicente?», salí corriendo hacia la puerta, detrás de ellos.

La plaza de Callao se encontraba salpicada de escombros. De una ventana de la cuarta planta del hotel se desprendía una humareda blanca. Una lengua de fuego bailaba sobre el alféizar, como en la Casa de las Siete Chimeneas. La artillería había dejado de tronar. En la esquina con la Gran Vía, la nube de polvo causada por la caída de unos cascotes en la acera se difuminaba y Martha Gellhorn observaba el cuerpo inmóvil de un hombre, retorcido en un escorzo imposible, mientras su amante corría para apartarla de allí.

Hemingway la abrazó, le dijo algo al oído, y la obligó a caminar de vuelta al hotel. A medio camino se cruzaron conmigo. Y el rostro de ella estaba demacrado, lívido, cuando me miró.

Llegó un camión de milicianos. El reguero de sangre del cadáver tirado en la esquina alcanzó las suelas de mis zapatos.

—Vicente, ¿qué haces ahí? —oí la voz de Nilamón, que había venido a buscarme.

«Eso digo yo, ¿qué hago aquí?», me pregunté, como si me hubiera metido en un sueño ajeno.

Dos milicianos se bajaron del camión y levantaron a pulso el cadáver, un cuerpo decapitado. Lo colocaron en la caja del vehículo, lo taparon con un saco y mientras uno de ellos se subía de nuevo a la cabina y ponía en marcha el motor, el otro recogía la cabeza del suelo, seccionada por la metralla, para dejarla junto a los restos mutilados. Y

solo por un momento, durante un instante de pánico, aquel rostro fue el mío, lo juro, y me crecía la hierba en la boca, como a Federico García Lorca.

19

—Vamos, Vicente. ¿Hacia dónde nos quieres llevar con todo esto? ¿Era Dos Passos el hombre del batín a cuadros?

—Supongo que sí. Dejó de ser amigo de Hemingway durante la guerra.

—¿Y qué pensaste cuando te reconociste en la cabeza decapitada?

—Que también estaba muerto.

—Agustín, dile por favor al periodista que se vaya. No estoy de humor para una entrevista. Ya la haremos en otro momento.

—Un momento, Pedro. Todavía tenemos que saber qué pasó con Amalia después de la guerra, cuando regresó a Madrid con la orquesta de Cugat. ¿Al final estaba alojada en el hotel Florida, Vicente?

Estaba decidido a averiguarlo. Pero era incapaz de moverme de la esquina donde dieciséis años atrás había muerto un hombre decapitado por las esquirlas de un obús. Estaba anclado allí, como si alguien me hubiera pegado los pies a un viejo reguero de sangre. A unos pasos de mí, un hombre tocado con una boina negra vendía polichinelas, marionetas con forma de payaso «aptas para niños de tres a noventa y cinco años», decía el cartel de la cesta. Y tuve la impresión de que estaba soñando, porque aún no había amanecido y, sin embargo, un hombre vestido con un abrigo gris ya miraba los muñecos con curiosidad y el vendedor le mostraba uno de aquellos payasos napolitanos tan vistosos, tan siniestros en el fondo. A pesar de lo que ponía el cartel, no me parecía que fueran el juguete más adecuado para un niño. Ni eran horas para venderlos.

—¿Se encuentra bien?

Era un guardia de tráfico el que se había acercado desde el centro de la plaza. De repente me había puesto a vomitar sobre la acera, como había hecho dieciséis años atrás, después de ver aquella cabeza. Mi cabeza.

—Le voy a tener que multar. Si no sabe beber, no beba, y no ensucie la calle con su cena.

—Estoy alojado en el Florida —le mentí. Y entonces sí, dejé al guardia con la libreta en la mano, esquivé al vendedor de polichinelas, aunque no estoy seguro de que realmente estuviera allí, y caminé como si fuera una sombra invisible hacia la puerta circular del establecimiento. Si Amalia se encontraba en el hotel, tenía que contarme muchas cosas.

No recordaba el nombre con el que la había presentado Xavier Cugat

en el Pasapoga, pero en la recepción distinguí a uno de los músicos que se había llevado en volandas a Ramón Quiroga unas horas antes y entré con él en el ascensor sin molestarme en interrogar al conserje.

—Una noche larga, ¿eh? —me preguntó el músico en un correcto castellano, con acento yanqui muy marcado.

—No se termina nunca —le respondí. Debía de tener muy mala cara después de vomitar.

—Pues es hora de dormirla. Parece que le hayan chupado toda la sangre…

—Claro. ¿Sabe usted en qué habitación puedo encontrar a la pianista de la orquesta?

—¿Usted también? Acabo de soltarle dos bofetadas a un viejo que no deja de molestarla y otra vez la esperaba en el vestíbulo.

—¿Un viejo?

—Un viejo muy elegante. Ha dicho que es su padre y que vendrá con la policía. Pero a mí no me van a detener. Sería un escándalo que arrestaran a un americano.

El ascensor llegó a la penúltima planta. El tipo aquel, los ojos claros, la mandíbula muy marcada, los dientes perfectos, el pelo negro cortado a cepillo, como los soldados, me miraba con una mezcla de suspicacia y curiosidad.

—¿De qué conoce a Lizzy?

—Fuimos novios.

—Ah, ¿sí?

Y siguió mirándome. Creo que empezaba a caerle bien.

El botones abrió las puertas del ascensor. Ante nosotros apareció un pasillo ancho, profundo.

—¿Y cuándo fuisteis novios? —me tuteó esta vez. Había sacado una llave del bolsillo y se había detenido ante la puerta de uno de los cuartos.

—Antes de la guerra. Ella estudiaba en el conservatorio.

—Ya veo… La habitación de Lizzy es la última del pasillo —me dijo por fin—. Suerte. —Y todavía no se había metido en su cuarto cuando añadió—: Si le creas algún problema, entraré en la habitación y te romperé los huesos.

Después cerró la puerta.

La última habitación del pasillo de la penúltima planta del hotel Florida tenía la puerta entornada tan solo. No sé por qué, todas las puertas que encuentro están así, me invitan a pasar. De modo que empujé la madera y apareció ante mí una estancia no demasiado grande, con la cama hecha, una maleta sobre un pescante, un neceser en la mesita y un libro en inglés junto a la almohada: *Maggie, A Girl of*

the Streets, leí, de Stephen Crane.

Estaba claro que Amalia no había pasado allí la noche después de darme la espantada en su camerino.

Aun así se me ocurrió mirar en el aseo. Reconozco que el corazón se me aceleró un poco cuando me acordé de la cureta que había encontrado Zenobia Camprubí en otra habitación de aquel hotel un par de semanas antes de la guerra. Pero el aseo estaba igual de vacío que el cuarto. Ni siquiera me molesté en descorrer las cortinas de la bañera. Volví sobre mis pasos y salí de la habitación.

Amanecía. Una luz muy tenue invadía el pasillo desde la plaza. Una luz apagada, densa, que iluminaba la pared. Pensé en aquel fogonazo lejano en los espejos del Barbieri, después de otra noche en duermevela; en la luz tamizada por los cristales de la biblioteca de la Residencia de Señoritas, mientras Amalia sostenía una novela prohibida; en el brillo ciego de las bombillas de su camerino en el Pasapoga, aquella misma noche, mientras se desnudaba de espaldas a mí. Y entonces me fijé en un hilo muy fino de humo que emergía en el recodo del pasillo.

Alguien fumaba, la luz lo delataba, y cuando doblé la esquina otra vez descubrí la espalda de Amalia. Amalia Quiroga. Sostenía un cigarro en las manos mientras se apoyaba en el alféizar de una ventana abierta que iluminaba todo el corredor. Amalia, vestida con su traje de lentejuelas negras, diletante y esquiva, observaba el tráfico en la plaza de Callao, las furgonetas de reparto, los primeros transeúntes, los viejos autobuses de dos pisos, al siniestro vendedor de polichinelas, el gran hacedor que movía los hilos de las marionetas, y al guardia urbano, que había regresado a su sitio.

Parecía increíble que de verdad fuera ella. Amalia.

—¿Me vas a contar ahora qué te pasa cuando metes las piernas en el agua? —le pregunté sin más.

Dejó salir un suspiro muy leve, casi imperceptible, y sin volverse me respondió:

—Lo has visto hace un rato.

—¿Y qué te ha ocurrido en los senos?

—¿Los senos?

Entonces sí se volvió, con su vestido brillante, iluminada por la luz temprana, el pelo encendido, las pecas agitadas, y era la misma ninfa resplandeciente que recordaba frente al piano del Club Lyceum, solo que un poco más sabia, quizá más cansada.

—¿Tiene algo que ver con el aborto?

Ella soltó una carcajada. Sin duda había dicho otra tontería. Y su risa espontánea, rotunda, espantó todos mis fantasmas.

Entonces caminé hacia el alfeizar, un viento cálido se coló en el pasillo a través de la ventana abierta y me levantó la solapas del

abrigo, Amalia me miró y yo acerqué mi boca a la suya, y la besé con toda la rabia y toda la esperanza, y toda la furia, de quien ha perdido lo más importante en la vida y por un regate del destino, si es verdad que hay alguien que nos mueve los hilos, tiene a mano recuperarlo.

—No irías a saltar, ¿verdad? —le dije al oído cuando separamos los labios.

—Soy una sirena, no un ángel —me susurró.

20

Clap, clap, clap, clap...

—No sigas, Vicente. No me cuentes más y deja que te aplauda. Ese es el final perfecto.

—¿Te lo parece?

—Sin duda. Creo que no has dicho una verdad en toda la tarde, pero tienes imaginación. Y te ha salido una historia muy bien trenzada. Seguramente has mezclado cosas que has leído, o visto en televisión, novelas, películas, recuerdos de personas con las que te has cruzado, charlas con gente que has conocido en algún momento... Por separado parece todo un disparate, pero bien trabajado podría salir un buen guion. Y, sin embargo, no es mi película. Estoy detrás de Miguel Bosé para que ruede conmigo y no me apetece enemistarme con él.

—¿Miguel Bosé?

—Es hijo de Dominguín, no se te escapa. Y le voy a ofrecer un papel de *femme fatale* muy *heavy* que va a dar mucho que hablar, ya lo verás, Vicente. ¿Te llamas así de verdad, Vicente? ¿Y has estado alguna vez en Ponferrada? Sí. Seguro que eso sí es cierto.

—Pues yo le veo algunos cabos sueltos a todo esto, Pedro. Dime, Vicente, ¿por qué tenía Amalia los pezones invertidos? ¿Qué pasó con su padre? ¿Y de dónde sacó Santiesteban las fotos con las que te hizo chantaje si habías quemado los negativos?

—Amalia tenía un carcinoma en cada seno...

—¿Cómo?

—Cáncer..., cáncer en las dos mamas. No es muy frecuente.

—Vaya... Este sí que es un giro imprevisto.

—Don Ramón Quiroga, lo supe tiempo después, apareció la noche de Fin de Año en el Pasapoga con un grupo de matones, gente de baja estofa que se lio a puñetazos con los músicos de Xavier Cugat. Fue un escándalo. Pero Amalia ya se había marchado conmigo y nunca volvimos a verle. Y las fotografías... Es verdad que quemé los negativos. Pero alguna copia debí olvidar en la caja donde guardaba la Baby Brownie y un objetivo y que dejé en una casa de empeños. Tuvo que ser un descuido, Agustín. Y una casualidad, no encuentro otra explicación, que con los años llegaran a manos de aquel tipejo.

—¿Y por qué has venido hoy a contarnos todo esto?

—Ya te lo he dicho. Porque quiero que tú lo cuentes en una película, Pedro. Eres el director de moda, acabas de estrenar una película sobre el secuestro de una actriz de cine porno heroinómana y todo el mundo te perdonaría la extravagancia de esta historia.

—Pero ¿por qué ahora?

—Ayer murió Ava en Londres. Lo he leído en los periódicos. Y cada vez que entro aquí la veo mirándome por encima del hombro de Frank Sinatra. Ahora puedo contarlo.

—¿Y qué pasó con Amalia, Vicente? Dices que estaba enferma...

—Las sirenas no deberían morir nunca, ¿verdad? Pero quizá sea cierto que yo perdí la cabeza en un ataque de la artillería durante la guerra y Amalia se tiró desde

aquella ventana del hotel Florida en las Navidades del 53 después de pasar la noche con un fantasma.

Y diciendo esto, Vicente Yebra, el fotógrafo de la Columna Mangada, el *paparazzi* que pedía permiso a las actrices de Hollywood para retratarlas, el niño que revelaba los fotogramas al sol sin echarles fijador en una plaza de Ponferrada, se levantó de su asiento en la coctelería, le hizo un gesto de complicidad a Antonio, el barman, que le miraba boquiabierto, y hurgó en los bolsillos de su abrigo sin que los hermanos Almodóvar tuvieran tiempo de asimilar el significado de sus últimas palabras. Antes de salir del Chicote para subirse a un automóvil blanco aparcado en la Gran Vía —un Cadillac Eldorado donde le esperaba una mujer mayor—, dejó tres objetos sobre la mesa que había compartido con los dos cineastas: una lentejuela azulada, extraída de un vestido de noche; una vieja fotografía en blanco y negro del animal más bello del mundo sobre el hombro de Frank Sinatra, y una imagen aún más perturbadora de Lorca, Federico García Lorca, mordido en la boca por Salvador Dalí mientras una gota de sangre le resbalaba por la comisura de los labios.

A punto de caer en la copa.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Carlos Fidalgo Calvo, 2023
© La Esfera de los Libros, S.L., 2023
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023
ISBN: 978-84-1384-560-9 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.